

EUGENIA

DE MONTIJO

o/b

Almudena de Arteaga



La española apasionada que llegó a ser emper

Lectulandia

Una herencia aleja a Eugenia de su Granada natal y la conduce al mundo de riqueza y privilegio que su madre siempre había soñado para sus hijas. Bella, cosmopolita y apasionada, los «mejores partidos» de España caen a sus pies. Menos el único hombre a quien ama, el duque de Alba, que prefiere a su hermana Paca, más sensata. Herida en su amor propio, Eugenia se propone conquistar al orgulloso Napoleón III y ceñir la corona imperial de Francia, en la cima de la gloria. Al final de su existencia comprenderá que si Dios quiso darle todo lo que se puede desear en la vida fue para quitárselo poco a poco.

Lectulandia

Almudena de Arteaga

Eugenia de Montijo

La española que llegó a ser emperatriz de Francia

ePub r1.0

kraken61 07.10.13

Título original: *Eugenia de Montijo*

Almudena de Arteaga, 2000

Ilustración de portada: Eugenia de Montijo por Winterhalter, Madrid, Palacio de Liria

Editor digital: kraken61

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi madre

I

Galopando a rumbo cierto, 1830

Diríase que Dios quiso darme todas las cosas que se pueden desear en este mundo, para luego quitármelas una a una, hasta dejarme tan sólo los recuerdos. El más fuerte de todos, el de los muertos. La muerte siempre me aterró y aunque siempre intenté huir de ella, topó conmigo desde muy joven.

Cabalgaba junto a mis perros labradores, seguida de mi padre. Mis dos canes preferidos jadeaban al lado y uno de ellos se cruzó frente a mi potro. Éste se asustó y me derribó, pero quedé estribada.

Mi pie se empeñaba en deshacerse del estribo, mas todo intento era infructuoso. Un golpe en la espalda, un desgarró en el vestido enganchado con una mata y finalmente conseguí liberar mi pie. En ese mismo instante el caballo se detuvo y los dos labradores me alcanzaron cubriéndome la cara de lametones.

El hombre que más quise en mi infancia desmontó y corrió cojeando hacia mí, exasperado por su propia lentitud. Apartó los perros de mi rostro y con el único brazo sano que le quedaba me incorporó.

—¿Estás bien?

—Sí, padre. Siento lo ocurrido pero no sabéis cómo he disfrutado.

—Deberías ser más prudente, Eugenia.

Conseguí levantarme con dificultad y recompuse como pude mi falda.

—No puede ser don Cipriano de Guzmán, Palafox y Portocarrero el que esté diciendo esto a su hija. El hombre que no hizo otra cosa en su vida que defender a ultranza sus ideales.

Sonrió y me sentí tan bien que se me pasaron momentáneamente todos los dolores. Casi siempre se le veía tan triste que para mí era grandioso observar en él un leve indicio de felicidad.

—Eres tan mordaz cuando quieres. Anda, déjame comprobar que estás bien.

—Padre, no te preocupes tanto por mí y hazlo por tu persona. Colócate el parche en el ojo. Sabes que no me gusta verte la cuenca vacía.

—Ves, esto es un simple ejemplo de cómo la vida pasa factura a las acciones arriesgadas e impulsivas. Yo ya pagué por mi inconsciencia. No quiero que te ocurra lo mismo. —Se quedó unos instantes pensativo y luego añadió—: Bueno, por lo menos tu madre utiliza mi maltrecho físico para alimentar las historias fabulosas con las que alardea en sociedad.

No soportaba verle apesadumbrado. Ni que fuese tan irónico consigo mismo. Pero

así como mi madre era fantasiosa, mi padre se mostraba siempre exageradamente sincero y pesimista, aunque la verdad causase dolor.

No era partidario de educarnos ajenas a los desatinos y defectos del hombre. Esto enervaba a mi madre, que prefería eludirlos e ignorarlos.

—Entonces, ¿no es cierto que las mutilaciones que has sufrido son debidas a tu lucha a favor de los franceses? —le pregunté decepcionada.

—No te entristezcas. Es cierto que combatí en el catorce defendiendo París junto a las tropas de Napoleón. Aquellos cien días de batalla se me hicieron eternos, aunque gracias a Dios salí bien librado.

»Pero después, en la batalla de Trafalgar contra los ingleses, caí herido. Al llegar al Puerto de Santa María la infección era tan grave que me mataba y lo mejor, según los carniceros que nos atendían, era cortar por lo sano. Erradicaron mi dolencia y mis libres movimientos de un solo golpe, dejándome cojo y manco.

Le acaricié y besé en la mejilla. Él se separó incómodo. ¡Estaba tan poco acostumbrado a las muestras de afecto!

Haciendo memoria he intentado recordar una y mil veces algún gesto de cariño de mi madre hacia él. Sin embargo, lo único que recuerdo son desprecios y vergüenzas. Y digo bien. Ella siempre soñó con ser una gran señora y nuestra humilde pero feliz vida en Granada no la satisfizo nunca.

Soñó con riquezas e inventó historias sobre su familia, según ella de origen noble, pero todos sabíamos que era hija de unos emigrantes irlandeses que se acomodaron con un negocio próspero de frutas y vino en Málaga.

Comerciantes, eso era lo que eran. Perteneían a una de las profesiones más desprestigiadas entre la nobleza española. Los mercaderes ni siquiera eran aceptados en las órdenes militares de caballería, algo que ella sabía y por eso eludía, como todo lo que odiaba. Si consiguió casarse con mi noble padre fue gracias a un árbol genealógico inventado.

Su vanidad fue bien conocida por mí desde muy pequeña. Más tarde tuve que sufrirla para complacer su insaciable ego. En cuanto a mi padre, la infelicidad lo carcomía día a día. La suerte nunca le acompañó. Pasadas sus hazañas guerreras había llegado el momento para la serenidad que todo hombre busca en la familia. Pero mi madre, en vez de agradecerle el haber llegado a ser condesa gracias a él, se empeñaba en ciscarse a diario en nuestra manera humilde de vivir. Supongo que todo aquello me impulsó a intentar proteger a mi padre. Me gustaba sentirme indispensable para él.

Atamos los caballos a un árbol y nos sentamos sobre la hierba. Desde la ladera de la montaña divisábamos la Alhambra, los mártires y, entre las casas de su alrededor, aquella casona que nos cobijaba.

Inspiré. El aire era frío en primavera y los manantiales corrían caudalosos por el deshielo de Sierra Nevada. Fruncí el ceño por el fulgor del día claro e inmediatamente me llevé la mano a la cabeza.

—Es el tercer sombrero que pierdo en dos semanas.

Mi padre me apartó un mechón de la cara.

—No sólo eso Eugenia, sino que además te estás quemando tu blanca piel y ya sabes que para tu madre la piel dorada representa el más horrible signo de pobreza.

—Por no hablar del ceño. Parece que la estoy oyendo...

Una voz sonó a nuestras espaldas.

—Madre tiene razón, porque ahora mismo pareces una pordiosera. Deja de meterte con ella y da gracias a Dios de que lo encontré por el camino.

Paca me tendió el sombrero y sentándose tras de mí intentó arreglar mi cabello. Me encontraba tan a gusto con mi padre que casi había olvidado que mi hermana había salido a cabalgar con nosotros.

Éramos tremendamente opuestas. El patrón que la formó no tenía nada que ver con el mío. Ella, sumisa, correcta y obediente, siempre se ponía del lado del ofendido y no soportaba que se hablara mal de nadie a sus espaldas. Supongo que, a su manera, también tuvo que habituarse con el tiempo a muchas cosas que aborrecía. Aunque su conformidad con los acontecimientos le ayudó a asumirlos con más facilidad.

Por un lado la envidiaba, era mi hermana mayor, y por mucho que me pesase, inconscientemente la admiraba. Odio y fascinación convivían en mis sentimientos hacia ella.

Sabía guardar la compostura y lo mejor de todo es que no parecía costarle en absoluto. Mi señora madre siempre me la ponía como ejemplo y eso me enfurecía. Según ella, yo era un diamante en bruto que necesitaba pulirse. Paca, sin embargo, ya nació según sus pretensiones. Rivalizaba con ella constantemente.

¿Celos quizá? No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que doña María Manuela de Kirpatrick no dudaba en evidenciar nuestras diferencias. Aborrecía el modo en que mamá intentaba manipularnos para convertirnos en lo que ella jamás consiguió.

De todos modos el carácter tranquilo, sosegado y ecuánime de Paca me permitió durante muchos años seguir jugando a ser el trasto de la casa, más que nada por llamar la atención.

Miré de reojo a mi padre solicitando ayuda, pero él se encogió de hombros aconsejándome sumisión.

—¡A quién se le ocurre salir al campo con un potro recién domado!

Me levanté cansada y alcé la barbilla.

—Mira, Paca, eres desesperante. De vez en cuando hay que hacer lo que a uno le da la gana. Pero supongo que tú no sabes lo que es tener criterio propio.

»Nací durante un terremoto y eso me hace muy distinta a ti. Por mucho que

intentos aplacar mi ánimo no lo conseguirás, al igual que no se puede aplacar un temblor de tierra. Yo soy así. ¡Nadie me cambiará por mucho que lo intente!

Me miró sorprendida y luego dirigió una mirada inquisitiva a mi padre, que enmudeció. Indignada, me agarró por los hombros.

—Sabes, Eugenia, estoy cansada. Ya tienes edad para dejar de soñar. Si padre no te lo quiere decir lo haré yo.

»Aquel terremoto nos azotó diez días después de que tú nacieras. Lo que pasa es que a madre le encanta repetir que serás importante porque naciste durante aquel temblor.

Me quedé callada y di un paso atrás. Miré a mi padre con la vaga esperanza de que lo desmintiera, pero volvió a guardar silencio.

—Padre, ¿es igual que las batallas que cuenta sobre tus accidentes?

Asintió y me enfadé. La verdad es que Paca nunca mentía, pero a pesar de la certeza me negué a renunciar a mis sueños. Aquella hermana soberbia se empeñaba en machacar mis ilusiones.

—Lo que ocurre es que me envidias.

Paca se hizo la sorda, sacó un pañuelo de su manga y me lo pasó por la sien.

—Te has hecho una herida. No parece grave pero tendrás que lavarte. Regresemos a casa andando tranquilamente, debes de estar llena de magulladuras.

Podía controlarse tanto que era prácticamente imposible discutir con ella. Se comportaba como una adulta. Yo, en cambio, nunca lograba reprimir mis impulsos.

Siempre la quise, pero también la odié, según el momento que estuviésemos viviendo. Fue experta en destruir mis sueños e ilusiones. Ella siempre me venció pero, muchos años después, cuando me sentí verdaderamente sola, comprendí que la necesitaba y nunca me falló.

A la espalda de nuestra humilde casa tres cuerdas destartaladas cobijaban a los animales. El ama, al vernos llegar, salió corriendo y gritando. Todos nuestros intentos por pasar desapercibidos ante mi madre, por lo menos hasta que yo me adecentara, fueron inútiles.

—Corre Eugenia, tu madre se enfadará si te ve en este estado, sobre todo hoy que viene Monsieur Mérimée.

Me agarró fuertemente de la mano y miró con aire de superioridad a mi padre. Sin duda aquella mirada le culpaba de mi aspecto. Aquello me molestó. ¿Por qué no se defendía? El hombre de la casa estaba totalmente desprestigiado. Ni siquiera el pobre y miserable servicio le guardaba ya el más mínimo respeto. Todo gracias al trato que mi madre le daba ante ellos. Esperé a que dijese algo. Pero el silencio, como siempre, fue la única respuesta. Aquello me impacientó y no pude evitar que me contrariara. Pegué un tirón y me deshice de la mano del ama. Le entregué las riendas al caballerizo y salí disparada.

—¡Señor conde, hay que hacer algo con esta niña! Cada día se muestra más rebelde e irrespetuosa.

Al oír aquellas palabras, me detuve en seco. Quizá mi padre reaccionaría y me defendería.

Vanas esperanzas; el arrojó de mi padre quedó pertrecho en el campo de batalla. ¿Se agotó? La defensa de sus ideales afrancesados se frustraron hacía tiempo y aquello le hirió el carácter hasta deformarlo y amansarlo de tal modo que el dolor lo engulló.

—No se preocupe, yo me ocuparé de ella. Mientras, le ruego que me excuse con Monsieur Mérimée. La señora condesa se ocupará de atenderle con toda corrección. Eugenia estará lista en muy poco tiempo, se lo prometo.

Volví a correr. Mi padre gritaba para que me detuviese, pero yo salté un pequeño muro consciente de que para él sería imposible seguirme. Me paré a escuchar lo que intentaba decirme desde el otro lado de la tapia. Ya me estaba arrepintiéndome cuando, al darme la vuelta, la vi. No me asusté. La conocía de una vez que me escapé con mi padre. Era una de las gitanas más viejas que moraban en las cuevas de la sierra.

La había visto una noche a la luz de una fogata.

Una poblada y canosa trenza le tiraba tanto de la frente que el pelo parecía nacerle en el mismo lugar donde mi madre se colocaba la diadema. Los pendientes que colgaban de sus orejas estaban a punto de rasgarle el lóbulo.

—¿Quiere que le lea la mano, señorita? —Ni un solo diente asomó de entre aquellos labios arrugados.

Como un susurro lejano oí la voz de mi padre llamándome. Dudé por unos segundos pero la idea me tentaba.

—No llevo una perra encima.

Aquello no pareció importarle y comprobé que, muy al contrario de la fama de pedigüeños que tenían los de su raza, no titubeó un segundo en proseguir.

Escupió sobre mi palma secándola después con su delantal. Luego se acercó tanto a ella que pude ver como los piojos corrían por su cabello. Ni siquiera eso hizo que me apartara. No sería ni la primera ni la última vez que me los contagiaran.

Las dos permanecimos un instante concentradas. Ella en averiguar mi buenaventura y yo en los movimientos de aquellos parásitos.

—¡Lo sabía! Ni siquiera vuestro señor padre os domina.

El ama me agarró fuertemente y tiró de mí al mismo tiempo que lanzaba una moneda a los pies de la gitana.

Quería soltarme pero el dolor del tirón me obligaba a seguir los pasos de aquella lacra. Entre forcejeo y forcejeo se oyó una voz:

—¡Seréis más que reina!

El ama no se detuvo, sólo gritó:

—¡Pamplinas, ya has cobrado! ¡Ahora lárgate porque aquí no dan más!

Esa predicción alimentó aún más mis sueños. Aunque la única que se lo creyó a pies juntillas fue mi madre. En el futuro me llevaría a visitar a un sinnúmero de gitanas y quiromantes para ver si lo corroboraban.

Jadeando y enfurecida entré en el salón. Mi madre tocaba el piano mientras Mérimée leía uno de sus últimos poemas. Me tranquilicé.

Junto a la chimenea mi padre leía una carta en silencio. De una sonrisa casi imperceptible pasó a una mueca de dolor y de la mueca a una mirada perdida en el infinito fruto de momentos de reflexión.

Yo aguardaba callada a que se percataran de mi presencia y me diesen permiso para presentarme.

Mi madre levantó la vista de las teclas.

—Saluda a don Próspero, que acaba de llegar con unas noticias maravillosas de Madrid.

¡Grandiosas debían de ser cuando a mi madre le hicieron olvidar mis desatinos!

Me lancé a los brazos del poeta.

—El rey se ha visto obligado por fin a solicitar ayuda. ¿Sabes que él tiene una niña como tú? Se llama Isabel. Su tío Carlos no quiere que reine y le disputa el trono. Su majestad está tan agobiado que solicita los servicios de tu padre y de otros liberales.

No entendía nada de lo que él decía.

—¿Es el mismo rey que mandó apresar a papá? ¿O el hermano del emperador que regresó a liberarnos de este destierro?

Instintivamente miré el retrato de Napoleón que teníamos sobre el piano.

—Todos quisiéramos que fuese el segundo, pero aquello ya pasó. No, Eugenia, es el primero, don Fernando. Sé que no lo entiendes pero los hombres cambian constantemente de voluntad y más si esto beneficia sus intereses.

Mi madre intervino rápidamente, incapaz de callarse.

—El caso es que hemos decidido que dentro de tres días partiremos para Madrid. Si todo marcha según mis proyectos, por fin viviréis como Dios manda. Conoceréis a personas de vuestro rango. Asistiréis a un selecto colegio de monjas donde os enseñarán a ser grandes señoras. De Madrid iremos a París, la ciudad en la que conocí a vuestro padre, y quién sabe, tal vez podamos llegar hasta Londres.

»Pronto dispondremos de más medios. Por fin comprobarás que mis monsergas y sermones han sido indispensables para vuestra formación. ¡Seremos Grandes de España!

Al trasluz de la ventana su figura me parecía sombría. No alcanzaba a comprender nada, pero su actitud era vibrante. Estaba hablando consigo misma, como también yo hacía en muchas ocasiones. Sus castillos de arena parecían ahora tan

reales que incluso resultaban alentadores.

Paca la escuchaba entre estupefacta y alegre. A mí me daba miedo tanto cambio en pocos días.

Mi padre prestaba atención, pensativo.

—La ambición te come —dijo interrumpiéndola con voz grave—. Aún no ha muerto mi hermano Eugenio y tú, sin embargo, ya parece disponer de sus títulos, mercedes y pecunios.

Mi madre cerró la tapa del piano contundentemente.

—Al conde de Montijo le queda un cuarto de hora y tú lo sabes mejor que nadie —dijo desairada, sin ni siquiera mirar a mi padre—. Tu hermano tiene ya un pie en la tumba. En vez de alegrarte te empeñas en machacar mis ilusiones. Quieras o no, las cosas son como son y tú no puedes evitarlas.

»Si quieres seguir viviendo como un pordiosero lamentándote y compadeciéndote, adelante. Puedes hacer lo que te venga en gana, pero te aseguro que mis hijas nunca sufrirán tu cobardía.

Se levantó y caminó hacia la puerta sin dejar de protestar.

Mientras, nuestro invitado leía las partituras como si no escuchara. Paca y yo disimulábamos. Aunque aquellas discusiones eran frecuentes, nunca nos acostumbraríamos a ellas. Al menos ésta fue corta, porque mi señora madre salió de la habitación con paso firme.

II

Riquezas a manos de un muerto

Las escapadas nocturnas junto a mi padre se hicieron cada vez menos frecuentes. En una ciudad como Madrid todo era mucho más complicado que en Granada. La endeble verja tan fácil de burlar se transformó en una puerta permanentemente cerrada. Aquella mañana seguíamos a doña María Manuela, mi madre, en silencio como si fuésemos un cortejo. Ella charlaba con una amiga sosteniendo la sombrilla y girándola de vez en cuando.

Detrás de nosotras el ama empujaba un cochecito repleto de encajes. En su interior viajaba plácidamente un niño de pocos meses que nunca supimos muy bien de dónde procedía, pero al que nuestra madre nos obligaba a tratar con el máximo respeto. Una noche apareció con él en brazos y se quedó para siempre en casa.

Una mujer nos adelantó contoneando descaradamente las caderas. Paca me pegó un codazo. Su risita alertó a mi madre, hasta entonces tan ensimismada en su cháchara que aquel detalle le había pasado inadvertido.

—Una señorita no se comporta de este modo. Ésa es una mujer de la calle, ¿comprendes? Hay que ignorarlas.

Aunque la verdad es que no entendía nada, su tono de exasperación me asustó. Tomó asiento en un banco y nos dijo que fuéramos a jugar. El ama se sentó en otro, cercano pero suficientemente alejado como para mantenerse aparte de la conversación de las señoras. Al darme cuenta de que mi madre seguía hablando con su amiga, presté atención a sus palabras.

—¡Es increíble! Ni siquiera por las mañanas se esconden. Antes las fulanas permanecían encerradas durante el día, pero ahora han perdido el respeto a todo. Por no hablar de las que pretenden formar parte de los nuestros.

Se detuvo en seco. Supongo que se percató de que estaba hablando demasiado. Pero su ladina amiga no quería permanecer en ascuas.

—María Manuela, lo que dices me corrobora las habladurías.

Señaló descaradamente el cochecito. Mi madre nos miró de reojo. Saqué una peonza del bolsillo de mi abrigo. Paca intentaba dominar el diábolo. Aparentemente estábamos absortas en nuestros juegos.

—Para qué voy a negar la evidencia. Sí, son ciertas. La pobre criatura no tiene la culpa de lo que ocurrió y lo menos que puedo hacer es encargarme de él.

»Aquella mujerzuela engatusó a mi cuñado para casarse con él y no contenta con ello pretendió convencernos de que había quedado preñada. ¡Figúrate!, embarazada

del pobre Eugenio, que lleva cuatro años postrado en una cama. Lo que nunca imaginó aquella arpía es que yo desharía el entuerto.

»La noche que llegué a su casa quiso prohibirme la entrada mientras gritaba como una descosida simulando el momento del parto. Menos mal que precavida como siempre he sido, le había pedido al rey don Fernando una licencia para estar presente y fue entonces cuando lo descubrí todo.

Su amiga sonrió maliciosamente.

—Menos mal, porque si aquello hubiese sido cierto os hubiera privado de una gran herencia.

Mi madre se incomodó, pero no pudo contestar. Resultaba evidente que se tomó todas esas molestias para conseguir algo a cambio, si no hubiese sido absurdo.

Alguien se acercó presuroso.

—¡Señora condesa!, menos mal que la encuentro. Vengo corriendo desde Atocha; con lo largo que es el paseo del Pardo, ya estaba a punto de desistir.

El mayordomo de casa jadeaba exhausto.

—¿Qué ocurre?

—Falleció su cuñado hace una hora. El señor conde me ordenó que las buscara.

Mi madre agarró fuertemente de la mano a su amiga y dio un profundo suspiro que pareció más de alivio que de pesar; pero yo no lo entendí. Años después lo comprendería: ese fallecimiento le abría las pocas puertas que aún se le resistían. Mi padre era el único heredero de su hermano.

Pronto nos mudaríamos al antiguo palacio de Ariza, ahora de los Montijo, en la calle del Ángel. Nos olvidaríamos de nuestra digna pero humilde casa. Los sueños de mi madre se hacían realidad de la mano de aquella triste noticia.

Se levantó por impulso, apresuradamente, y agarrándonos a cada una de una mano comenzó a andar rápidamente. Sólo se dio la vuelta un segundo para despedirse de su amiga, sin fingir el más mínimo desconsuelo.

—Rápido, jovencitas, tenéis que cambiaros.

Intenté desasirme de su mano, pero me lo impidió. No comprendía el porqué de tanta premura. El tío Eugenio ya estaba muerto y no se iba a ir a ninguna parte.

La pobre niñera nos intentaba seguir, pero el ocupante del cochecito importaba poco a mi madre. Ella atendió a su educación y poco más; aun así, aquel huérfano siempre le estuvo agradecido.

Bajamos del carruaje con vestidos más negros que la noche. Para mi imaginación me asemejaba a una cucaracha. Subimos las escaleras y accedimos al salón. Las contraventanas estaban cerradas. Junto a aquella caja inmensa, iluminada por cuatro velones, estaba sentado mi padre; dos sacerdotes mascullaban rezos en latín.

Señoras y caballeros de los que asistían a nuestras tertulias escuchaban en silencio. Un escalofrío hasta entonces desconocido recorrió todo mi cuerpo. No

alcanzaba a ver al tío Eugenio, pero algo en mi interior me ordenaba que me mantuviera alejada. Temblando, le di la mano a Paca, que me miró asustada y me dijo en un susurro:

—Tranquilízate.

La mirada inquisidora de mi madre le mandó callar.

A medida que íbamos acercándonos al ataúd, mi corazón se aceleraba sin remedio. Sabía que la costumbre y las buenas maneras me obligaban a ello pero me sentía incapaz de hacerlo. Aunque podría haber gritado, no lo hice. Procuré acortar mis pasos en esa dirección.

Miré al suelo. Me concentré en ampliar el número de losetas que nos separaban de aquel punto. «Si la fe mueve montañas, si quiero, puedo hacer eterno el camino», pensé ingenuamente. Pero todo resultó en vano. Estábamos junto al féretro. Di gracias a Dios por ser pequeña pues por mi estatura no alcanzaba ver el interior; ya me creía liberada del angustioso trance.

En ese momento se santiguaron los sacerdotes. Un «amén» generalizado resonó en la habitación y al instante sentí como dos fuertes manos me alzaban por la cintura.

—Despídete de él, Eugenia —dijo mi padre.

Me volví, horrorizada. El pavor se adueñó de mí. Pataleé y me tuvo que soltar porque le di en la espinilla. A pesar de ello mis ojos se encontraron por un segundo con la figura inerte del tío Eugenio, justo en el momento en que su cadáver emitió un extraño sonido.

No pude más. Presa del pánico, corrí en dirección a la ventana: necesitaba luz, el aire de la habitación se hacía escaso a mis pulmones. Abrí las ventanas y las contraventanas. Salí al balcón, dispuesta a lanzarme al vacío, a la libertad.

Las mismas manos que un minuto antes me hicieron contemplar el abismo se tornaron en tenazas que me impidieron saltar.

Mi señor padre me abrazó con fuerza, llenó mi rostro de besos y me juró que nunca más me obligaría a mirar a la muerte.

Añoraba con frecuencia nuestra pequeña y acogedora casa de Granada. Era mucho más humilde que el nuevo palacio frío y ostentoso, pero todo estaba más a nuestro alcance y no nos veíamos obligadas a esperar más de lo preciso al servicio. Para colmo, aquel día íbamos a un baile. Pasamos la mayor parte del tiempo cambiándonos para la ocasión. ¡Echaba tanto de menos la informalidad de nuestra ciudad natal!

Mi dulce hermana me miraba en silencio a través del espejo. Quietas e inmóviles aguardamos sentadas frente al tocador a que nuestras doncellas terminaran de recogernos el pelo. Sonaron tres golpes en la puerta y tras ella oímos una voz que para mi gusto se estaba haciendo demasiado familiar en casa.

—¡Niñas, daos prisa! —dijo George Villiers—. ¡La mayoría de los invitados ya

espera vuestra llegada y vuestra madre se impacienta!

No se dignó a entrar, las dos percibimos como sus pasos se alejaban por el pasillo. Me ofendí; pero al menos respetaba nuestra privacidad.

—Es como el perro faldero de mamá, podría haber enviado a cualquier miembro del servicio y sin embargo tiene que venir él. No puedo más, Paca. Últimamente vemos más al embajador que a nuestro padre. Entra y sale como si estuviese en su propia casa.

Paca se levantó un poco enervada. Miró en el espejo la mimosa que la doncella le acababa de prender en el pelo.

—Siempre estás igual, Eugenia. Hoy peor que nunca. Deja de refunfuñar y no te metas con George. Él se muestra cariñoso con nosotras y hemos de agradecerse.

—¡Demasiado! ¿O es que no lo ves? Siendo mayor que yo, a veces resultas más ingenua. ¿Acaso no te has percatado todavía de que si nos adora es por mamá? Sólo somos un aderezo de su conquista.

Paca se enfureció conmigo y observó de reojo al servicio. Su calmado rostro enrojeció, y apretó el puño.

—Eugenia, esta vez te has pasado. Mamá es buena y no puedes levantar falsos testimonios de ese tipo. ¡Me voy! Te espero abajo.

Inmediatamente me di cuenta de mi desatino. Había hablado demasiado, tenía que haberme mordido la lengua a tiempo, sobre todo delante de tantas personas. Aun así, mi querida hermana defendía excesivamente a mamá.

Las dos intuíamos que algo extraño pasaba. El embajador británico no era un amigo corriente de la familia, como lo podría ser Mérimée. Algo lascivo se entreveía en sus ojos cuando miraba a mi madre. Además, las discusiones entre mis padres se habían acrecentado desde que aquel hombre apareció en nuestras vidas.

Descendí por la escalinata en dirección al murmullo compuesto de música, multitud de voces y el lejano traqueteo de los carruajes que paraban frente a nuestra puerta.

Estuve tentada de deslizarme por la barandilla pero cuando estaba a punto de hacerlo me detuve en seco. Bajo la escalera mi madre hablaba con alguien. Me asomé y vi como el embajador le acariciaba la mejilla.

Quedé petrificada. Fue entonces cuando descubrí a mi padre observándoles tras el cortinaje de la puerta que daba al vestíbulo.

No supe qué hacer, así que carraspeé y empecé a bajar las escaleras.

George se separó inmediatamente de mi madre y, alzando la voz, intentó disimular. Mi padre me ordenó que acudiera a la sala de baile y rogó al embajador que me acompañara. Antes de salir le oí gritar. Su nuevo estatus le había hecho recuperar la confianza en sí mismo.

—Esto es demasiado, María Manuela. Una cosa es que juegues con mi respeto,

pero hoy has ido demasiado lejos. ¡Eugenia te ha visto! ¡Ese hombre no pondrá más los pies en esta casa!

George tiraba de mi mano. Tuve que entrar y saludar a infinidad de conocidos. Pronto pude escabullirme entre el gentío y, ansiosa de información, corrí a espiar al infeliz matrimonio que me engendró. Quería ver cómo mi padre se envalentonaba y achantaba a mi manipuladora madre. Pensé en llamar a Paca, pero estaba sentada entre varias sesentonas, encantada de escuchar los halagos que le proferían.

Cuando llegué, los gritos se habían calmado. Mi madre sollozaba entre los brazos de mi padre. Resultó que mis suposiciones eran erróneas. Quien estaba afligido no era mi madre sino él mismo. Las lágrimas femeninas consiguieron su miserable propósito: dar la vuelta a la tortilla.

Agucé el oído y me quedé aún más sorprendida.

—Tienes razón. Nuestro matrimonio no camina por los derroteros correctos. Quizá necesitemos alejarnos el uno del otro —dijo mi padre.

»El cólera merma Madrid día a día y nadie está libre del contagio, ni siquiera nosotros. Por otro lado, yo tendré que marchar pronto al frente. Desde que murió el rey Don Fernando, su hermano Don Carlos cada vez tiene más partidarios. La guerra se vuelve cada día más sangrienta. Ni siquiera en nuestra villa de Carabanchel estaréis seguras.

Después de dar un suspiro casi plañidero, mi madre le acarició.

—Las niñas se educarán al estilo francés, como siempre hemos querido.

Mi padre asintió pesaroso.

Me tapé los oídos. Me negaba a escuchar más. Estaban tramando nuestra partida. No quería marcharme sin mi padre, tenía miedo a lo desconocido y en ese momento odiaba más que nunca a mi madre. Ella sabía manejar a los hombres a su antojo, estaba claro, y siempre conseguía lo que se proponía; era inútil librar una batalla perdida de antemano.

Corrí hacia el balcón a llorar y entre hipidos llamé a mi padre como si me pudiera oír. La plaza del Ángel estaba levemente iluminada. Unos pasos a la carrera sonaron en una de las callejas y un monje aterrado apareció en el centro de aquélla. No conseguí verle el rostro a causa de la capucha. Daba vueltas y más vueltas sin saber hacia dónde dirigirse.

Del mismo callejón surgió una decena de guardias municipales que saltaron sobre él y lo derribaron.

Entre todos aquellos hombres perdí de vista al monje, pero oía sus gritos de socorro. Sacaron sus ballestas y lo atravesaron como si de un asado se tratase. En cuestión de segundos se hizo el silencio más absoluto. Aquellos hombres se cargaron de nuevo el arma a la espalda y huyeron corriendo. En medio de la plaza e iluminado por tres farolas tan sólo quedaba aquel cuerpo inerte.

Otro muerto. Dos muertos en tan poco tiempo. Comencé a temblar, y cuando estaba a punto de caer al vacío alguien me tapó los ojos y me abrazó.

Los balcones contiguos estaban repletos de grandes damas y caballeros que miraban impávidos la escena. Mi padre me llevó a mi cuarto y me estrechó en sus brazos de nuevo. Solamente así pude llorar.

Deseé decirle un millón de cosas. Lo mucho que le quería, lo que oí y cuánto le echaría de menos. No pude porque la congoja me enmudecía vilmente.

Aquella noche volví a soñar con él. Los dos cabalgábamos por los campos de Granada felices y tranquilos. Me reflejaba en sus ojos claros; nada perturbaba nuestra compañía.

III

Insumisa y rebelde

—¡Eugenia de Palafox, le he dicho mil veces que el Sacré-Coeur es un colegio de señoritas y no de yeguas salvajes!

Simplemente por hablar durante la comida aquella estricta monja me castigó. Aproveché el momento para hacer lo que más me gustaba. Sólo tenía dos alternativas para comunicarme libremente en aquel lugar plagado de incompreensión: escribir a mi padre o sentarme a hablar con las paredes en mi rinconcito. Opté por la primera.

Querido padre:

No necesito regalos para quererte más, ya que me sería imposible. No creas que te escribo por sentido del deber; es algo que me produce demasiado placer para que sea necesario esforzarme.

Estoy cansada de tanta rigidez. Este asilo de señoritas remilgadas en el barrio de Saint-Germain me está consumiendo por dentro. Son tan cursis que hablan francés al estilo del *ancien régime* para imitar a sus antepasadas, al mismo tiempo que recriminan nuestro acento.

Tanto aprendizaje y rezo están aniquilando poco a poco mi usual actividad. Las piernas se me entumescen de estar tantas horas sentada y la falta de ejercicio me engorda. Mis elegantes amigas me apodan «pelo zanahoria», y por primera vez en mi vida me siento despreciada e incomprendida fuera de casa.

Ni siquiera los ejercicios del Centro Gimnástico, Civil, Normal y Ortosomático —ningún lugar tuvo nunca un nombre tan largo— me satisfacen. El único alivio que tenemos es cuando Mérimée nos saca de paseo y acabamos descansando en la confitería más concurrida de París.

¡Ah, casi se me olvida! Ayer nos presentó a Monsieur Henri Beyle. Escribe bajo el seudónimo de Stendhal, no he leído nada de él. Pero estoy segura de que te gustaría conocerle. Fue dragón de Napoleón, en las campañas de Moscú e Italia, y nos habló muchísimo del emperador. Austerlitz y Waterloo son para él recuerdos cercanos que nos transmite con énfasis y orgullo.

Quiero que vengas. ¡No puedo estar más tiempo sin verte! ¿Qué es lo que nos separa? ¿La guerra? ¡Oh, guerra!, ¿cuándo acabarás tu marcha? Los meses pasan y tenemos menos ocasiones para abrazarnos.

¡Ven!, te necesito. Ahora más que nunca. Mamá está tramando mandarnos a Inglaterra. Eso la liberaría de nuestra presencia para actuar libremente en esta ciudad.

Las reuniones que organiza en el salón de Ville-l'Évêque albergan a escritores y artistas. Pero como puedes suponer su vanidad se acrecienta y pronto ya este tipo de vida se quedará corto para su ambición.

Nuestra nueva institutriz nos tacha de rebeldes e indisciplinadas. Ha sugerido internarnos en un colegio cerca de Bristol y mamá esta prácticamente convencida al respecto. ¡Ayúdame!

Eugenia

Colegio de Clifton en Bristol, Inglaterra, un año después

Sentada en el cuarto compartía fantasías y proyectos con mis dos nuevas amigas. Eran hijas de ingleses afincados en Madrás que deseaban dar a sus hijas una educación apropiada. Ellas fueron felices hasta que las enviaron a Inglaterra y tuvieron que abandonar su mundo, donde eran princesas rodeadas de humildes indios. Al llegar a Bristol se sintieron como yo, discriminadas simplemente por su procedencia.

Éramos tres extrañas en un lugar tremendamente clasista. Tanto nos compenetrábamos que vivíamos nuestros sueños con la misma intensidad que si los hubiéramos materializado. Tramábamos noche y día nuestro viaje secreto hacia Oriente.

Se apagaron las luces. Había llegado el momento esperado. Emocionadas e inconscientes, fuimos a despertar a Paca. No quiso venir y supuso que estábamos bromeando. Pero esta vez no iba a fastidiar mis planes: me marcharía sin ella.

La noche no comenzó a enturbiarse hasta que llegamos al puerto. Planeamos subir a hurtadillas a un barco mercante. Era excitante sentirse polizone, tanto que en un principio no pareció alterarnos en absoluto el problema que nos acechaba.

Escondidas detrás de unos contenedores de carga, aguardábamos un momento de descuido del vigilante para trepar por el portalón. Durante dos largas horas esperamos pacientemente. Estábamos sedientas, hambrientas, tiritando ateridas. Aún no sé si por miedo o frío.

Las escasas farolas que ardían ante el ataque eran inútiles, puesto que la niebla acentuaba la penumbra. Sólo se disipó por un instante, supongo que para hacernos entrar en razón. Lo consiguió. Aquel descomunal monstruo oxidado se hizo nítido a nuestra visión.

¡Cuánto distaba del impecable barco blanco y abanderado que habíamos imaginado! Aquel gigante fantasmal sólo me inspiró pavor, tanto que ni siquiera los pitidos de la policía lograron penetrar en nuestros tímpanos.

Tres hombres de piel muy oscura se asomaron tras la barandilla y nos vieron. Sus ojos negros se clavaron en nosotras. Su sorpresa no matizó en absoluto la crueldad amargada que reflejaban sus rostros.

No dijimos nada. Sólo nos abrazamos, las tres, temblorosas y asustadas.

—¡Ahí están! —gritó uno de ellos.

Cerré los ojos de inmediato. Como cuando era más niña, pensé que si yo no veía, no sería vista. Sonaron unos pasos a escasos metros de nosotras. Nos rodeaban por todas partes y sólo acertábamos a ver la difuminada luz de varias farolas, que traspasaban el círculo. Aún nos apretujamos más entre nosotras. Quería correr, pero las piernas no me respondían.

Una delicada voz femenina se dejó oír a nuestras espaldas. Pensé que el diablo disfrazado de ángel nos castigaba por nuestra falta.

—Tranquilizaos, ya ha pasado todo

Aquella no sería la única ocasión en que esa mujer vendría en mi ayuda. A partir de ese momento formaría parte de mi vida.

Mi madre, por primera vez, se comportó como era debido y redujo nuestra estancia en Inglaterra. Miss Flower, así se llamaba nuestra salvadora, fue contratada para perfeccionar nuestro inglés. ¡Gran mujer aquella que estuvo en casa casi cuarenta años!

Al abandonar el colegio sólo me dolió despedirme de las dos princesas indias. Ya no podría estrenar aquel prometido sari dorado que me sentaría tan bien. Fueron las más extravagantes y diferentes de entre las amigas que llegué a tener.

Hasta muchos años después no pude hacer realidad mi sueño de conocer Oriente, y cuando por fin lo logré, me resultó imposible localizarlas.

Paca bordaba sus iniciales en silencio sentada al lado de la ventana. Yo trataba de leer la letra endemoniada de la última novela de Monsieur Beyle. *La cartuja de Parma* aún no había sido publicada, por lo que para mí constituía un orgullo que quisiera contar con mi opinión. Era el único que realmente me trataba como a una adulta.

Al terminar de leer los avatares del protagonista en Waterloo, pegué un respingo. No daba crédito a lo que veía. En el margen inferior izquierdo de la página y en letra diminuta se leía «Para P. y E.». Comprendí por qué sólo me había dado para leer aquella parte.

Un cosquilleo recorrió todo mi ser. Apreté aquellas manoseadas cuartillas contra mi pecho. Silenciosas lágrimas surgieron de mis ojos. Mi corazón latía con violencia. Nadie había hecho nada semejante por mí excepto mi padre. Recordando cómo años atrás nos sentaba sobre sus rodillas y nos engatusaba con sus historias, sentí el haber crecido tanto.

Desde hacía meses mi cuerpo se tornaba el de una mujer y mi sensibilidad se agudizaba ante cualquier imprevisto. Pero me sentía bien. Sufría, me alegraba, enfadaba y vivía fervientemente cada acontecimiento con plenitud.

Paca levantó la vista de su labor.

—Parece mentira, Eugenia, si prestaras la misma atención a las lecciones escolares tus calificaciones mejorarían. Estás tan ensimismada con la obra de Monsieur Beyle, que no has pronunciado palabra en media hora. ¡Debes de estar enfermando!

Levanté el rostro haciendo caso omiso a sus palabras. Me miró sorprendida.

—¿Tan bueno es? Déjame.

Se levantó e intentó arrancarme de las manos aquellas páginas.

—¡Las romperás!

—Está bien, cómetelas. Eres una egoísta malcriada y nunca compartes nada.

Malhumorada, regresó a su banco y se sentó. Por un leve quejido supe que se había pinchado. Me arrepentí de inmediato de mi actitud.

—Es bueno, pero no es eso lo que me ha emocionado, sino que, al final, nos lo haya dedicado.

Se lo mostré orgullosa.

—Es un detalle bonito. Pero deberías pasarlo a limpio. Has estrujado tanto el papel que parece que lo haya pisado un carruaje.

¿Cómo podíamos ser tan diferentes? Lo que para mí era todo, para ella se convertía en un simple detalle. Mi hermana mayor estaba hecha de otra pasta y a esas alturas ya sabía que no la podría cambiar.

Miss Flower apareció alterada.

—Señoritas, su madre ha tenido que partir hacia España. Dentro de quince días la seguiremos.

—¡Bien! —exclamé—. Veremos a papá.

Nuestra institutriz se quedó helada y se fue.

—Pareces tonta, Eugenia —dijo Paca—. Vives en tu mundo de sueños. No te das cuenta de que mamá se ha marchado sin avisar. Algo preocupante ocurre y tú, como siempre, en Babia. La guerra sigue y probablemente ha ocurrido una desgracia.

—Detesto la rara cualidad que tienes para amargarme. Parece que te moleste mi alegría. Siempre buscas excusas y suposiciones para desanimarme.

»Sé que odias separarte de mamá. Para que lo sepas, a mí me ocurre lo mismo con nuestro padre. Ardo en deseos de verle y si se tercia me quedaré a vivir con él para siempre. Estoy harta de seguirlos a todas partes.

Paca me miró escéptica.

—Sueña y sufre si quieres, pero yo prefiero ser realista. Nada existe para siempre, la muerte ronda nuestras vidas desde que nacemos. ¡Quieras o no, alguna vez tendrás que asimilarlo!

No quería escuchar. Me tapé fuertemente los oídos y ella se limitó a dejarme a solas. La desesperación me ahogaba. Hacía un segundo saltaba feliz pensando en mi padre, sintiendo su fuerte abrazo y anhelando sus caricias. Ahora me sentía

desesperanzada. El sabor de mi saliva se volvió agrio y acudió a mi mente la imagen del cadáver de mi tío.

Cogí mi silla y me dirigí a mi rincón. Por mucho que esa manía mía desagradara a los demás, aquel recurso se estaba convirtiendo en el único alivio para mí. Me calmaba incluso más que la confesión.

Las paredes me escucharon como siempre. Ni más atentas, ni más distraídas.

—No puedes abandonarme. Sabes que te necesito. Te lo he dicho y escrito un millón de veces. Ahora que puedo luchar para estar junto a ti no puedes darte por vencido. Regresaremos a Granada. Tú y yo no necesitamos tantos lujos y aspavientos. Paca y mamá disfrutarán de todo por los cuatro. Nosotros dos solos nos bastamos. Pronto estaremos juntos. No dejes que la enfermedad te venza.

Mis ruegos quedaron adheridos a los muros y nunca le llegaron. Ni siquiera se dignó esperarme para el último adiós. Cuando llegamos a Madrid yacía bajo tierra. Así, cumplió su promesa. Me juró que nunca más volvería a obligarme a ver un muerto, pero cuando lo dijo nunca pensé que él sería el próximo.

IV

Utópico amor, 1843

«Estoy cansada y triste. Cansada de la laxitud moral que este país demuestra y triste por la pérdida de papá. Él hubiese vigilado más intensamente a mamá. Ésta no cesa de acosar a cualquier bípedo con pantalones que se cruza en su camino y lo peor es que nadie la detiene. Sus amigas la podrían advertir, pero andan muy lejos de ello. Al contrario de lo que se podría esperar de tan grandes y nobles damas, parecen admirarla con ligera envidia.

»¿Por qué he de encontrarme siempre desplazada de mi lugar? En París ansiaba regresar y ahora en Madrid añoro nuestras estancias en aquella ciudad. Supongo que lo único que me unía a estas tierras era la querencia hacia mi padre.

»Son carcajadas lo que oigo y me enojan. Mi madre y sus comparsas montan a horcajadas sobre los lomos de sus secuestrados mozalbetes y luchan entre sí como en los torneos. No sé cómo no se les cae la cara de vergüenza. Me abochorna cada día más y no puedo evitarlo.

»Ojalá que George Villiers hubiese permanecido en su embajada. Lo que un día me pareció lo peor, hoy hubiera sido lo mejor. Sin embargo, George partió a Inglaterra y se casó. Mamá lo consideró vejatorio e indignante. Cada vez que habla de él lo hace sarcásticamente. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Al menos Villiers sabía comportarse como un caballero y no como esos amorales. Mi madre está embebida de una lujuria permanente.

»Para colmo, ahora trama festejos para nosotras. Pretende exponernos como dianas a los dardos de los mejores partidos de Madrid.

»Me niego a ser un artículo de subasta al alcance del mejor postor. Huiré del baile que trama en Carabanchel. Se tendrá que conformar con mostrar a Paca, porque yo me niego a comparecer ante tal exhibición. No seré carnaza de su insaciable ambición, por mucho que se empeñe».

Cerré mi diario, alertada por su voz. Aquel cuaderno era el sustituto de mi rinconcito. Recogía mis temores y sentimientos, y además, me los dejaba repasar cuando me apetecía.

—Date prisa, todos aguardan —dijo mi madre al entrar—. Y no puedes imaginar los pretendientes apetitosos que desean conocerte.

—¿Apetitosos?

Mi mirada recriminatoria no la impresionó.

—¡Mira que eres remilgada! ¿Por qué no puedes ser igual que Paca? Ella me sigue y sabe que si hago esto es sólo por vosotras. Cada día me recuerdas más a tu padre. Te doy dos minutos para que bajas o no me hago responsable de mis actos. Tengo que dar una noticia importante y tu presencia es vital.

Me empujó para poderse ver en el espejo de mi tocador. Se subió el busto. Se bajó un poco más el escote. Miró la camelia que yo llevaba sujeta en la cintura y sin consultarme me la arrancó, para ponérsela entre los pechos, prendida del escote.

—A ti te sobra y a mí me falta. Date prisa, sabes que odio repetirme.

Salió, altanera y orgullosa de sí misma. Me miré en el espejo. ¿Por qué nos comparaba constantemente? A pesar de que ella fomentara nuestras diferencias entre hermanas, cada día me sentía más cercana a Paca.

¿A quién si no? Papá ya no estaba, Monsieur Beyle se hallaba lejos y mi madre no tenía ni un solo punto en común conmigo, ni pretendía tenerlo. Paca, callada y comprensiva, era la única que parecía entenderme.

¿A qué noticia se refería? La verdad es que no me importaba. Era capaz de inventar cualquier cosa con tal de aparecer en la gaceta.

Bajé la escalinata erguida e intentando ocultar mi lamentable estado de ánimo. Mi sonrisa era fingida, pero nadie parecía percatarse de ello y esto me animó a proseguir con la pantomima.

Últimamente mi soledad aumentaba en los lugares más concurridos. Todos me acribillaron con la mirada. Lo más usual es que en un baile el número de mujeres sea más o menos equivalente al de hombres. A mi madre eso no le importaba en absoluto. Paca y yo teníamos que resaltar.

Las pocas amigas invitadas eran escoria alrededor de pepitas de oro. Las más bellas habían sido descartadas de antemano. ¡Hasta en eso mostraba su más denigrante interés!

Saludé correctamente a todos. Vi a Jacobo Alba y eso me reconfortó. Pasamos al comedor. A mi derecha Andrés de Arteaga y a mi izquierda Mariano, Duque de Osuna, Infantado y Pastrana. Famoso por su incontrolado estipendio, este último asombraba a media Europa. Era dieciséis años mayor que yo y sin embargo se suponía que era aún un buen partido.

Se habló de su posible boda con la infanta Luisa Fernanda, pero nunca fructificó. Era un vanidoso insaciable.

Andrés, callado y discreto, le miró de reojo e inmediatamente soltó una carcajada. Mariano admiraba su propio reflejo en el revés de un gran cucharón.

—Tu narcisismo pasma a cualquiera.

Mariano, consciente de haber sido descubierto, intentó disimular.

—No te entendemos. Eugenia, ¿sabes a lo que se refiere?

Sonreí sin contestar. El presumido de Mariano se molestó y prefirió cambiar de tema. Ajustándose el monóculo requirió mi atención hacia el lado opuesto de la mesa.

—Vuestra hermana se muestra extasiada con Jacobo y creo que es correspondida. Lerma, Ayerbe o Molins parecen descartados. Una vez más el heredero de los Alba triunfa.

Me sentí incómoda y celosa al mismo tiempo. Había conocido a Jacobo en París, precisamente en casa de Mariano; siempre se mostró cariñoso conmigo. Era culto, cortés, tímido y estable. Se acercaba bastante a mis pretensiones. En casa no era un secreto, Paca sabía lo que yo sentía por él. Pero su ubicación en la mesa no había sido obra suya.

Mi madre eligió los puestos. Supongo que para frustrarme de nuevo. No se saldría con la suya. Paca nunca me traicionaría, ella me quería. Aunque siempre que le hablaba de Jacobo se mostraba triste y preocupada.

Aquella noche se lo haría saber al duque, durante el baile. No era ducha en amores, pero estaba convencida de que mi corazón me ayudaría a actuar del modo más propicio.

Cuando terminamos con la copiosa cena, muchos de los caballeros, incluidos mis dos acompañantes, se trasladaron al salón de fumar. Fue entonces cuando vi que Jacobo se dirigía al despacho. Aproveché la ocasión para interponerme en su camino.

—Tengo que hablar contigo —le susurré al oído.

Él pareció sorprendido.

—Si puedes aguardar dos minutos, vendré —se excusó con elegancia.

Me costó animarme, pero ya no podía contenerme. Cualquier otra cosa podía esperar. Le cogí con fuerza de la mano y le miré apasionadamente a los ojos.

—Jacobo, siento fuego en las entrañas cada vez que te veo. Necesito que lo sepas. Asustado, dio un paso atrás. Con la mano libre me tapó la boca.

—No sigas, Eugenia. Mañana lo olvidarás todo, te lo aseguro. Sin duda eres una mujer muy apasionada, pero no es preciso que te sulfures.

Pronunciadas estas palabras entró en el despacho.

Me dejó paralizada. Acababa de sufrir el primer desengaño de mi vida. ¿El primero? No, el segundo. El primer hombre que me defraudó fue mi padre al abandonarme sin despedirse. Pero el duque estaba vivo. Carecía de una razón tan poderosa como la de mi padre para repudiarme. ¡No me rendiría! Lucharía por su amor hasta desfallecer. Nada estaba perdido. Él era tímido y por eso se asustó ante mi ímpetu.

«Eugenia, has de ir más despacio», me dije a mí misma. Estaba cansada de escuchar este consejo en boca ajena, pero reconocí que debía de ser cierto.

Una pieza de Strauss comenzó a sonar en el salón de baile y, más tranquila, entré.

Todos danzaban en cuadrillas de la mano. Mariano me hizo saltar a la palestra.

La orquesta cesó repentinamente y todos quedamos expectantes. Mi madre, subida en la tribuna, pidió silencio. Junto a ella, Jacobo y Paca parecían tener algo que decir. ¡No podía ser cierto! Como siempre mi imaginación desbordante me traicionaba.

Mamá tomó aire para hacerse más audible y anunció:

—Siento interrumpir el baile. Pero he de darles una maravillosa noticia. El duque de Berwik y Alba, Jacobo, y mi hija Paca, la condesa de Montijo, se casarán este otoño.

Una voz ebria surgió de entre los asistentes.

—¡Vivan los novios!

Me quedé inmóvil. Pañuelos, abanicos y tocados surcaron mi cabeza y la música comenzó de nuevo. Una voz sonó a mi lado.

—Lo predije en la cena. Pero nunca pensé que fuese tan inminente.

Quise contestar a Mariano pero no pude, tenía la vista clavada en la tribuna. Mi madre estaba más inflada que nunca. Jacobo se mostraba conforme y agradable. Paca me miró por un instante suplicando perdón.

Salí corriendo hacia mi habitación. ¿Cómo pude ser tan tonta? Los silencios de Paca no representaban comprensión sino un cargo de conciencia que era incapaz de exteriorizar.

Un volcán de furia y angustia, desamor y tristeza, se revolvía en mi interior a punto de entrar en erupción. Subí los escalones de dos en dos y me derrumbé en la cama llorando.

Llamaba a papá pero no me contestaba. Entre suspiro y suspiro miré hacia la mesilla de noche. Junto al velador, una caja de fósforos aguardaba ser utilizada. Sabía que eran venenosos.

¡Veneno! Eso era lo que me pedía el cuerpo. Veneno para dejar de sentir, de respirar y de sufrir. Veneno para cargar en las conciencias ajenas sus errores, para que al fin me tomasen en serio. Veneno para volver a encontrarme con mi padre.

Temblorosa, comencé a separar las pequeñas astillas de mi medicina curalotodo. Ya estaba lista. Un considerable montón de fósforos esperaba a ser diluido en un gran vaso de leche. Tomé el vaso y fue entonces cuando pensé de nuevo en Jacobo.

Él no tenía la culpa de nada. Ni siquiera sabía hasta qué punto podía llegar a herir una mujer como mi madre. Tendría que darle explicaciones.

Frente al tocador, observé mi imagen desaliñada y entristecida. Sequé las lágrimas que me nublaban la vista y comencé a escribir. En la lejanía se oía la música del baile.

Al Duque de Alba

a 16 de mayo de 1843

Mi queridísimo primo:

Encontrarás raro que te escriba una carta como ésta pero todas las cosas de este mundo tienen un fin, y el mío está muy cerca. Quiero explicarte todo lo que encierra mi corazón, que es más de lo que puedo soportar. Mi carácter es muy fuerte, es cierto, no quiero excusas por mi conducta, pero así como cuando se es bueno conmigo se puede hacer lo que se quiera de mí, cuando se me trata como a un burro al que se pega delante de todo el mundo, entonces no lo aguanto.

Mi sangre hierve y ya no sé lo que hago. Mucha gente cree que no existe en el mundo nadie más feliz que yo, pero está equivocada. Soy desgraciada porque me hago desgraciada a mí misma. Hubiera tenido que nacer un siglo antes, ya que mis ideas más queridas son ahora ridículas, y temo el ridículo más que a la muerte. Amo y odio con extremismo y no sé cuál de los dos sentimientos es mejor. Tengo una mezcla de pasiones terribles y todas son fuertes. Lucho contra ellas, pero pierdo ese combate y al final mi vida acabará miserablemente en un amasijo de virtudes y locuras.

Pensarás que soy romántica y tonta; pero eres bueno y perdonarás a una pobre chica que ha perdido a cuantos la aman y que es mirada con indiferencia por todo el mundo. Incluso por su madre y su hermana y, me atreveré a confesarlo, por el hombre a quien más ama. Por quien hubiera pedido limosna e incluso consentido su propia deshonra.

No digas que estoy loca. Ten compasión de mí. No sabes lo que es querer a alguien y que te desprecie. Pero Dios me dará valor. No lo niega nunca a quien lo necesita y así podré acabar mi vida en un triste convento sin que se sepa nunca que he existido.

Si hay personas que han nacido para ser felices, tú eres una de ellas. Dios quiera que te dure siempre. Mi hermana es buena, te quiere, vuestra unión no se aplazará por mucho tiempo; entonces nada faltará a vuestra felicidad. Si tenéis hijos, queredles por igual: pensad que todos ellos son vuestros y no humilléis nunca el ánimo de uno demostrando más cariño al otro. Seguid mis consejos y que seáis felices. Así os lo desea,

Eugenia

P.S. No intentes persuadirme, es inútil. Iré a acabar mis días lejos del mundo y de sus apegos. Con la ayuda de Dios nada es imposible y mis resoluciones ya están tomadas, puesto que mi corazón está roto.

Dejé la pluma sobre el papel. Mi sinceridad era absoluta. Había sustituido la opción del suicidio por la de la clausura para mortificarles aún más. Los sufrimientos de mi madre y Paca serían más intensos y duraderos si, en lugar de morir, entraba en

un convento para siempre.

Una mano se posó sobre mi hombro. Tuve tiempo para esconder la carta.

—Lo siento. No tuve fuerzas ni valor para decírtelo y tampoco sabía que mamá lo comunicaría hoy.

Enfurecida, miré a Paca a través del espejo.

—Te ruego que me comprendas —dijo—. Estoy enamorada de Jacobo, al igual que tú, pero sabes que yo procuro guardar mis secretos. Te prometo que aplazaré la boda hasta que te sientas mejor.

Rechacé su abrazo a pesar de que intuía una gran aflicción en su voz. Al ver los fósforos los cogió asustada.

—No hagas locuras, Eugenia. Abajo hay un millón de hombres suspirando por una mirada tuya. Olvídate de ventanas y venenos. Vive la vida.

Me encogí de hombros.

—Ese es mi mayor error. Vivir la vida apasionadamente.

Paca no tenía la culpa. Pero me costó superar su desertión. Desde que murió papá solamente me quedaba ella. Ansiaba que me quisiera como yo la quería. Pero el amor por un hombre pudo más. A pesar de ello, a partir de ese momento se mostró mucho más comprensiva conmigo.

V

Crisis mística

Pesadillas más atroces que las sufridas de niña empezaron a asaltarme. Postrada en un ataúd, veía como todos mis seres queridos se reían de mis pesares... Pero al poco tiempo de aquella nefasta noche pude comprobar que las palabras de Paca eran ciertas. Eran muchos los que me pretendían y decidí tomarme las cosas con calma.

Un amor no correspondido es el mejor método que existe para apagar las brasas del corazón y comenzar a estimular la conveniencia que dicte la mente. Mi fogosidad menguó poco a poco. Cada vez que recordaba mi absurda declaración ante Jacobo me sentía ridícula. Me hice el firme propósito de no confiar nunca más en nadie. Sólo compartiría mis sentimientos con mi diario. Mi corazón quedaría protegido en una caja inexpugnable, rodeada de gruesas cadenas. ¡Nadie más podría herirme!

Todos andaban extrañados. Mi pasión parecía mermada. Mi habitual parloteo, desaparecido, y mis arranques de furia, sorprendentemente contenidos. Me mostré fría y distante. Mi desconfianza hacia todos creaba desconcierto.

Sólo Monsieur Beyle y Miss Flower conseguían que mi corazón palpitase y se abriera levemente. Sólo ante ellos reconocí que mi intención de ingresar en un convento estaba frustrada. Por mi falta de vocación piadosa y porque en mi interior quedaban posos de odio hacia muchas injusticias que no alcanzaba a entender y que temía que siempre escaparían a mi comprensión. Miss Flower me alentaba con caricias y cariño. Beyle, con historias que me hacían recordar la gloriosa victoria de Napoleón. A su manera, ambos me proporcionaban aquellas cosas que tanto añoraba de mi padre.

Mi plan para hacer que Paca y mamá se sintiesen culpables estaba resultando efectivo únicamente con la primera. Mi madre era demasiado frívola e insensible como para darse por aludida. Sus numerosos amantes y la compra del ajuar de Paca acaparaban toda su atención.

—Rápido, niñas —dijo Miss Flower—. Todos están reunidos esperándoos. La tertulia promete ser interesante. Debaten sobre vuestra patria acaloradamente.

—Hubiese preferido una interpretación teatral. Pero ¿ha llegado Monsieur Beyle?

—Sí, y ha preguntado por ti. Te trajo tres disfraces para la próxima fiesta, uno de pastora, otro de escocesa y el último de cracoviana.

Su presencia era lo único que me animaba. Hacía tres años que no le veía.

La discusión se oía desde arriba. Cuando entramos, todos se pusieron en pie.

Mariano, impecable como siempre, me cedió su asiento.

—Es imposible recuperarse económicamente con tanta inseguridad —dijo uno de los invitados, continuando la conversación—. No sé si nos hubiese ido mejor con don Carlos. María Cristina no ha sabido mantenerse alejada de influencias conspiradoras. Primero la regencia de Espartero, ahora Narváez y luego ¿quién? La inestabilidad es la que gobierna realmente. España ha de restablecerse del expolio que sufrimos a manos de los franceses, gracias al padre de nuestra reinecilla Isabel.

No me gustó cómo hablaba aquel hombre de los franceses.

Pero no daría voces al pregonero. En boca cerrada no entran moscas y más en esos momentos en que la mayoría se cambiaba de chaqueta según la conveniencia.

El marqués de Miraflores, embajador español en París, replicó:

—Isabel lo hará bien ahora que su madre se halla a su lado. Además, es absurdo seguir debatiendo sobre esto. La rebeldía carlista ya ha sido erradicada. ¿Es que ignoráis que don Carlos abdicó en su hijo? Sólo necesitamos tiempo para consolidar el gobierno.

Mi madre, demasiado callada hasta ese momento, intervino:

—La consolidación del gobierno vendrá de la mano de Narváez, ya lo veréis. Muy estúpido tendría que ser el que lo rebatiese.

Los asistentes quedaron en silencio. Nadie osó contradecirle; sabían que el general Narváez era muy amigo suyo. Y que mi madre esperaba que él le ayudase a ser nombrada dama o camarera mayor de la reina.

—¿Y bien? Prosigan señores, ¿o es que les ha comido la lengua el gato?

Abrió el abanico e impávida no dudo en dedicar una mirada altiva a los asistentes. Estallé.

—Dales tiempo, madre. Todos procuran encontrar otro tema de conversación ya que tú has cortado de cuajo el anterior, sin darles opción a réplica.

Cerró el abanico con tanta fuerza que casi lo rompe y me atravesó con la mirada. Con voz melosa y falsa dijo:

—Mi querida Eugenia. Si insinúas que no he actuado correctamente no sabes cómo andas de equivocada. Deberías ocuparte más de cuidar a Monsieur Reeves en vez de intervenir en cuestiones políticas que ignoras por completo.

Todas las miradas se concentraron en el hijo del embajador americano en París. Aquel muchacho suspiraba por mí e incluso me había pedido en matrimonio. Pero mamá, a pesar de calificarlo como buen partido, no llegaba a aceptarlo porque era protestante. Eso hubiese desagradado a la católica sociedad española.

Mi joven pretendiente se ruborizó y yo me exasperé.

—¡Me has obligado desde mi infancia a acudir a estas reuniones y ahora no me dejas opinar!

—No te lo tomes así, comprende que muy pocas mujeres se pueden permitir el lujo de intervenir en conversaciones de este tipo.

No podía seguir escuchándola. ¡Qué se creía! ¿Una diosa?

—Tú sí, ¿verdad? Tú eres superior a todos y a todas. Manipulas a los hombres acallándolos y jugando con su educación y a las mujeres tapándoles la boca. ¡Pues conmigo no te servirá, madre!

Me levanté y un arrebató de odio surgió de mis entrañas. Mi corazón se deshizo repentinamente de todas las cadenas que había forjado para amansarlo y la pasión más demente tomó carrerilla para reaparecer de súbito.

Corrí hacia el escritorio. Tomé un abrecartas y empuñándolo con fuerza me dirigí a mi madre.

—¡Te demostraré de una vez por todas que soy más fuerte y valerosa que cualquiera de los hombres presentes!

Apreté la mandíbula y sin titubear un segundo me clavé el abrecartas en la muñeca. Cuando alzaba el brazo ensartado para que todos lo admiraran, el dolor quiso emerger de mis ojos mediante lágrimas, ya que no lo pudo hacer a través del alarido. Pero me contuve y me sentí orgullosa de haber dominado mis impulsos.

Se quedaron todos estupefactos. Únicamente Monsieur Beyle acertó a levantarse y tomarme entre sus brazos para llevarme a mi cuarto.

—«Euqué», ¿qué vamos a hacer contigo? —dijo mientras me curaba la herida.

William Reeves, el joven americano, nunca más regresó y los demás comenzaron a preocuparse por mi estado mental. Mamá lo achacó a mi desilusión por la boda de Paca y decidió que lo mejor sería regresar a Madrid; cuanto antes lo afrontase mejor para todos.

No sabía que lo único que deseaba era perderla de vista y que lo de Jacobo ya no me importaba.

VI

El libro de mis pasiones

«Querido libro de mis pasiones:

»Madrid está mejor que nunca. Cabalgo todas las mañanas por el paseo del Prado, acudo a las corridas de feria y practico la esgrima. Es el único deporte que me ayuda a liberar el desasosiego y la inseguridad de las que soy presa y también a mantener viva la memoria de papá. ¿Recuerdas cuando me matriculó en aquel gimnasio ortosomático de París? Mi dominio del florete sin lugar a dudas le hubiese satisfecho.

»Paca nunca había sido tan feliz. Por fin cumplió su deseo y se casó. De la boda no hay más que decir, ni te lo voy a contar. Las gacetas y lenguas se encargaron ya de desgastar el tema. Tanto que no se les pasó por alto ni el detalle más insignificante. Sólo te puedo asegurar una cosa, me sorprendí a mí misma. Por una vez me olvidé de mi persona y disfruté con la alegría de mi hermana.

»¡Estaba rozagante y plena! A pesar de haber sido ella la protagonista del día, no distrajo ni un solo instante su atención y preocupación hacia mí.

»No me he mudado aún a Liria. Cavilándolo, he decidido no hacerlo. Jacobo y Paca están dichosos desde que se casaron. He de respetar su intimidad, aunque debo reconocer que en muchas ocasiones me veo obligada a controlarme para no resultar pesada. En definitiva, procuro mantener mi mente ocupada en todo momento, no detenerme a pensar y evitar a mi madre. Son los tres mejores remedios que he encontrado para tanta desazón.

»Los comentarios no me afectan en absoluto. Todos creen que vivo ajena a las habladurías; pero no es así. Simplemente los ignoro por completo. Muchos se obstinan en verme casada, no se explican cómo no lo estoy aún.

»No lo estoy porque sólo hay un miedo que no he superado. Temo que algo o alguien pueda llegar a herirme de nuevo.

»Precisamente por eso me muestro distante y no me involucro. Al fin y al cabo desde que falta papá he estado bastante sola. No obstante, me basto y me sobro. Pero aunque lo parezca no estoy cerrada. Algo he aprendido de los arrebatos: a ser desconfiada y a no soñar imposibles.

»Si alguien me pretende habrá de demostrarme su amor. No sólo exteriormente, sino con máxima profundidad. Riquezas y grandezas nunca me han alterado en absoluto. Desde que he llegado a esta conclusión, la serenidad de ánimo que poseo me sorprende a pesar de que desconcierta a los que están más cerca.

»Los jóvenes me requieren y no hay estreno teatral u ópera a la que no asista. Existe alguien especial de quien no te he hablado todavía. No quiero implicarme por miedo al desengaño, pero sin duda su mera presencia me turba.

»Espero que mamá no frustré mis esperanzas. Más ahora que su puesto en palacio pende de un hilo si no muestra más respeto hacia Miraflores, el actual gobernador. Ese hombre fue muy amigo de mi padre y precisamente por eso la abomina. Conoció sus infidelidades y posiblemente consoló a papá ante las humillaciones de su mujer.

»Se empeña en contradecirle y estoy convencida de que no es consciente del peligro. Se cree tan insustituible y todopoderosa que resulta imposible convencerla de lo contrario. Ni siquiera calibra su verdadera fuerza. Allá ella. Ya se pegará un buen estacazo si continúa así. Lo único que me aterra es que se sienta incómoda en Madrid y decida mudarse de nuevo.

»Pero dejemos a un lado este aburrido episodio. Hay algo que me consterna y te lo confiaré gustosa.

»¿Recuerdas aquel cosquilleo interior que sufrí una vez por Jacobo? Pues se está repitiendo y esta vez me tiene atontada. No quiero sentirme así, pero no lo puedo evitar. Supongo que la pasión es insoslayable. La disfrazaré tal como hago con mi personalidad. Mañana te hablaré más detenidamente de lo que me está ocurriendo.»

Dejé la pluma sobre la mesa. Soplé sobre la hoja para que la tinta se secara más rápidamente y escondí mi diario. Miss Flower entró en ese preciso momento.

—Señorita Eugenia. El señor marqués de Alcañices la espera en el rellano.

Me acerqué el perfumador al cuello y le di dos toques. El agua de jazmín me recordó a Granada e inspiré profundamente.

Miré a mi más adorada servidora.

—¿Qué tal estoy?

Ella ladeó el espejo de cuerpo entero hacia mí.

—Para mi gusto, recargada.

Mis botas altas de satén rojo sin duda no conjuntaban con el clásico vestido verde de amazona, pero a mí me entusiasmaban. Hacían juego con las clavelinas que llevaba en el pelo.

—Estoy perfecta y nunca me he sentido mejor.

Flower sonrió.

—Eso es cierto, señorita. Hacía tiempo que no se mostraba tan eufórica. ¿No tendrá nada que ver con el caballero de abajo?

Sabía que ella nunca me delataría por sí misma, pero mamá hacía verdaderas mezquindades por conseguir información y Miss Flower no era inmune a sus interrogatorios. No hablaría de amor con nadie. Ya lo había hecho una vez y me salió el tiro por la culata. No confiaría en nadie. La evidencia necesita corroboración y no

la daría hasta estar segura.

Pepe me esperaba en la cochera, sosteniendo los dos caballos por las riendas. El caballerizo aguardaba agachado a que pusiese mi bota sobre sus manos para darme impulso.

—Estás preciosa. Pero hemos de darnos prisa. La entrega del premio está prevista para dentro de un cuarto de hora. El Chiclanero se enfadará si no estás presente para entregárselo. Además, está previsto que la reina llegue al segundo toro. No está bien que lo retrases todo.

Ordené al mozo de cuadra que desensillara mi caballo.

—Eugenia, ¿es que no te importa nada? —dijo Pepe, impaciente.

—El diestro es amigo mío y conoce mi impuntualidad. No le extrañará.

Diciendo esto monté a pelo y espoleé al caballo. Pepe, riéndose a carcajadas, me siguió al galope. Sabía que lo que más le atraía de mí eran mis excentricidades.

El palco real estaba situado en la Casa Panadería. Los balcones, con colgaduras, y la banda lista para deleitarnos con su música. La plaza Mayor se preparó para la ocasión y todos acudieron a ella ya que hacía años que las corridas se celebraban en Alcalá.

La reina Isabel II se acababa de casar con su primo Francisco de Asís. Madrid vivía los festejos. Fuentes de vino y leche se dispusieron en las plazas para todos.

Entregué el premio merecido al diestro y me situé en el balcón que Paca y Jacobo tenían muy cerca del real. Tan cercano, que dudé si cambiarme para no ver a mi madre. Pero Pepe Alcañices insistió en quedarse.

Entre el primer y el segundo toros llegaron las carrozas reales con su séquito. Como era de esperar, mi madre, junto a Miraflores y otros miembros, los seguían muy de cerca.

Justo antes de que saliese el cuarto animal de la tarde comenzó a anochecer. Cientos de antorchas iluminaron la plaza. La reina se incorporó un momento y entró en la casa con el consorte. En cuanto desaparecieron supimos el porqué. Una fuerte discusión se mantenía en su palco.

Mi madre gritaba a Miraflores. Me avergoncé de su actitud. No sabía el motivo y no me importaba. Sólo pensaba que si ella dejaba su posición querría regresar a París conmigo.

Eso me obligaría a olvidarme de Pepe. En ese momento lo miré desconsolada y me quedé estupefacta. No estaba atento al palco real. No me miraba tampoco a mí. Qué más hubiese querido, porque sus ojos rebosaban amor y pasión. ¡Ensimismado, admiraba a otra mujer! ¡Paca!

Ajena a todo, mi hermana sufría en silencio por la escenita montada por nuestra madre. Jacobo la tenía cogida de las manos en señal de aliento, ¡y Pepe la admiraba con frenesí!

¿Y a mí quién? Mi hermana acaparaba la atención de todos, en cambio yo estaba sola.

Me alejé sin mostrar a nadie mi frustración. Alcañices era demasiado ambicioso para comprometerse conmigo. Sus miras eran mucho más altas. Yo simplemente era un medio para conseguir el fin. Su empeño por permanecer en el palco persistía, por lo que le podría proporcionar la posición de Jacobo de un lado y la admiración por Paca del otro.

No lloré. ¿Para qué? Pero la rabia me comió las entrañas. Aquel mismo día me juré a mí misma que demostraría mi valía. No me vendría abajo, muy al contrario, un día les haría ver a todos esos buscadores de grandezas e intereses que yo llegaría a más.

¡A mucho más! Me lo dijo una gitana cuando era niña y feliz. Ayudaría al destino a cumplir con sus propósitos, aunque para ello tuviera que renunciar al amor.

¿Qué más daba? Por mucho que me obsesionara en amar, no lograba ser correspondida. ¿Qué era el amor si no se mostraba recíproco? Algo por lo que luchar sin solución hasta desfallecer abrigada por el dolor. El mundo en el que me tocó nacer se empeñaba en darme la espalda.

Primero papá, después Jacobo; le siguió Paca; Pepe no dudó en imitarles. Me golpearon el amor filial, el fraternal y el apasionado. Quizá tenía un concepto demasiado utópico de él.

No sabía muy bien cómo desprenderme del sentimiento con el que más me identificaba. Pero ya nadie me dañaría el corazón. Seguiría a mi madre a París. Allí sacaría el máximo rendimiento a mis encantos femeninos. Imitaría a mamá en muchas cosas y le haría caso. No por darle la razón, sino por atizar mi triunfo en las narices de todos los engreídos que me rodeaban.

Quizá las mujeres que se empeñaban en luchar por la igualdad tenían razón. Viviría sola y aprendería a disfrutar mis ilusiones en silencio. Siempre lo hice, primero con mi rincón, más tarde con mi libro de las pasiones y ahora no sabía con qué, pero algo encontraría. Me gustaba estar al lado de grandes personajes, pero también había aprendido que las multitudes pueden llegar a ser frías e insensibles. Sobre todo, cuando pides un poco de profundidad o comprensión.

La casamentera de mi madre sólo me dedicaba un momento de atención cuando algún pichón interesante merodeaba a mi alrededor.

Me negaba a ser un simple artilugio para ubicar en buena posición. La época de los matrimonios amañados y los ingresos no vocacionales en los conventos ya había pasado. Yo no sería un elemento de trueque para que ella ascendiese en el escalafón. No tenía alma de sufragista, pero comencé a entender lo que pretendían aquellas mujeres tan criticadas. Igual un día conocería a alguien que me llenara y, si además era correspondida, me casaría, pero si no llegaba a ocurrir, no me traumatizaría el

hecho de permanecer soltera.

La segunda opción era la más probable, porque no me ataría a nadie que no superase mis anteriores amores. El hombre que se uniera a mí tendría que dar en las narices a todos los que antes me habían rechazado. No lo decía por Jacobo, que fue fiel a su amor, sino por Pepe, que antepuso sus intereses a mi corazón.

Estaba tan enojada que sólo soñaba con verle inclinando la cabeza ante mí. ¡Quién diría que años más tarde se vería obligado a hacerlo! Me casaría con alguien mejor y más importante que aquel fatuo.

VII

Corona imperial bajo el Arco de Triunfo

Apoyada en el balcón de mi casa podía ver perfectamente toda la place de Vendôme. París ardía en fiestas y Luis Napoleón estaba a punto de aparecer. Los vítores ya se oían. Moría en deseos de verle.

De nuevo eché de menos a papá. ¡Hubiese disfrutado tanto! El ímpetu bonapartista se respiraba en toda Francia. Los gritos de «Vive l'empereur!» ensordecieron las calles de Aviñón, Arles, Marsella, Montpellier, Burdeos y ahora París.

En el salón todos esperaban mi aviso para salir a saludarle. Pendiendo de la barandilla ondeaba la bandera bonapartista. Por fin encontraba sentido a los sufrimientos de mi padre en su favor.

—Entra, «Euqué». Acaba de llegar tu primo Xifré y está deseando verte.

—Mérimee, ya sabéis que el caballero en cuestión no me gusta pero insistís reiteradamente, ¿por qué? Si en alguien confío es en mi poeta favorito, y sin embargo, hacéis oídos sordos a mi voluntad. No quiero comprometerme y menos aún con José. Es un jugador empedernido y apesta a tabaco. Su nariz sobrepasa con creces el tamaño normal y sus melancólicos ojos sólo me infunden una pena infinita.

»Si alguna vez cedo, será ante un hombre brioso que no conozca la apatía.

—Me preocupas, Eugenia. Al final va a resultar que tu madre tiene razón. Tu misticismo pasma a todo el mundo, pero en una cosa estoy de acuerdo contigo: su peor vicio no es el fumar.

Me sorprendió.

—Mi madre piensa que es el último candidato serio que tendré. Ya he cumplido los veinticuatro y según ella se me pasa el arroz.

Sonrió sin dar importancia al tema e inclinándose hacia mí me susurró al oído:

—Tiene una ratita melosa escondida en su habitación. Es tan discreta que nunca la hubiera descubierto si no fuese porque tu madre me pidió que indagara.

Me encogí de hombros dándole a entender que aquello no me importaba en absoluto.

En ese momento los gritos de la muchedumbre se enardecieron. Una figura solitaria sobre un corcel castaño entró en la plaza.

—Él también tiene a Elisabeth Howard metida en la cama y nunca se casará con ella.

Mérimee ignoró mi comentario y fue a llamar a todos para que saliesen a ver a

aquel gran hombre.

Éste sí que cumplía a la perfección mis requisitos. Altivo, valeroso e incansable luchador. El tiempo que estuvo preso a causa de sus ideales sin duda le curtió, y la edad le otorgaba sabiduría y seguridad.

Mis pensamientos fluían fervientes a la vez que transmitía en silencio mi sentir a mi padre. «Por fin la leyenda bonapartista que tantas veces me contaste resurge de entre las cenizas. Sus brasas incandescentes se avivan cada día que pasa».

Un codazo de la princesa Matilde me hizo regresar a la realidad. Aprisionada entre los invitados, aparté mis ojos del cielo y centré de nuevo la vista sobre aquel hombre.

Montaba a la perfección y con maestría. Suspiré y Matilde me miró fijamente. La oportunidad de ver realizados mis sueños no tardaría en llegar. La prima de Luis le observaba con melancolía. Su voz me sobresaltó.

—Es apuesto, ¿verdad? En mi juventud me moría por él, pero aquello no prosperó porque me vi obligada a casarme con Demidov. Aquel desgraciado ya ha pasado a la historia. Pero ahora es tarde para intentar conquistar a Luis. Quizá otras...

Me repasó descaradamente de arriba abajo. Era evidente la picardía con la que pronunció sus últimas palabras.

—Señora. No soy de esas mujeres...

No me dio tiempo a seguir. Decidida, entró en el salón y, despidiéndose de mi madre, se esfumó.

Una semana después recibí unas invitaciones para la cacería de Fontainebleau.

Recordé lo abatida que me solía encontrar ante este tipo de convites y me reí. Ahora todo era distinto. La pereza desapareció.

Cabalgábamos a la inglesa. Adelanté a todas las damas. Esquivé a los caballeros por un atajo y conseguí llegar la primera frente al zorro. El animal, agotado, se escondió entre el único arbusto del claro del bosque. Alguien se acercaba galopando. Un segundo más tarde, un caballo se detenía junto al mío.

—Parece increíble que una dama haya domado a semejante bestia —dijo su jinete.

No me dio tiempo a contestar porque se lanzó contra la presa. Pero brinqué entusiasmada sobre mi montura.

Al inicio de la cacería, cuando elegimos caballos en las cuadras, las damas se habían peleado por conseguir a los más mansos y viejos. A mí aquello me aburría. La hermosura de un equino radicaba en su talante y furia. Opté por el más brioso. Aunque el caballero me advirtió de ello. Estaba entero y era obstinado. Me gustó aún más por eso y aquel hermoso ejemplar me escuchó cuando le susurré al oído. Todos rieron pero el animal se compenetró a la perfección conmigo.

Entonces lo acaricié agradecida.

De regreso a casa, Luis no se separó de mí ni un solo instante.

Justo antes del baile recibí en mi cuarto un ramo de flores con una tarjeta. Era de él. Me regalaba el caballo y solicitaba ser el primero en mi carné.

Esa noche, mientras bailábamos, a pesar del corsé, llegué a sentir su piel sobre la mía.

Sus ojos claros me penetraron y aquel antiguo cosquilleo recorrió de golpe todo mi cuerpo. El corazón me latía con más fuerza que nunca y mi respiración comenzó a descompasarse, cuando unas palabras a mi espalda me devolvieron a la realidad.

—Sin duda estaría gustosa de ocupar tu lugar en la cama.

Pegué un respingo y me di la vuelta.

La princesa Matilde nos observaba, sentada junto a la amante de Luis, Elisabeth Howard.

Volví la vista hacia él para comprobar si también había oído el comentario. Pero estaba absorto mirando de reojo mi escote.

La música cesó. Luis abrió mucho los ojos y sin más rodeos me preguntó con tímida lascivia:

—¿Cómo podría llegar hasta su dormitorio?

No estaba acostumbrada a que los hombres me trataran de un modo tan directo y me enfadé. Su falta de tacto confirmaba mis sospechas de que jamás se había enfrentado a una dama difícil de conseguir.

—Por lo que a mí se refiere, príncipe, la única manera es a través de la capilla.

Se quedó perplejo y confuso.

—Mi querida señorita. Perdóneme por mi osadía, pero a veces la lengua desvía mis pensamientos. No sé cómo podría compensar este agravio. ¿Querría acompañarme a dar un paseo por el jardín?

Diciendo esto, me tendió el brazo para que me agarrase a él. En ese momento mi madre pasó por nuestro lado, sin duda para enterarse disimuladamente de nuestra conversación. Con rapidez, y sin pensarlo dos veces, entrelacé su brazo al del príncipe, que me miró sorprendido y contrariado.

—Este honor, señor, corresponde a mi madre —dije.

Observé divertida cómo se alejaban. Mi madre hablaba como una cotorra y se pavoneaba mirando de un lado a otro para comprobar que todos la veían con tan importante compañía. Justo antes de salir, Luis me dedicó una mirada y, bromeando, gesticuló que me daría unos azotes.

Me estaba riendo sola, cuando la voz de Elisabeth me sorprendió. De pie a mi lado miraba en otra dirección mientras me dirigía la palabra. Era evidente que no quería que la viesen hablando conmigo.

—Eres lista, niña. Pero no te hagas ilusiones. Sólo te quiere para jugar.

Se detuvo un instante para comprobar que nadie escuchaba.

—Piensa casarse con una sobrina de la reina Victoria. Y ni tú ni yo somos competencia para tan digna señora.

No pude contenerme más y la miré a la cara. Ella, con aire displicente, se alejó.

Quiso intimidarme en varias ocasiones pero, de un día para otro, dejó de aparecer en público. Nunca supe si por petición de Luis o por voluntad propia.

Pasaron los días. Asistimos al recién restaurado Compiègne. Cabalgué con Luis, bailé hasta el amanecer y dispuse de gratos momentos que me inclinaron aún más hacia él. Con mayor delicadeza que la primera vez me solicitó, y siempre obtuvo la misma respuesta.

—Eugenia, no quiero que te sientas insultada cada vez que lo insinúo. Pero soy de los que piensan que una petición indecente a una dama es el mayor halago que puede recibir de un caballero. ¿Qué mejor manera de evidenciar el deseo ante ella? El caballero hace la aproximación y la señora es la encargada de demostrar que actúa como Dios manda.

La excusa era burda pero me hizo gracia. Era ducho en experiencias amorosas. Pero los que le conocían bien decían que caería rendido ante la mujer que se resistiese a sus encantos.

El príncipe me apreciaba. De eso no cabía duda.

Al igual que yo, pronto todos se percataron de ello. Afiladas lenguas, gacetas y pueblo llano se creyeron en el deber de opinar. Para los más altos estamentos de la sociedad yo no era la persona adecuada; sin embargo, los más humildes parecían aceptarme sin tantas exigencias.

Procuraba guardar la compostura en todo momento. Ignoraba conscientemente los comentarios que algunas señoras se permitían el lujo de mascullar cuando pasaba junto a ellas.

Pronto, el objetivo primordial de los más conocidos redactores fue escudriñar mi pasado. La carrera por encontrar algo escandaloso en él había comenzado. Al no hallar algo que realmente me eliminara para siempre, prosiguieron con mi familia.

Las miras se centraban en mi madre.

Saltaron a la palestra sus antecedentes. Las faltas que había cometido se engrandecieron en boca de quienes leían las publicaciones que circulaban por las calles. Empezaron a hablar de sus amantes. El más nombrado era lord Clarendon, al que todos conocían.

Comenzaron a enumerar —Dios sabe cómo consiguieron la información— a todos los jovencitos que sedujo en Madrid. Su reputación ya se arrastraba por el alcantarillado, cuando alguien averiguó algo sobre su servicio como camarera mayor de la reina Isabel.

Amigos que creíamos incondicionales nos fallaron. La princesa Matilde me dio la espalda.

La angustia y el nerviosismo de cada amanecer me aterraban y el simple grito de los vendedores de prensa en las calles me enervaba.

Aquella mañana no corría ni una pizca de viento. Llevaba días encerrada en casa huyendo de las miradas y los comentarios. Mirando a la calle intuí que algo extraño sucedía. Un caballero detuvo su paso para comprar el diario, lo ojeó y con aire de aburrimiento lo cerró de inmediato.

Un pavor inusitado recorrió todo mi cuerpo. ¿Habrían llegado noticias de la sobrina de la reina Victoria? ¿Habría aceptado la proposición de matrimonio? ¡Eso era sin duda! Yo ya no era el tema de moda en los periódicos y mucho menos mi madre.

Oí su voz a los pies de mi cama.

—Eugenia, Monsieur Mérimée, aquí presente, quiere hablar contigo.

Pretendía congraciarse conmigo. No lo podía soportar, mi dolor se transformó en furia y me tapé los oídos. Sólo pude mascullar.

—¡Vete!

Quiso sentarse a mi lado, pero la empujé. Sorprendentemente salió de mi habitación sin protestar y cerró la puerta. Mérimée se acercó. Lo abracé fuertemente. Era el único que podía comprenderme.

—Estás ardiendo, criatura.

Le miré desesperada y con los ojos enrojecidos. Su rostro me tranquilizó. Sonreía levemente, supuse que quería transmitirme sosiego. Me tendió un pañuelo y me soné.

—La odio, no puedo verla. Ha destrozado mi última oportunidad de ser feliz. Está bien que purgue sus pecados en vida, pero ¡Dios mío!, ¿por qué a mi costa?

Mi adorable escritor me acarició el cabello.

—No sé qué pasa por esta cabecita. Si escucharas en vez de imaginar barbaridades quizá te calmarías. Luis ha prohibido toda publicación insidiosa o vejatoria concerniente a dos señoras en cuestión.

Me soné de nuevo, e incrédula, presté más atención.

—Se enfrenta a todos por tu causa, Eugenia, sin miedo a represalias. Te antepone a sus intereses. ¡Hay una manera más efectiva de demostrarte a ti y a los demás lo que siente!

No pude sino balbucear.

—Entonces la sobrina de la reina Victoria...

Pegué un brinco.

—Tengo que ir a verle inmediatamente.

Mérimée me empujó para que me tumbara.

—Está claro que tu Don Juan está enamorado, pero la amenaza de Adelaida Hohenhole sigue en pie. Ha dado el primer paso para demostrar a todos lo que siente. Ahora has de desaparecer. La excusa de tu catarro es ideal. Dejarás muy claro a todos

que pretendes ser querida y no impuesta.

Barajamos algunas posibilidades para nuestro viaje. Pensamos en Sevilla, ciudad que me entusiasmaba. De camino hacia allí visitaríamos a Paca, que hacía tiempo que no veíamos y que ya tenía un hijo. Lo descartamos de inmediato; estaba muy lejos y si Adelaida no se casaba con Luis posiblemente tendríamos que regresar rápido.

Biarritz, un pueblecito situado en la costa del sur, sería un lugar maravilloso para descansar. Pero estaba en Francia. Pensamos en los balnearios de Spa, Eaux Bonnes o de Weisbaden. Cualquiera de ellos nos ayudaría a sanar y tranquilizar los ánimos.

Mariano, el duque de Osuna, se ofreció a acompañarnos. Cuando se lo comuniqué a Luis se enfadó.

Me costó convencerle puesto que yo era la primera reticente a irme y así no había manera de convencer a nadie. De todas formas mis dotes de actriz dieron resultado. Una semana después tomaba el tren rumbo a Bruselas.

Por un momento vi mi futuro pender de un hilo. Tenía el conocimiento de que Luis estaba enamorado de mí. Mi seguridad desaparecía cuando ponía sobre una balanza su amor por mí de un lado y los intereses políticos del otro.

Los matrimonios reales, a lo largo de la historia, se han concertado siempre en beneficio del país y el de Luis no tenía por qué ser una excepción a pesar de que los Bonaparte no seguían esta costumbre a rajatabla. Si Adelaida contestaba afirmativamente a la propuesta, mi oportunidad se vería truncada.

VIII

Inesperadas ilusiones

Adelaida no aceptó el matrimonio. Según me dijo Mariano, por no sentirse capaz de soportar el peso de la corona imperial y por la diferencia de religión. Ahora me parecen excusas que escondían razones más poderosas, pero entonces andaba tan prendada de Luis que no podía comprender cómo alguien podía rechazarlo. Sin duda había motivaciones políticas que no llegaba a entender, y tampoco me importaban.

Decidimos regresar a París.

Frente al espejo de la entrada, esperaba a que mamá bajara. Mi broche preferido prendido del sombrero, el vestido recién encañonado, las botas relucientes, las mejillas sonrosadas gracias a un par de pellizcos y la sombrilla con mango de plata bien lustrada.

La marquesa de Santa Cruz nos había organizado una reunión secreta. Lord Clarendon iba a recogerlos en su coche. Nos acompañaría para despistar a los curiosos. Cada segundo me parecía una eternidad.

Clarendon ya había llegado. Mi madre bajó rauda. Sin mediar palabra, subimos al coche.

La incertidumbre de lo que acontecería me había alterado.

Ansiaba ver a Luis. Llevaba meses aguardando este momento, pero temía no poder hablarle de todas las cosas que nos habían sucedido. Él era libre de elegir.

El coche se detuvo. Bajé y corrí hacia el portal. Mi madre gritó. Fui hacia Luis y le abracé. Santa Cruz me miraba. Luis sonreía.

—Eugenia, ¿ni siquiera saludas a nuestra anfitriona?

Me ruboricé. Ella me sonrió y salió, tropezando con mi madre. Sin decir palabra, la agarró del brazo y se la llevó.

Luis me besó ardientemente. Cedí gustosa, pero inmediatamente miré hacia la puerta.

—No entrarán, te lo aseguro —dijo Luis, riendo.

Tras la puerta se oían las quejas de mi madre.

—No la conoces. La curiosidad le puede.

—Escúchame. Antes de nada es justo que te diga toda la verdad. Aparentemente estoy rodeado de fieles e incondicionales, pero mañana pueden cambiar las cosas, lo cual significaría el exilio o incluso el asesinato. Creo que eres valiente y tienes todas las cualidades que siempre soñé en una mujer. Eres impulsiva, cariñosa, alegre,

hermosa y vives la vida intensamente.

Alcé mi rostro hacia él y pude comprobar cómo la nuez de su garganta se movía para tragar saliva.

Aprovechando la breve pausa, me abracé a él.

—Sólo hay una cualidad, o defecto, no sé bien cómo especificarlo, que no ha nombrado su majestad.

Él abrió los ojos interrogante.

—La impaciencia. No puedo seguir escuchándote hablar de mí. ¿Qué es lo que deseas? Sea lo que sea puedes estar tranquilo. Nunca podría negar nada al hombre que más amo sobre esta tierra.

Una sonrisa sarcástica y burlona fue su respuesta.

—Sabes bien lo que quiero, Eugenia. Te lo he pedido una y mil veces. Tú, sin embargo, siempre contestas lo mismo.

¡No era posible! Había imaginado algo muy diferente. Le empujé hacia atrás y me dispuse a abandonar la habitación. Pero él me sujetó fuertemente de la cintura y me atrajo hacia sí.

—No lo estropees, por favor. Era una broma. Alguien me dijo una vez que yo me casaría con la mujer que me rechazara y, ¿sabes una cosa?, estaba cargado de razón.

Me quedé petrificada: la palabra «matrimonio» había salido de sus labios.

Frente a mí había un estuche abierto con el collar más maravilloso que jamás había visto.

Luis lo cogió, me lo puso y me besó en el cuello. Sin mediar palabra le abracé fuertemente.

Al oído y muy despacio me susurró:

—¿Quieres casarte conmigo?

No le contesté, sólo pude asentir con la cabeza y besarle de nuevo con más pasión que nunca.

La puerta se abrió de golpe y apareció mi madre gritando. Luis sonrió apartándose de mí.

—No le digas nada. Espera a mañana. Si no, todo París se enterará antes de que lo haga saber públicamente.

Mi madre, enrojecida y despeinada, se puso frente a él.

—Y bien, señor, ¿tenéis algo que preguntarme?

Luis se estiró y levantó la barbilla.

—¿A vos, señora? ¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Porque es la tradición!

—También lo es respetarme y vos os lo saltáis a la torera.

Mi madre me miró con soberbia y agarrándome fuertemente de la mano me condujo hacia la salida.

—Eres una inútil. Hubiese jurado que te iba a pedir en matrimonio.

No le contesté. En ese momento ella había pasado a segundo plano en mi vida.

Una vez en mi cuarto, me encerré. Ella hizo lo mismo en el suyo. Estuve tentada de ir a consolarla pero recordé todas las veces que me había hecho sufrir. Eran tantas las ofensas que preferí olvidarlas.

Me sentía la mujer más feliz del mundo. Iba a casarme con el hombre al que amaba a pesar de que en un principio el amor no había entrado en mis cálculos. Necesitaba compartir mis sentimientos con alguien. Así que saqué papel y pluma y escribí:

Querida hermana:

En vísperas de ascender a uno de los tronos más grandes de Europa, no puedo evitar cierta sensación de terror. Le doy gracias a Dios porque ha puesto a mi lado un corazón tan noble y devoto como el del emperador.

He sufrido mucho en mi vida. He recuperado fe en la felicidad. Estaba tan desacostumbrada a ser amada que mi vida era un desierto.

El emperador tiene una voluntad admirable y fuerte, pero no obstinada. Es capaz de grandes y pequeños sacrificios. Buscaría una flor en la oscuridad de una noche invernal olvidándose del frío con tal de cumplir el más mínimo deseo de la mujer que ama, y esa mujer soy yo.

Eugenia

Al terminar de escribir, me puse a bailar con la almohada. Al día siguiente, no me desperté hasta bien entrada la mañana. Mi madre entró en mi habitación y me zarandeó. Reía y lloraba a la vez. Apretaba una carta contra su pecho.

—Eres increíble, hija mía. No te reprocho que no me hayas dicho nada porque creo que me excedí.

Me besó en la frente y salió canturreando mientras yo me desperezaba.

IX

La boda más grandiosa jamás soñada

Tumbada sobre la cama dirigía todas las operaciones como un general. Mis cincuenta y cuatro vestidos nuevos se hacinaban en los armarios. Sobre un maniquí descansaba mi vestido de novia de encaje *d'alençon* con su maravilloso cinturón de brillantes y zafiros, recuerdo de la mujer del gran Napoleón. Luis se empeñó en que me lo pusiera y no podía negarme. Al fin y al cabo, para cumplir con los requisitos de una novia española necesitaba algo nuevo, algo viejo, algo azul y algo prestado. Con aquellas joyas los cumplía casi todos.

Pensativa, miraba los reflejos que las piedras preciosas proyectaban sobre el techo. Puesto que la ceremonia civil ya había tenido lugar, para los agnósticos era una mujer casada. Pero no le dejaría a Luis ponerme una mano encima hasta que Dios fuese testigo de nuestro consentimiento.

De pronto una nube tapó el sol y los reflejos se disiparon al igual que mis pensamientos.

Mamá corría de un lado a otro como una mosca inquieta. Nos habíamos trasladado ya al Elíseo para protegernos de toda manifestación en mi contra.

Algunos parientes de Luis me rechazaban tanto que durante el acto civil no se habían dignado ni siquiera saludarme. Al principio no me importó. El pueblo me había vitoreado y aquellos nobles rencorosos no me lo harían olvidar. Pero al final sus miradas despiadadas me hicieron sufrir tanto que casi me desmayo. Una idea me vino repentinamente a la cabeza: muy necio tendría que ser el que me insultase después de haberme convertido en la emperatriz y aquello me infundió ánimos.

Mientras cavilaba todo eso, una dama entró presurosa en la habitación y me mostró un estuche. Era un regalo de la ciudad de París. Al abrirlo pude ver una espléndida tiara de brillantes.

—Es magnífica —dijo mi madre—. Te quieren, Eugenia, de eso no cabe la menor duda.

Cerré la caja y le dije a la dama.

—Devolvédsele y decidles que lo vendan. Con el dinero que obtengan que construyan una escuela para niñas pobres.

Mi madre me miró indignada pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

La carroza dorada avanzaba hacia Nôtre Dame. Luis saludaba a todos los que gritaban a nuestro paso. Las bandas tocaban y los alabarderos nos escoltaban

silenciosos.

Una flor de azahar cayó sobre mi regazo. Era una de las que mi peluquero había entrelazado con mi cabello. Luis la cogió, se desabrochó el uniforme y se la puso en el pecho. Jamás ningún caballero se había mostrado tan sensible conmigo.

Luis se mostraba ajeno a lo que ocurría fuera del carruaje. Cerré los ojos e intenté imitarle. Aquella algarabía debía de ser un simple decorado.

Al entrar en la catedral me quedé asombrada. Nuestras iniciales se veían por todas partes. Gallardetes y telas de color rojo y azul decoraban columnas y techos.

A pesar de los cuatro metros de cola que llevaba, me sentí etérea. Como si mis pies se deslizaran sobre la alfombra sin tocarla. Un instante después me vi bajo un inmenso y dorado palio dando mi consentimiento.

Al salir, la luz me cegó.

Tardé un instante en recuperar la visión, pero a pesar de ello todos mis sentidos estaban alerta. El perfume a flores embriagaba. Los pétalos de rosa que nos lanzaban rozaban mis mejillas. Los vítores del pueblo me sonaron a música celestial. El aire sabía a miel.

Ahora París estaba desierto. Nuestra carroza se dirigía a Saint-Cloud, donde pasaríamos la noche de bodas. Había llegado el momento en el que ya no había excusa posible y tendría que ceder a los deseos de Luis. Tenía miedo y esperaba no defraudarle.

Desde fuera, el castillo estaba más hermoso y tranquilo que nunca. Pero cuando entramos me vi rodeada por un centenar de oficiales. Era una tradición y no se podía romper. La que imaginé iba a ser la cena más romántica de mi matrimonio acabó siendo un suplicio.

Luis se impacientó. Me agarraba de la mano fuertemente por debajo de la mesa. De reojo, podía apreciar la dureza de su rostro. Mientras, uno tras otro, los oficiales nos daban la enhorabuena y se deshacían en elogios interminables y carentes de toda originalidad.

Me estaba empezando a cargar pero no lo demostraría. El oficial número veinte alzó la copa.

Me acerqué a Luis y le susurré al oído:

—Camina hacia la puerta, yo te seguiré.

Me apretó aún más la mano como signo de asentimiento y se levantó. El que hablaba en aquellos momentos se calló y los demás se levantaron. Seguí los pasos de mi marido con una leve sonrisa. Conteniéndome, me volví para desearles las buenas noches.

Los asistentes, atónitos, por fin se percataron de su falta y no consiguieron responder.

Aquella noche fue soberbia, me sentí más cerca de Luis que nunca.

Jamás pensé que dos personas pudiesen llegar a formar de verdad una sola. Pero aquellas palabras que tantas veces había oído por fin tenían sentido para mí. El amor, el afecto y la ternura de los que fui privada desde la muerte de mi padre se materializaron esa noche.

A la mañana siguiente, envuelta en una sábana, me asomé a la ventana. El sol nacía de nuevo, como todos los días. Pero yo me sentía diferente. Más mujer, más adulta, más plena. A partir de aquel día todo cambiaría. Tumbado en nuestro lecho, el artífice de mis sentimientos roncaba feliz. La noche anterior no le había defraudado y me juré no hacerlo nunca. Demostraría a todos los que me censuraron lo equivocados que estaban.

X

Grandioso imperio

Ese día estaban todos reunidos alrededor de una descomunal maqueta de París, transformada ahora en una ciudad nueva y moderna.

Hausmann explicaba paso a paso cada una de las reformas a emprender en la villa medieval. Provisto de una batuta, señalaba los inmensos jardines que surgirían una vez demolidas las casuchas, y los bulevares surcados por fastuosos edificios que se construirían ensanchando las callejas.

El gran arquitecto me saludó con una leve pero educada inclinación de cabeza, a diferencia del resto de los asistentes que me dirigieron miradas recriminatorias. Demostraría a aquellos engreídos el porqué de mi presencia. En silencio, rodeé la réplica de la ciudad y pregunté:

—Barón, aquí vemos el aspecto externo de París. ¿Qué hay de las tripas?

Las caras de asombro se centraron en mí. Hausmann me miró con aire de complicidad, ambos ya habíamos hablado del tema antes.

—Me refiero al alcantarillado. Con este proyecto construiremos una ciudad diferente y hermosa. Más cómoda y fastuosa que Londres. Pero nada se empieza por el tejado y menos una empresa de semejante calibre.

Me preocupaba la salubridad de la nueva ciudad, tanto como el lugar donde vivirían los más necesitados, una vez derribadas las humildes casas en las que moraban. ¿O es que querían construir una ciudad palacio plagada de vagabundos indigentes?

Uno de los caballeros presentes se rascó la cabeza desconcertado. El barón sonrió y sacando un gran plano de debajo de la mesa lo extendió satisfecho de poder demostrar sus dotes.

—Su majestad está en todo. Aquí viene el trazado de los alcantarillados. En cuanto a los que quedarán sin hogar, no se preocupe, señora, porque recibirán la compensación debida. Nuestro contable ya está barajando las cifras. Se hará rápido porque el proyecto debe estar terminado para la próxima Exposición Universal.

Luis se acercó para susurrarme al oído lo orgulloso que estaba de mí.

Tiempo atrás le había manifestado mi satisfacción por la invención de la margarina, que permitiría a los más pobres contar con una grasa comestible a más bajo coste que la mantequilla. Bromeando, me respondió que lo único que me faltaba era que leyese el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels.

—No mezcles peras con ciruelas —le reprendí sabiendo que no había nada más

contrario a la monarquía que esa ideología—. La caridad no tiene nada que ver con la política. Además, es mi deber.

La fe en Dios y el inmenso deseo de ayudar a las clases míseras y carentes de todo me animaban. Si la Providencia me había colado en un lugar tan elevado, era para servir de intermediaria entre los que sufrían y los que podían poner remedio a estos sufrimientos.

Por ello le expresé mi deseo de aprenderlo todo acerca del gobierno y de añadir libros sobre teoría política a mi reducida biblioteca. Sabía que muchos no verían con buenos ojos mi incursión en esos asuntos, pero lo que a mí me importaba era estar preparada.

El emperador no objetó nada al respecto. Muy al contrario, le pareció una buena idea y me prometió que no dudaría en pedirme consejo. Sabía que yo nunca le engañaría, mi fidelidad estaba asegurada.

Superaríamos con creces a los ingleses. Impresionaríamos a toda Europa. Luis era capaz de hacer realidad la utopía.

La puerta se abrió repentinamente. Era mi madre, que exclamó:

—Rápido, Eugenia, la sombrerera acaba de llegar. ¡No sabes lo que trae!, esa mujer es un genio.

Me enfadé pero no tuve tiempo para contestar. Luis se retorció el bigote y se ajustó el monóculo. Apagó el puro en el cenicero que tenía junto a él y con tono imperativo dijo:

—María Manuela, comprendo que los más burdos aderezos sean para una señora como usted lo más importante, pero la emperatriz y todos los aquí presentes estamos discutiendo sobre algo que vuestra mente nunca llegaría a entender. Si nos hace el favor nos encantaría que se retirase.

Mamá enrojeció, pero contuvo su protesta. Dando media vuelta, se retiró. Los asistentes no sabían cómo reaccionar.

Luis soltó una sonora carcajada. Le secundé alegre al comprobar, una vez más, que mi temor hacia mi madre había pasado.

En cuanto estuvimos solos, Luis cambió de actitud. Con gesto serio, me sentó sobre sus rodillas y me cogió de la mano.

—Eugenia, esto es difícil para mí y sé que lo será para ti.

Le miré asustada. No sabía a qué se refería.

—Hace un momento me reí para no añadir más leña al fuego. Los caballeros que aquí estaban no tienen por qué saber nada de nuestra vida privada.

»Tu madre tiene que salir inmediatamente de París. Le compraremos una casa para que se hospede cuando venga a visitarte. Estoy cansado de defenderla ante la opinión pública, pero no para de hacer y decir cosas que nos perjudican.

»Incluso ha llegado a correr el rumor de que tú eras hija de lord Clarendon. Sé

que no es cierto; sin embargo, ella no disimula, ni intenta cambiar de actitud. Muy al contrario, disfruta restregándoles a todos en las narices su nueva posición.

La escena que montó cuando le comuniqué la orden de Luis era digna del mejor teatro dramático. Lloró, pataleó y me acusó de desagradecida. Luego no tardó un segundo en ir a buscar cobijo en los brazos de mi supuesto padre.

Tres días después su carruaje abandonaba París. Clarendon la acompañó a Tours y de allí a España. La pobre Paca tendría que cargar con ella.

Mi embarazo alegró a todo el mundo. Pero mi agilidad habitual se vio mermada, y sufrí una caída. Sentí cómo algo en mi interior se desprendía sin remedio. Los médicos me ordenaron reposo y alguien, no recuerdo quién, mandó que me bañaran en agua muy caliente.

La nítida y humeante agua de la bañera enrojeció de inmediato. Entonces supe que la vida que albergaba en mi interior había dejado de existir.

El vacío que dejó la criatura se vio ocupado por la melancolía y la tristeza. Luis intentaba animarme. Me aseguró que ya vendrían más hijos, que lo importante era que me recuperase pronto.

Una mañana intenté levantarme pero las piernas me fallaban. Angustiada por mi debilidad, me contenté con incorporarme y me senté en la cama a escribir.

Queridísima hermana:

¿Quién sabe cuál hubiese sido el destino de mi hijo? Hubiera preferido para él una corona menos resplandeciente pero más segura. No creas que me falta valor. Pero mis pensamientos no son muy alegres.

Luis se ha mostrado cariñoso y preocupado en todo momento, pero a mí no me engaña. Su mirada es diferente, carente de pasión y desconcertante.

Por prescripción médica hemos estado obligados a la abstinencia total desde que quedé embarazada, algo que no ha llevado con mucha facilidad. Sospecho que intenta calmar su fogosidad con otras mujeres y esto me entristece.

Ahora comprendo lo que debió de sufrir Elisabeth Howard a su lado. Ella se conformaba con ser la preferida de entre muchas. Yo, en cambio, no estoy dispuesta a ser plato de segunda mesa.

Nuestra religión nos ordena procrear. Hacia ello va dirigido el salvaje acto. De todos modos, he estado pensando y lamento reconocer que, para mí, el yacer con Luis ha de estar acompañado de un amor infinito que no admite terceros. Me niego a ser utilizada como una herramienta indispensable para conseguir un sucesor a la corona.

Como podrás apreciar, estoy hecha un mar de dudas. Para mí el sexo por el sexo no vale la pena. Y la frigidez que padezco desde que esta idea arraigó en mí no es desconocida para Luis.

La princesa Matilde parece ocuparse muy bien de proporcionarle divertimento.

Los que no me aceptaron nunca dicen que mi infertilidad se debe al tono de mi cabello. Estúpidas sandeces.

Si hoy te escribo sobre temas que siempre eludimos es porque no tengo a nadie con quien compartirlos.

Tu hermana que te quiere.

Eugenia

XI

Victoria de Inglaterra. Una amiga encubierta

Después de mi largo cautiverio en la cama disfrutaba de aquel día como nunca. El sol lucía y no me importaba que sonrojara mis blancas mejillas. Era mi primer paseo en globo desde la enfermedad. Comprendí muy bien cómo debió de sentirse Luis cuando por fin escapó de la prisión en la que estuvo encerrado por sus ideales.

La luminosidad, el frescor, la vegetación, los jardines; todo me parecía nuevo desde aquellas alturas. Era como si siempre hubiese estado ciega y por fin los pudiese apreciar.

Cerré los ojos y me concentré. Los olores, el viento, el sol, nunca los había percibido con tanta intensidad. El bullicio del gentío se había disipado. Los pájaros pasaban junto a nosotros sin temor.

—Toma, Eugenia, lanza otro saco. Necesitamos más lastre.

Luis me observaba eufórico. Tomé el saco y lo lancé con mis escasas fuerzas. Cayó al lado de unos campesinos que recolectaban su cosecha. Asustados y sin distinguirnos profirieron un millón de insultos.

Me sentí bien; era maravilloso no ser reconocidos. Los dos nos reímos. Luis me acarició la mejilla.

—Celebro verte así de nuevo.

Asentí.

—Estoy mejor, pero para superarlo del todo creo que debería viajar.

Luis me miró sorprendido. Sabía que yo era un alma inquieta incapaz de permanecer más de un año en el mismo lugar. Sangre de muy distintos sitios corría por mis venas y eso seguramente influía en mi sentir.

—Viajaremos a Inglaterra y por fin seremos recibidos como es debido, por mucho que le pese al marido de la reina Victoria. El príncipe Alberto aún no parece haber superado la antipatía por el gran Napoleón. El duque de Coburgo y el de Cambridge vendrán a vernos para arreglar la visita.

No pude contenerme.

—¡Pero si son las dos ovejas negras de la familia real británica! El primero vive con una actriz, con la que ha tenido tres bastardos. Y el segundo es un bribón sifilítico. ¿No lo ves? Es un insulto a nuestras personas.

—No discutas sobre ello, Eugenia, porque el primero ya ha llegado.

El duque de Coburgo pasó una semana con nosotros. Luis no dejó de recordarme que, por mucho que nos pesase, él sería el billete para nuestro viaje oficial. Me costó

contenerme, pero el resultado de su informe a la reina Victoria fue positivo.

La invitación, sin embargo, tardaba en llegar.

Me desesperé. Nos trataban como a inferiores. Así que le sugerí a Luis que notificase a la reina su intención de trasladarse a Crimea a capitanear las tropas en la guerra que nuestros dos países sostenían con Rusia. A Victoria se le erizaron los cabellos. Sus soldados nunca admitirían ser mandados por un francés. La invitación oficial llegó de inmediato. Después de dos largos años de espera, el país que acogió a Luis en su destierro como simple miembro de la familia Bonaparte le recibiría como emperador.

Apoyados en la regala del *Pelicán*, esperábamos divisar el puerto de Dover. Sin embargo, todo era niebla e incertidumbre. Mi capa escocesa no me abrigaba demasiado. Las luces de aquella ciudad fantasma se hicieron visibles.

Luis me agarró del brazo mientras el príncipe Alberto nos daba la bienvenida. La reina no había venido. Aquella mujer se hacía rogar.

Tomamos el tren que nos llevaría a la estación más cercana a Windsor. Al llegar allí la reina dio un beso a Luis, cosa que me sorprendió porque tenía fama de ser una mujer distante y fría. A mí me dio un fuerte abrazo. Las dos éramos de estatura pequeña, por lo que me sentí en igualdad de condiciones.

Victoria tenía fama de vestir sin gusto y yo pensaba deslumbrar con mi elegancia. Pero a una hora de nuestra primera cena mis baúles aún no habían llegado.

Una de las damas de la reina acudió en mi ayuda prestándome un vestido que carecía de toda personalidad. Me sentí más tranquila cuando Victoria ensalzó mi aspecto como si no supiera nada de lo ocurrido.

Durante la cena el príncipe Alberto me dedicó toda su atención y la reina puso sus ojos en Luis. Tanto, que en el primer baile intercambiamos las parejas.

—Si el abuelo de Victoria levantase la cabeza, se moriría en el acto —me susurró el príncipe Alberto, en un momento dado—. ¡Su nieta está bailando alegremente con el sobrino de su mayor enemigo!

Mi respuesta fue inmediata.

—Señor, no podéis negar que hoy es vuestro mayor aliado. De los errores de nuestros antecesores, hemos de aprender los sucesores.

Sonrió.

—Os creía más ingenua —dijo dando un leve tono de flirteo a sus palabras.

La música cesó y me aparté de su lado. Aunque era un hombre muy agradable, no quería infundirle la más mínima esperanza. Menos aún teniendo en cuenta la fama de disoluta que me habían adjudicado antes de mi matrimonio con Luis.

Durante los días posteriores al baile pude comprobar que Alberto nunca engañaría a su mujer y aquello me tranquilizó. Disfrutábamos el uno del otro. Nos sentíamos cómodos juntos, pero nuestra relación descansaba sobre una base honorable y moral.

Lo mismo ocurría con la de la reina y mi marido, el cual, francés al fin y al cabo, procuraba realzar su vanidad y le hacía la corte con respeto. Victoria estaba encantada. Le hacía olvidarse de su alta posición y sentirse como una mujer de verdad.

—Es un hombre extraordinario —me dijo cuando nos despedimos—. Posee un coraje indomable y firmeza en sus proposiciones. Es discreto, seguro y tranquilo.

Me podría haber puesto celosa, pero la reina Victoria era tan nítida que veía a la legua que su fascinación por Luis carecía de mala intención.

—Lo sé, señora.

—Me alegro, porque hay muchas mujeres que no saben apreciar lo que tienen. Si alguna vez se desmadra, agárrate a lo que te he dicho para perdonarle.

Asentí, sin estar demasiado de acuerdo con ella. Envidiaba el modo con que las mujeres de sangre real aceptaban las aventuras de sus maridos. Debía de ser porque lo habían visto desde siempre en sus padres y hermanos. En el caso de mi familia la infiel fue mi madre y yo nunca acepté su comportamiento. Victoria conocía seguramente el amorío de mi marido con Elisabeth Howard. De todos modos nuestra recién nacida amistad no le hacía dueña de mis confidencias. Por lo que me abstuve de comentar nada al respecto.

Habían pasado sólo cuatro meses desde nuestra visita a Londres y yo ardía en deseos de hablar con la reina Victoria. Desde nuestra última conversación, había intentado mostrarme más afectuosa con Luis. El nunca había rechazado mis pretensiones.

Su recomendación dio en el clavo. Olvidé los celos. ¡Estaba embarazada! Ahora que visitaría Francia compartiría con ella mis temores y tomaría al pie de la letra sus consejos. Su gran prole demostraba que era la más apropiada para darlos.

El calor era asfixiante cuando los monarcas ingleses llegaron a Boulogne. La tierra reverberaba, y el viento estaba en calma. La sombrilla no me dejaba sostener los prismáticos. Se los había entregado a mi dama para que se limitara a vigilar y me avisara en cuanto divisara el cortejo.

La limonada no conseguía calmar mi sed y la ansiedad me acaloraba más todavía.

Me desabroché el primer botón de la blusa de gasa, aunque mi deseo hubiese sido aflojarme el corsé.

De vez en cuando cogía un perfumador de la mesita que habían colocado junto a mi tumbona y me refrescaba el cuello. Sin embargo, el aroma del agua de rosas me embriagaba aún más. No podía seguir resistiendo la espera; tenía que decírselo a Luis.

—No sé lo que hacemos aquí. Me mareo y me estoy deshidratando. Si entramos estaremos más frescos.

La mirada recriminatoria de Luis me amedrentó. Sería mejor cambiar de

inmediato el tono de voz por otro más meloso.

Sabía que era la visita más importante que habíamos recibido hasta entonces, pero cada vez que pensaba que en pleno mes de agosto estaríamos aquí y no en Biarritz...

Desesperada, abrí el abanico.

—Victoria y Alberto podrían habernos acompañado. Hubiesen disfrutado mucho más los baños de mar.

Luis me derrumbaba con su sonrisa. El sudor le surcaba las sienes.

Me dije a mí misma que no tenía derecho a quejarme. Soy fuerte, siempre lo he sido. El pretexto de mi embarazo sería motivo suficiente para ausentarme, pero había de demostrar mi fortaleza y no caer en semejante vulgaridad.

Luis se cocía literalmente embutido en su uniforme sin musitar ni comentar nada sobre el calor.

—Desde hace más de cuatro siglos ningún monarca inglés ha pisado París. El último fue Enrique VI. La reina Victoria se ha dignado venir. La agasajaremos como es debido.

»París la recibiré con los brazos abiertos. Les deslumbraremos con nuestra exposición universal y con los cambios introducidos por Haussmann.

En el fondo les admirábamos. Tanto Luis como yo habíamos pasado largas temporadas en su país y guardábamos gratos recuerdos. Tanta ascendencia tenían sobre nosotros que en la intimidad hablábamos su lengua.

De repente recordé algo.

—¿Sabes si la princesa Vicky se ha puesto los vestidos que le envié? Espero que lo haya hecho, porque de otro modo las damas de aquí se reirán de esa pobre niña.

Luis me interrumpió.

—Vamos, deja de preocuparte por minucias y acompáñame.

Me levanté pesadamente y con las piernas hinchadas. Los médicos de Eaux-Bonnes me habían recomendado reposo. Pero aunque pasaba la mayor parte del día sentada me encontraba débil y cansada.

En muchas ocasiones me sentía deprimida e inútil. Echaba de menos cabalgar, algo que constituía una droga para mí desde muy pequeña. Era la primera vez en mi vida que me veía obligada a renunciar a uno de mis mayores placeres. De todos modos, me propuse sacar adelante a mi hijo.

Después de dos abortos todos los Napoleón se ciscaban en mí. Ahora más que nunca. Era como si cada día que pasaba sin que malpariese fuese para ellos una amenaza cada vez más grande. Para todos en general y en particular para Plom-Plom, primo y, de momento, heredero de Luis.

Corrí hacia la entrada ansiosa de ver a la reina de Inglaterra.

Victoria se apeó de su coche, saltándose el protocolo, y se lanzó a mis brazos.

—Mira, Matilde, la reina parece una campesina —dijo Plom-Plom, que esperaba

en la puerta junto a los demás miembros de la familia—. No sé qué es más feo, si su sombrero de paja, su horrendo vestido verde o su bolso de verdulera.

Abrazada a la reina, cerré los ojos con la esperanza de que no lo hubiese oído.

Ella me miró de arriba abajo y sonriendo comentó:

—Eugenia, estás espléndida. Es una pena que dentro de pocas semanas vayas a perder esta diminuta cintura, pero te aseguro que valdrá la pena.

Me tranquilicé.

Hubiera sido lamentable que en un segundo un idiota diera al traste con todo. ¡Incluso me tomé la molestia de cortar las patas de las mesas y las sillas de su aposento para que no se sintiera incómoda!

Tomó del brazo a Luis y comenzó a recorrer el largo pasillo que formaron todos a los lados. Al pasar junto a Plom-Plom no pude evitar mirarle con desprecio.

De repente Victoria se detuvo, justo frente a él, y le mostró su bolsito. El corazón se me paralizó.

—Lo veis, Plom-Plom, lo bordó una de mis hijas. Tiene un extraordinario valor sentimental. ¿No es una verdadera joya?

Todos esperamos su respuesta. Pero aquel cobarde no dijo nada.

—Comprendo que estéis amargado, pero cuanto antes lo aceptéis mejor.

Plom-Plom enrojeció.

Victoria siguió caminando.

Durante los días siguientes Luis no se separó de Victoria. Alberto se sentía un poco desplazado pues yo estaba obligada a guardar reposo. La princesa Vicky buscaba excusas continuas para librarse de las visitas oficiales y hacerme compañía. Estaba entusiasmada con los vestidos que le había enviado.

Aun así, el cortejo real no descansaba. Bailes en Versalles, comidas en el Trianón, cacerías en el bosque de Saint-Germain, paseos por el nuevo París de Haussmann y, como colofón, visita a Les Invalides.

A Luis nunca le gustó. De todos modos era innegable su grandiosidad. La cúpula dorada podía cegar con su destello al que la mirase en un día soleado. Era la representación máxima de lo que fue un día Francia gracias al difunto que descansaba en su interior.

Al llegar a los pies de la tumba de Napoleón I el príncipe de Gales se arrodilló.

La orquesta tocó *Dios salve a la reina*. Los veteranos del Primer Imperio se emocionaron al ver cómo la reina de Inglaterra rendía homenaje al que había sido el mayor enemigo de su patria. Las lágrimas de aquellos aguerridos y vetustos soldados me hicieron pensar de nuevo en mi padre. Sin duda hubiese formado orgulloso junto a ellos.

Al día siguiente me despedí de nuestros invitados. Victoria me rogó que permitiese al doctor Lacock permanecer a mi lado durante el resto del embarazo.

Cada vez que recuerdo su insinuación me aterrorizo y tiemblo.

—Toda medida es poca a la hora de defenderos a ti y a vuestro futuro hijo. Tu médico parece íntegro y leal, pero sabes que Plom-Plom estaría dispuesto a cualquier barbaridad con tal de frustrar este nacimiento.

XII

Mi añorado príncipe. París, 1856

Paca y Jacobo vinieron a París. Mi hermana había sido madre hacía muy poco tiempo y el orgullo con que hablaba de sus hijos me alentaba.

Médicos, parteras y amas de cría se arremangaban dispuestos a faenar. Todos los parientes de Luis fueron avisados y esperaban en la habitación contigua junto a mi madre. Paca me agarraba fuertemente de la mano intentando hacerme olvidar el trance.

—Tengo miedo.

Ella me miró con cariño.

—Eres fuerte, Eugenia, mucho más que yo. Lo harás bien. Además no te preocupes por el dolor, Luis ha ordenado que te seden si es preciso.

Eso me alteró, pues recordé las palabras de advertencia de Victoria. ¿Y si me lo cambiaban?

—¡No les dejes, Paca! Quiero ver a mi hijo en cuanto nazca. ¿Dónde está Luis?

Le agarré fuertemente de la mano, incorporándome y buscándole desesperada. Paca me puso otro almohadón tras la cabeza y con delicadeza me obligó a tumbarme de nuevo.

—Luis aguarda fuera con los demás. Parece que sea él quien vaya a parir. Es mejor que no le veas porque sólo conseguiría ponerte más nerviosa.

Me relajé un instante pero la siguiente contracción me dobló de nuevo. Habían pasado sólo unas horas pero a mí me parecían semanas. Las semanas se me hicieron años pero al final todo acabó. Doce horas sufrí en silencio y sin gritar.

Exhausta, no tenía fuerzas ni para incorporarme. Oí el llanto de la criatura y eso me calmó. Jadeando, pedí que me lo trajesen. Una voz sonó a mi lado.

—Lo están vistiendo, Eugenia. Estoy orgulloso de ti.

Me empezó a besar y a abrazarme con tanta fuerza que casi me ahoga.

Paca le apartó riendo.

—Señor, si seguís así la asfixiaréis.

Tomé su mano.

—¿Qué ha sido?

—Lo que esperábamos.

Me alegré muchísimo.

—¿Qué día es hoy?

Le sorprendió mi pregunta.

—Dieciséis de marzo. ¡El día más grandioso de nuestro reinado!

Me besó de nuevo y dejó paso al resto de la familia. Todos fueron cariñosos excepto Plom-Plom, que tenía la cara desencajada. Miró al niño y sólo pudo dedicarme un improperio.

—No parece que por su venas corra una gota de la sangre de los Napoleón. Algo de los innobles españoles se refleja en su semblante.

No pude contenerme.

—Señor, este niño desciende del marqués de Ariza, Grande de España siglos antes de que el nombre de Napoleón fuera conocido.

Me miró sorprendido sin saber a qué me refería. Nunca fui prepotente, pero estaba cansada de que me tacharan de pretenciosa. Mi familia era más antigua que la de ellos y por lo tanto mi sangre había contribuido a mejorar la de su recién nacida estirpe.

Aquella verdad no hizo mella en su orgullo, pero al menos conseguí que se marchara sin añadir una palabra más. De todos modos, cuando se fue le dije al ama que tuviese mucho cuidado de mi hijo, porque ese hombre de mirada diabólica era muy capaz de matarlo.

Después del parto quedé muy débil. No había sido fácil, hasta el extremo de que un médico había pretendido practicarme una cesárea, una operación experimental arriesgada y sangrienta, pero Luis se opuso.

El caso es que allí estaba mi hijo, fuerte y sano. Podía pasar largas horas mirándolo sin cansarme. Me di cuenta de que sería capaz de hacer cualquier sacrificio por él.

Por aquel entonces me examinó uno de los médicos de la reina Victoria. Ella parecía preocuparse más por mí que por su propia familia.

Luis me informó sobre su dictamen.

—Dice el doctor Fergusson que estás sana, pero que el nacimiento de nuestro hijo te ha debilitado mucho y tendrás que esperar para tener otro.

—¿Cuánto?

—No se sabe.

Me quedé pensativa. Esperaba que no se estuviese cansando de mí, aunque sospechaba que no había interrumpido sus eventuales romances. En asuntos de cama me reconocía una verdadera inexperta. Si mi madre me hubiese encauzado habría podido competir con todas aquellas furcias de alta alcurnia. Pero como falsa y mentirosa que era siempre eludió el hablar con sus hijas de asuntos escabrosos. Como si aquello fuese más vergonzante que su comportamiento con los caballeros que pasaron por su alcoba.

Posiblemente Luis ya había conseguido de mí lo que más ansiaba, un hijo.

Rompí a llorar. Desde que nació Lulú lloraba por cualquier cosa. El simple hecho

de comprobar que mi corsé ya no cerraba como antes era razón suficiente para ahogarme en lágrimas.

Victoria me dijo una vez que saber envejecer con dignidad era uno de las virtudes que más admiraba en una mujer y más si ésta había poseído una gran belleza en su juventud. Empezaba a comprender el sentido de sus palabras.

—No soporto verte así —dijo Luis—. Si te sirve de consuelo te diré que yo tampoco ando muy bien. El doctor me ha diagnosticado neuralgia, ciática, dispepsia, fatiga, irritabilidad, insomnio, artrosis, pérdida del apetito y, lo que más te preocupa, declive de la potencia sexual.

»A mis cuarenta y ocho años estoy hecho una piltrafa humana. Así que si quieres lloramos y nos consolamos mutuamente.

Aquella actitud me hizo reír. Pero en cuanto se marchó de nuevo me sentí triste. No hablaba en serio, lo sabía. Tuve que renunciar a los eventos sociales a causa de mi salud, pero no por ello era ajena a lo que sucedía. Él podía encontrarse mal físicamente pero era un toro de voluntad.

XIII

Entereza ante el peligro

En el palco de la Ópera aguardaba el rey de Italia junto a su querida. La alegría con que todos me recibieron en la escalinata desapareció en cuanto la vi. Las escandalosas historias que circulaban por París acerca de aquella ninfa de mármol rosa eran ciertas.

En un rincón ella estaba acariciando la entepierna de nuestro invitado. Disimulé, pero miré a Luis con disgusto. Mi marido sólo tenía ojos para aquella descastada.

Victor Manuel me saludó. La susodicha me hizo una reverencia corta y a Luis una mucho más pronunciada. Tanto, que le mostró todos sus encantos hasta el ombligo.

¡Me quedé petrificada! Había visto a muchas mujeres libertinas, pero jamás con semejante desfachatez. Estaba prácticamente desnuda de cintura para arriba y era perfectamente consciente de ello. A sus veinte años desconocía el pudor, pero parecía conocer muy bien a los hombres.

La mirada de Luis se quedó anclada en sus tersos y blancos senos. No pude contenerme y le di un puntapié disimulado para que volviese a la realidad.

Me miró con desagrado y tomó asiento a mi lado. Se apagaron las luces y la orquesta comenzó a tocar. No pude disfrutar en absoluto de la música. Sólo pensaba en cómo expulsar a semejante furcia de nuestro palco.

Era perfecta y más joven que yo. Si a su belleza se unía su extravagante y obscena indumentaria era imposible que pasara desapercibida. Yo no quería que nadie me viese con ella.

La condesa de Castiglione —«Nicchia» en la cama— tenía fama de ser una mujer insaciable e inmoral. Algunos incluso la tachaban de espía. Pero a los caballeros eso no parecía importarles demasiado.

Por más vueltas que le daba, no se me ocurría cómo quitármela de la vista sin herir a nuestro invitado.

¡Ya estaba!, la excusa era burda, pero serviría. Podría decir que me sentía indispuesta y pedirle a Luis que me acompañase a casa en el entreacto. Me volví hacia él. Su expresión me alertó. Miraba al frente, ruborizado e impertérrito. Le escudriñé en silencio.

¡Aprovechando la oscuridad aquella mujer le estaba acariciando la pantorrilla con el pie descalzo!

A Luis no parecía importarles demasiado que su amante estuviese con nosotros. Simplemente disfrutaba, seguro de que nadie se percataría de ello.

La miré con odio. Ella me vio y se limitó a retarme con una sonrisa burlona subiendo aún más el pie.

Sin decir nada me levanté y me fui.

Mi relación con Luis se fue deteriorando día a día. Él estaba totalmente embaucado por aquella furcia. Intenté reconquistarle haciéndole ver que yo también podía causar deseo en otros hombres.

No había nada de malo en utilizar argucias femeninas si el objetivo perseguido era puro. Me divertía empleando viejos juegos con pobres ingenuos que me admiraban.

Sin ponerme al mismo nivel que aquella prostituta, había muchas maneras de jugar al tira y afloja. La coquetería es más sabrosa cuando se sabe decir que no. El dar prematuramente acaba con toda la magia. El deseo insatisfecho puede llegar a enloquecer de amor a un caballero. Así había actuado al principio con mi marido y así había continuado. El hombre puede incluso llegar a albergar una esperanza casi real, pero jamás debe tocar.

Una mujer ha de ser la fruta inalcanzable que roce sus labios pero que nunca llegue a besarlos.

Aunque yo nunca me enamoraría, habría de fingirlo. Para que Luis llegase a sentirse celoso. Sólo así comprendería mi sentir.

Sometí a mis encantos a un pobre austríaco que había conocido en un viaje a Viena y a otros tantos desprevenidos. Pero cuando ellos creían llegado el momento crucial, yo desaparecía dejándolos con la miel en los labios.

Aquello me divirtió durante un tiempo e incluso sirvió para levantar mi decaído ánimo. Recuperé mi consideración como mujer, pero Luis seguía colgado por la Castiglione. Mis aparentes devaneos pasaban desapercibidos ante sus ojos y terminaron por aburrirme.

Decidí pasar el mayor tiempo posible junto a mi hijo, olvidándome de frivolidades absurdas. Sólo tendría que esperar a que Luis se cansase de aquella cortesana. Pero cada noticia que me daban sobre su relación me reconcomía aún más.

Todos los días me decía a mí misma:

—Eugenia, olvídale. Sólo es un simple pasatiempo.

Aquella noche frente a la chimenea hojeaba mi libro sobre el Toisón de Oro, una de las mejores obras de mi biblioteca privada. Aquellos soberbios dibujos de caballeros con sus escudos me ayudaban a olvidar. Luis había salido a calentar la cama de aquella ramera.

Un miembro de la guardia entró corriendo, asustado, y me rogó que le siguiese.

Cerré el libro de golpe y salí tras él. Pensé que algo le había sucedido a mi hijo.

Una vez en la antecámara de Luis me sentí confusa. No era al niño al que le

pasaba algo sino al padre. Me detuve en seco y recuperé la compostura. Su ayudante me abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿La zorra le ha mordido y ha adquirido la rabia?

Luis se levantó sujetando un pañuelo ensangrentado sobre su frente.

—Lo siento, Eugenia. Tenías razón.

Se desplomó sobre una silla. Cambié de actitud. Para él nunca fue fácil pedir perdón y ahora lo estaba haciendo. Arrodillándome junto a él, aparté el pañuelo para ver la herida. Era un leve rasguño pero sangraba mucho.

—¿Qué ha ocurrido?

Dudó.

—Unos hombres me asaltaron cuando salí de la casa de Nicchia. He salvado la vida gracias al cochero.

Me quedé perpleja. Más que a su mujer parecía estar haciendo confidencias a un amigo.

—¿Nicchia? ¿Quién es ésa?

—Lo sabes bien, y si recurro a ti es porque sólo tú puedes ayudarme.

Me levanté indignada pero contenta.

—Tú te has buscado el problema y tú debes solucionarlo.

Regresé a la soledad de mi chimenea.

Al día siguiente, cuando desperté, supe la noticia. Los asesinos fueron detenidos y delataron a su cabecilla. Aquel atentado había sido tramado por la condesa que, ambiciosa, no dudó en aceptar a cambio de una fuerte suma.

Tuvo suerte aquella prostituta disfrazada de gran señora. Sólo fue expulsada de Francia.

La condesa de Walewska ocupó su lugar en la solitaria cama de Luis, pues yo no estaba dispuesta a hacerlo. Pero era discreta y se lo agradecí. De todos modos el emperador me necesitaba y yo no iba a dejar de comportarme como lo que era, la emperatriz de Francia.

«No soy víctima de los juicios temerarios. Sólo estoy cansada de luchar contra las infidelidades. He cerrado los ojos y me he abandonado. Ésa es mi única culpa. Me falta valor.»

Sumida en mis pensamientos el carruaje se detuvo. Ya debíamos de haber llegado a la Ópera. La oscuridad y el frío seguían congelándonos. La puerta se abrió y alguien me tendió una mano para ayudarme a bajar; era nuestro ayudante. El bullicio exterior me animó y posé mi pie en el escalón. De pronto, un ruido ensordecedor. Instintivamente me metí de nuevo en el carruaje. Dos explosiones más retumbaron acompañadas del resquebrajar de un millón de cristales. Me llevé la mano a los oídos y cerré los ojos aterrada.

Algo me cortó la ceja. No me dolía pero pude sentir como la sangre corría sobre

mi párpado cerrado. Mientras temblaba, los brazos de Luis me cubrían protectoramente. De repente, un silencio sepulcral.

—Se acabó, todo se acabó.

Unos alaridos callejeros me aseguraron que aún seguía viva. Estaba a punto de abrir los ojos cuando un crujir extraño y pausado sonó cerca. Un segundo después nuestro coche volvió a retumbar. Era como si el oscuro cielo se hubiese desplomado sobre nosotros. Temblorosa, volví a cobijarme entre los brazos de Luis y por un instante pensé en nuestro hijo. Un fuerte olor a pólvora y yeso nos envolvía. Al oír la voz de Luis me calmé y abrí los ojos.

—Ya ha pasado.

Una fuerte humareda hacía el aire irrespirable. Aterrada, me asomé. La oscuridad era total pues no quedaba en pie una sola farola de gas.

Intuí que decenas de personas ensangrentadas yacían en la calle o deambulaban sin rumbo. Unos lloraban, otros se desgañaban buscando a sus seres queridos.

Bajé la cabeza consternada y entonces lo vi. ¡Nuestro ayudante! Abrí la puerta. Estaba malherido a los pies del carruaje.

—¡Luis, Cirlot se está desangrando!

Decidí bajar a ayudarlo dado que yo era la que conservaba mayor entereza. El susto inicial había pasado.

Me arrodillé y apoyé su cabeza sobre mi regazo. Solicité ayuda a los que provistos de faroles corrían hacia nosotros. En ese momento mi mirada se cruzó con la del herido. El terror se reflejó en su rostro y me indicó que tras de mí algo horrible estaba ocurriendo.

Eso me hizo apartarme. Un hombre encapuchado, armado con un cuchillo, cayó a nuestro lado. Tres miembros de nuestra guardia le inmovilizaron.

Después de aquel suceso tardé muchos días en conciliar de nuevo el sueño. Cuando Luis me pidió en matrimonio y me advirtió de los peligros que entrañaba, no llegué a imaginar lo que aquellas palabras significaban en realidad.

De las ciento cincuenta personas heridas, doce resultaron muertas.

No murieron por la patria. Ni siquiera por el emperador. Simplemente deambulaban una noche invernal por las calles y se encontraron con la muerte más absurda.

Orsini y sus tres cómplices fueron apresados y recibieron su merecido. La Castiglione había desaparecido de nuestras vidas, y sin embargo, los asesinos italianos seguían rondándonos. Aquellos malditos artefactos habían sido fabricados en Inglaterra.

Luis comenzó a desconfiar de nuestra alianza con ese país. A mí me dolió, pues casi quería más a Victoria que a mi propia madre.

Tardé mucho tiempo en recuperar la confianza y pasear tranquilamente por las

calles de París.

XIV

Precipitación funesta

Luis no hablaba de otra cosa que no fuera la unidad italiana: de adquirir más territorio para Francia. De preparar el ejército para el combate contra Austria, que se oponía a la reunificación.

Los hombres que llevaban adelante la economía del país consideraban la posibilidad de enfrentamiento un desastre. El pueblo vivía en paz y contento. Los únicos que ardían en deseos de luchar eran los militares. El Papa tampoco estaba de acuerdo con ese proyecto y eso era algo que a mí me preocupaba mucho.

Finalmente, Luis selló su pacto con Víctor Manuel casando a Plom-Plom con su fea hija. No puedo negar que me alegró. Al menos dejaría de ver a aquel siniestro ser.

Nuestro ambicioso primo me acusó de su desgracia. No comprendía que yo nunca había sentido odio por nadie, ni siquiera por mis enemigos. A alguno de ellos llegué incluso a apreciarlo; a otros ni siquiera les he concedido el honor de la venganza.

A mi marido, en cambio, un gusano belicoso parecía carcomerle las entrañas. Buscaba razones absurdas para la guerra. Apuntaba el arma del rencor contra los austríacos, a los que detestaba desde muy joven.

Temí que lo suyo fuese mera venganza. Le expresé mi parecer:

—Con tus proyectos pones en peligro la estabilidad de nuestro país.

Ensayaba pasos de esgrima al aire delante de mí. Detuvo por un instante la lucha contra su opositor fantasmal y me retó.

—Ellos mataron a mi hermano cuando luchábamos junto a los revolucionarios italianos. Tuve que disfrazarme de lacayo para huir. No puedes siquiera imaginar la humillación que sufrí al hacerlo.

—Da la impresión de que antepones los intereses de Víctor Manuel a los de tu patria —continué.

Alzó el florete. No me escuchaba, estaba poseído por el odio. Cerré el libro que tenía entre las manos y me dispuse a retirarme, refunfuñando.

Soltó el arma de golpe y corrió a detenerme cogiéndome de los hombros.

—Necesito tu ayuda más que la de nadie. Es cierto que vivimos apaciblemente, pero ¿cuánto durará? ¿Crees que mi tío Napoleón hubiese llegado donde llegó sentado tranquilamente en su trono?

»Tú serás la regente de este país en mi ausencia. Así podrás demostrar a todo el mundo que también eres una mujer de gobierno. ¿No es eso lo que siempre has querido?

Me dejó helada.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. De pronto la idea de derrotar a los austríacos me tentó como a él.

Me emocioné y le abracé.

—Es mucha la responsabilidad que depositas en mí. Pero Dios me concederá todos los conocimientos que me faltan.

Aquella noche dormimos juntos. Algo que casi había olvidado. No por deseo, sino por miedo a perderle.

Francisco José de Austria actuó torpemente en el frente diplomático y terminó por declarar la guerra al Piamonte; aunque Luis tampoco le ofreció muchas salidas.

A principios de mayo Luis partió al frente y pronto los cañones de Les Invalides anunciaron la victoria. Corrí a Notre Dame a rezar un tedeum en acción de gracias.

En Solferino Víctor Manuel y Luis se enfrentaron al emperador austríaco. Obtuvieron la victoria, pero yo estaba asustada, los prusianos aliados de Austria se acercaban por el Rin y sospechábamos un ataque a Francia.

Sentada junto a mi pequeño aguardaba la entrada triunfal de Luis en la ciudad.

Los ricos tapices de cada mansión abandonaron sus paredes habituales para decorar las fachadas de las casas.

Miles de parisinos se apretujaban en las calles adyacentes a la place de Vendôme.

Bajo el palco de terciopelo carmesí que se improvisó para nosotros lo divisábamos todo a la perfección.

Lulú me lo indicó.

—Mira, madre, ¡es increíble! No queda ni un adoquín de la calle visible. Papá tiene que estar orgulloso.

Le abracé, besándolo en la frente. Él me apartó de inmediato.

—Madre, ya soy un hombre. Guarda las muestras de afecto para cuando estemos a solas.

Estaba nerviosísimo. Con su uniforme azul y rojo de los *grenadiers* se sentía mayor.

Lo comprendía y le miré orgullosa. Algún día se tendría que separar de mí. Sería mejor aceptarlo desde ese momento.

La algarabía y los vítores que se oían al final de la calle nos indicaron que Luis ya se acercaba. El niño se volvió hacia mí con expresión de súplica. Sabía lo que deseaba.

Asentí sonriente.

Saltó del trono donde estaba sentado y corrió en busca de un caballero para que le acercase al hombre al que todo París admiraba.

Sólo entonces me fijé en Luis. A los ojos de los demás podía parecer altivo y victorioso, pero yo le conocía bien. Los campos de batalla de Magenta y Solferino

quedaron sembrados de cuerpos sin vida de valerosos hombres que le siguieron con total fidelidad.

El peso de todas esas almas parecía haber caído sobre sus hombros. Estaba avejentado y cansado. Él no era como el Gran Emperador, al que poco le importaban las muertes si eran por el bien de la patria.

Quedó tan impresionado por lo que vio en el campo de batalla, que se creyó en el deber de luchar internacionalmente para que ni uno solo de los heridos en las futuras guerras yaciera y muriera desangrado sin atención médica. Al final lo consiguió. Cinco años después, en la Convención de Ginebra, se creó la Cruz Roja. Todos se comprometieron a respetar las banderas blancas en el campo de batalla para que ningún soldado herido quedase sin asistencia.

Aquella masacre fue necesaria para conseguir unos diminutos territorios — Saboya y Niza— y la unificación de un país que no era el nuestro —Italia—, sin mencionar el resquemor de Inglaterra.

Sé que no soy la más indicada para juzgar los hechos porque yo también le alenté. En cualquier caso, la victoria no nos proporcionó ventajas suficientes como para compensar las pérdidas.

Sin embargo, lo importante era aprender de los errores cometidos. Así que nos retiramos a Biarritz a meditar sobre lo acontecido.

XV

Viaje sin despedida, 1860

Mi hermana me agarró débilmente la mano.

—Eugenia, no seas tonta. Tienes unas obligaciones importantes como emperatriz y has de cumplir con ellas. Debes marcharte. Yo estoy bien. Mamá cuidará de mí. Aprovecha este viaje para reencontrarte con Luis. Puedes engañar a todo el mundo menos a tu hermana. Te vendrá bien un viaje a solas con tu marido.

Sólo fui capaz de asentir.

Era cierto que la pasión que había sentido por Luis fue tan efímera como su fidelidad hacia mí. Pero me había convencido a mí misma de que lo más importante era una estabilidad emocional sensata y eso me lo proporcionaba.

Ver a mi vital hermana postrada en cama me había hecho recapacitar. Dejé de buscar, como cuando era joven, el disfrutar cada momento intensamente sin pensar en las consecuencias que podría acarrear. Quería vivir tranquila y ajena a toda perturbación, meditando pausadamente cada acto en sí y valorando lo positivo de cada acontecimiento.

La vida es efímera, traicionera e injusta y hay que saber dirigirla. Paca era buena y equilibrada. Sin embargo, acababan de extirparle un tumor en el pecho. Y la operación había acabado con todas sus fuerzas.

Me abracé a ella con lágrimas en los ojos. La besé, hice la señal de la cruz en su frente y me retiré. Los médicos me habían asegurado que estaba mejorando.

De todos modos dejé órdenes precisas para ser avisada si su estado se agravaba. En ese caso, correría a su lado.

Saboya, Marsella y Córcega me sedujeron tanto que volví a saber lo que era pasar una noche junto al cuerpo de Luis.

En julio recibí un correo urgente de mi madre. Paca no estaba bien. El cargo de conciencia que me quedó al dejarla postrada me sumió en una angustia mortal.

Pero en Argelia todo era como un cuento de hadas, sencillo y fastuoso a la vez. Pensé en regresar, mas Luis me convenció de que mi hermana había superado el trance.

Una noche, después de cenar, nos obsequiaron con una danza del vientre. El dominio de aquella mujer contoneándose y dirigiendo cada músculo de su firme y ejercitado estómago era increíble. La sensualidad de cada uno de sus movimientos asombraba a nuestro séquito, y no era de extrañar.

Me sentía bien. Nuestro viaje tocaba a su fin y pronto estaría de regreso en París junto a Paca. La ilusión me ayudó a olvidar y me entregué al divertimento.

Las señoras nos levantamos y procuramos imitar a la bailarina, entre grandes carcajadas. Debíamos de resultar cómicas porque entre el corsé y el estómago pudorosamente tapado no lográbamos movernos. Ni siquiera las faldas, un poco más cortas de lo habitual, dejaban libertad a nuestros frustrados vaivenes.

El olor a especias y la embriaguez de una bebida oriental nos hicieron perder totalmente el sentido del ridículo.

Al terminar la velada busqué a Luis recordando el consejo que Paca me dio antes de que partiésemos.

Su silla estaba vacía y me dijeron que se había retirado a su cuarto sin querer interrumpir mi diversión.

Al entrar en mi habitación me lo encontré de espaldas, sentado frente a mi tocador leyendo un documento. Parecía abatido. Al acercarme, lo dobló rápidamente y se lo guardó en el bolsillo.

No sentí curiosidad.

—Vamos, Luis, sea lo que sea no nos aguará esta mágica noche.

Le besé en la nuca y lo abracé. Me miró sorprendido. La frivolidad no era uno de mis defectos aunque muchos así lo creyesen. Era lógico que le extrañara. Las noticias debían de ser malas, aunque no podía imaginar de qué se trataba. Una idea me vino repentinamente a la cabeza.

—¿Tiene que ver con Víctor Manuel?

—Garibaldi y Víctor Manuel se acercan para conseguir la unidad. Pero eso no es lo que me preocupa.

Me separé de él enojada.

—¿Qué pasa con los estados pontificios?

—¡Escúchame! Para mí es muy difícil darte esta noticia.

Estuve a punto de rechistar. Pero se levantó y me tapó la boca para continuar.

—Por primera vez desde que nació Lulú estabas de nuevo espléndida y cariñosa. No quise preocuparte con nada.

Le di un manotazo para que me dejase de amordazar y me mantuve callada. Él prosiguió:

—Antes de salir de París tuve una reunión con Jacobo. Paca no andaba bien a pesar de lo que te dijeron los médicos. Pero su deseo era que tú no sufieras. Sabía muy bien que si te notificaban su verdadero estado de salud no hubieses querido venir. Por eso me pidieron que no te informase de nada hasta que regresáramos.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Miré aterrada a Luis y sólo pude balbucear una palabra:

—¿Sabías...?

Me abrazó con fuerza.

El odio que sentía hacia él un instante antes se acrecentó hasta estallar. Si sólo me hubiese ocultado un asunto de Estado posiblemente le hubiera perdonado. ¡Pero engañarme con respecto a mi hermana era muy diferente!

Comencé a llorar, no de pena sino de rabia.

—¡Te aborrezco! Le prometí a Paca que intentaría enmendar nuestras diferencias. Sólo por eso cambié. ¿Lo entiendes? ¡Por amor a ella! No por ti, en absoluto. Eres engreído e infiel, el peor marido que nadie ha podido tener.

»Para una mujer que haya nacido en el seno de una familia real será fácil aguantar lo que yo he aguantado. Pero ya no puedo más. ¡No quiero volver a verte!

»Lo que has hecho no tiene perdón. Me has privado de compartir con mi hermana sus últimos días.

Me tumbé desesperada en la cama y el resto de la noche estuve hablando en sueños con papá y Paca. Luis se retiró y no quise verle durante todo el viaje de regreso, a pesar de que en el barco el espacio era reducido, lo que me obligó a pasar la mayor parte del trayecto recluida en el camarote.

Cada día que pasaba le culpaba aún más de mi desgracia. Por otro lado, el orgullo Bonaparte no le dejaba acercarse a mí para procurar diálogo. De todos modos, supongo que si lo hubiese intentado sus disculpas habrían caído en saco roto.

Esperando ser trasladado a Madrid, el ataúd de mi hermana yacía en la Madeleine, entre los cuerpos de la emperatriz Josefina y la reina Hortensia. Pasé tantas horas junto a ella, que comenzó a dolerme la espalda, como si Paca me hubiese transmitido su dolor para acompañarla. Inmediatamente después de que se la llevaran, le hice saber a Luis que me marchaba a Inglaterra. Dijo que estaba loca pero no me lo impidió. Sabía que necesitaba un tiempo para calmar mi desazón. Por otro lado, era consciente de que si me obligaba a permanecer a su lado acabaría aborreciéndole con todas mis fuerzas.

Lulú se quedaría en Francia. Tendría que sacrificarme y no verle. Sin embargo, era mejor para él, porque no hay nada peor para un hijo que una madre alterada.

Al llegar, intenté pasar desapercibida utilizando un nombre falso. Pero los reporteros me seguían a todas partes y ni siquiera en Escocia conseguí librarme de rumores y persecuciones. Todos daban por hecho que me había separado de Luis, debido a mi delicado estado mental.

Aquello me dolió.

La reina Victoria, tan cariñosa como siempre, me recibió en Windsor; fue un consuelo para mis destrozados nervios. Aunque la frialdad de mi ánimo me hacía indiferente al afecto de los demás, su regia y maternal figura me convenció una vez más.

—Cuando llegaste, delgada y pálida, temí por tu salud. Pero eres una mujer

sensata y debes actuar en consecuencia. Tienes que regresar. Tu hijo te necesita.

»Has de agarrarte a lo que te queda en la vida y no menospreciarlo. Borra la angustia y la melancolía de tu rostro y ¡lucha! Tienes mucho por lo que seguir viviendo.

Años más tarde, cuando la tragedia volviese a cernirse sobre mí, aquellas palabras que un día consiguieron hacerme resurgir se convertirían en dagas mortíferas.

Un año después la propia reina de Inglaterra sufriría la muerte de su esposo el príncipe Alberto.

Victoria se enlutó y enclaustró sin pensar en nada más. A pesar de que, siguiendo las voces de ultratumba de su marido, alemán hasta la médula, acabaría apoyando a Prusia en contra de Francia, le escribí un pésame cariñoso. Una cosa no quitaba la otra.

XVI

Personajes amenazadores

La tertulia de aquella tarde en Biarritz se convirtió en un monólogo. Matilde había traído a un médium. Según ella, el mejor de Francia. Aquel extraño personaje aseguró que mi hijo, el príncipe imperial, nunca reinaría.

Luis no estaba presente; los cálculos en la vesícula le obligaban a aislarse. De haber sido así, le hubiese expulsado.

Pensé en hacerlo yo, pero no quise resultar aguafiestas y dejé que aquel fantasioso se siguiese desbarrando. Todos nos reímos y aquel maleducado se vio obligado a desaparecer junto a su malhumorada madrina.

Ordené silencio para que todos pudieran oír los ronquidos del embajador de Prusia.

Aquel hombre nos había conquistado en el mismo momento en que llegó a París. Era respetuoso, galante y divertido, tanto que llegamos a olvidar la amenaza que representaba para Francia y le invitamos a pasar unos días en Villa Eugenia.

Otto von Bismarck nos transmitiría su experiencia en política y quizá podríamos sacar algo en limpio.

El sofá donde dormitaba crujió. Las carcajadas le despertaron. Aturdido, se frotó los ojos y, tambaleándose, desapareció.

Ahora desayunaba sola al aire libre. Disfrutaba al máximo de la soledad en mi ambiente preferido.

El trino de los pájaros, el batir de las olas y el sentirme inmersa en la naturaleza me ayudaban a recuperarme de la resaca del día anterior.

Rodeada de tanta grandiosidad, centré mi atención en algo insignificante: una diminuta hormiga que cargaba costosamente con una miga de pan.

Mentalmente hablé con ella.

—Pesa ¿verdad? Pues no es nada comparado con una corona imperial.

Un zapatón inmenso la aniquiló de repente. Me sobresalté.

—Lo siento. Nunca pensé que su majestad podría alterarse tanto.

Era Otto. Cogí mi abanico y le sonreí.

—No debéis menospreciar a nada ni a nadie, por muy pequeño que parezca. Siempre os podrá sorprender si os coge desprevenido. Tanto como le sorprendimos a usted ayer durante la tertulia.

Fijó su atención en los prismáticos que había sobre la mesa y contestó:

—Siempre estoy a la defensiva aunque no lo apreciéis.

—¿También en mi presencia?

—También.

Se estiró sin recato y cogió los prismáticos para enfocarlos a la playa. Los atrevidos trajes de baño ya empezaban a usarse y muchas veces, al salir las bañistas del agua, habían trepado más arriba de la rodilla. Me hizo gracia.

Aquel hombre lenguaraz y genial vino para tres días a Biarritz y llevaba dos semanas. Todas las mañanas hacía lo mismo.

En silencio, enfocaba buscando desesperado.

—Es demasiado temprano para que alguna señora esté tomando baños de mar.

Arqueó sus pobladas cejas con aire burlón.

—Señora, sólo hay una pantorrilla digna de ser admirada en esta costa y no se encuentra descubierta en este momento.

Me ruboricé y comprobé de reojo si la falda me cubría la pierna entera. Se rio. Me levanté avergonzada pero al mismo tiempo contenta de comprobar que seguía levantando pasiones.

Me dejaba piroppear con gusto. De todos modos, aquellas cejas anchas bailando al son de sus ojos saltones y sus desproporcionadas medidas no me atraían en absoluto.

Y lo mismo me pasaba con la política, aquel verano.

Al regresar a París llamé a Otto una noche para que nos amenizara la velada, pero se había marchado a Berlín. El kaiser estaba pensando en abdicar en su hijo y le requería en el parlamento.

Quise comentar el hecho con Luis. Pero en esos días mi marido andaba detrás de una muchacha que había conocido Dios sabe dónde.

El apodo «Margarita la Cachonda» se le quedaba corto. Aquella mujer bailaba y hacía acrobacias sobre los caballos, desprestigiando la nobleza de esos animales. Ni siquiera se la podía calificar de «cocotte».

El gusto de Luis degeneraba con la edad. Estaba atontado y no hacía más que regalarle cosas.

Me comencé a preocupar. No por celos, habían pasado a la historia, sino porque la opinión pública comenzó a atacarle, y con razón.

Se había convertido en un auténtico crápula. Había intentado comportarme como una mujer nacida en una familia real. Aprendí a llevar sus devaneos con resignación. Pero esto pasaba de rosca.

Intenté evadirme defendiendo a las sufragistas y volcándome aún más en las obras de caridad, pero cuando la jornada terminaba, a pesar del cansancio mental y físico, no conseguía cerrar los ojos. La cabeza me daba vueltas y más vueltas. Veía como la corona se desmoronaba, mientras el emperador moría a manos del adulterio y la bebida.

Me fui al balneario de Schwalbach. Allí recibí la siguiente nota de Luis.

«¿Acaso necesito decirte cuánto deseo tu regreso? Qué feliz seré al estrecharte entre mis brazos. Te daré pruebas de mi amor y mi cariño. Tu recuerdo no me abandona en todo el día y mi corazón está triste al pensar en lo que has sufrido. Dime que crees en mi ternura, ya que la duda me hace desdichado.»

Según los informes, seguía con ella. Cualquiera podría haber interpretado estas líneas como falsas y cargadas de hipocresía. Pero yo le conocía. El significado de sus palabras escondía un mensaje que sólo yo podía descifrar. ¡Imploraba ayuda!

Aquel reto me hizo recuperar la fortaleza. Lo primero que haría sería despedir a semejante ramera. Luis ya llevaba tiempo con ella y la pasión inicial estaría a punto de desvanecerse.

Eran las cuatro de la tarde. Me esperaba vestida de noche y cargada de joyas. Su mirada era desafiante y sonriente a la vez. De señora no tenía nada.

No podía dejar que el idiota de Luis se arrastrase por una vulgar daifa. Nicchia al menos tenía clase.

Tampoco había ningún interés en prolongar demasiado la reunión. Ni siquiera me senté. Ella se apoyó sobre la chimenea y, como si no le importase nada lo que le diría, comenzó a jugar con el péndulo del reloj.

—La verdad es que no sé cómo Luis se pudo fijar en usted.

Me miró descaradamente.

—Será por lo que su majestad no es capaz de darle.

Preferí hacer oídos sordos a semejante comentario. Me limité a tenderle la nota de Luis.

Perpleja, vi cómo se esforzaba en intentar leer la primera línea. Lejos de infundirme compasión, se la arranqué de las manos y se la leí en voz alta.

—El emperador es así. Hoy se dedica por entero a usted y mañana la ignora. No ha sido la primera ni será la última. Los años no pasan en balde y su belleza se verá marchita en poco tiempo.

No reaccionaba, miraba al suelo como ausente. Intuí que me escuchaba.

—Sé que ya fue abandonada una vez por un comerciante y que eso la empujó a lanzarse a la calle. Esta vez será peor, se lo aseguro. Pasar a peor vida después de un momento de abundancia debe de ser como caer en el infierno antes de tiempo.

Temblorosa, se tapó los oídos. Las lágrimas surgieron de sus ojos y comenzó a temblar como un cachorro asustado.

Sentí compasión. Aquella niña de veinticinco años tampoco tenía la maldad de Nicchia. Se dejaba deslumbrar por la grandeza y posiblemente nadie le enseñó lo que eran los valores morales.

Su reacción me convenció de que ni siquiera era consciente del daño que me

había hecho. Sentí deseos de consolarla, pero en el último instante sólo pude posar la mano en su hombro para que me prestase atención.

Abrí el maletín y proseguí:

—No te asustes. Esto es un simple anticipo. Si te mantienes alejada de nuestras vidas, te aseguro de que además de rentas tendrás una mansión y te procuraré un matrimonio conveniente.

No asintió. Se abrazó fuertemente a mí y se despidió entre sollozos.

De regreso a palacio me sentí eufórica. Aquella pobre ignorante ni siquiera me pidió garantías del ofrecimiento. Tuvo suerte al encontrarse con una persona digna que cumplía su palabra.

Era la primera vez que las infidelidades de Luis me proporcionaban algo positivo. Sólo esperaba no tener que volver a encontrarme en similar situación.

XVII

Desafortunados presagios

Al bajar del landó oí el sonido de los floretes. Lulú estaba ejercitándose en esgrima. Mi hijo era tan activo que llegaba a cansar a sus propios profesores. Aborrecía las lecciones que obligaban a tomar asiento, como yo las odié durante toda mi infancia. En cambio disfrutaba luchando, cabalgando, esculpiendo o pintando. Una sangre mezcla de soldado y artista soñador corría por sus venas.

Estilizado, brincaba empuñando el arma. Sus claros ojos y su pelo castaño le hacían adorable. Cada vez estaba más consentido a pesar de las advertencias de sus tutores.

Pero yo disfrutaba concediéndole lo que deseaba. Sobre todo, cuando recordaba las penurias pasadas en Granada.

Su padre me secundaba. Los dos vástagos que tuvo con otras mujeres no habían sido más que meros accidentes. Lulú era su verdadero y único hijo.

Terminó su lección y Nerón, su enorme perro, saltó sobre él.

—¡Magnífico, Lulú! Un bravo soldado derribado por su can.

Apartó al perro de un manotazo y se levantó indignado.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames Lulú!

Me quedé perpleja. Sabía que los hijos de los soldados se reían de él. Le había prometido que le llamaría Luis, pero se me hacía muy difícil cambiarle el nombre de pronto. Su falta de respeto me indignó.

Me acerqué y le di una bofetada.

Se cuadró. Cuando me di la vuelta, salió corriendo enfurecido en dirección a las cuadras.

Poco después oí como galopaba en dirección a los jardines. Buscaba soledad y hacía caso omiso a los gritos de advertencia. ¡Me recordaba tanto a mí!

Aquel cabalgar descontrolado por la furia hizo tropezar al caballo y mi hijo cayó irremediamente. Se partió la cadera y tuvieron que operarle. Me culpé de lo sucedido, pero lo más angustiioso era que no terminaba de despertar. Según los médicos a causa de las drogas que le proporcionaron para la intervención.

Alguna vez entornaba los párpados para pedir agua y recaer después de nuevo en un sueño profundo. El agotamiento y la preocupación destrozaron mis nervios y derivaron en melancolía.

Una mañana, mientras esperaba que despertara sentada a los pies de la cama, oí

un leve gruñido que me alertó. Me acerqué a su cabecera, para agarrarle fuertemente de la mano. Seguía dormido, tanto que el pavor que siempre tuve a la muerte surgió y una angustia indescriptible me sobrecogió.

—¡No me dejes, Lulú! Por Dios. Eres mi razón de ser. ¡No me abandones tú también!

Repentinamente sentí como una mano me acariciaba la nuca.

—Te prometo que nunca te dejaré, madre. ¿Has visto mi escultura?

Confusa, miré al rincón que mi hijo señalaba. Sobre una columna una tela tapaba lo que debía de ser un busto. Me levanté y la descubrí. ¡Era mi réplica! Aún inacabada y bastante tosca pero inconfundible.

—Pensaba regalártelo por tu cumpleaños. Pero ahora no podré terminarlo a tiempo.

Le miré agradecida y emocionada. De nuevo me sorprendió. Buscaba desafortadamente algo entre las sábanas.

—¿Qué haces, Luis?

—¿Tengo cicatrices? Con tanto vendaje no las puedo ver.

Lo tapé, le besé en la frente y me retiré.

Sin duda estaba mejorando.

La exposición de París estaba en ciernes y quería descansar. Pero no podía. Mi cabeza no paraba de pensar. Así que decidí llamar a la única mujer que seguía mis efímeras y cada vez menos asiduas locuras. La nuera del canciller austríaco y yo bailábamos, reíamos y nos divertíamos hasta rozar la excentricidad. Ajena a los deberes de la sociedad y protocolo, decidí evadirme por unos días junto a aquella mujer de tez macilenta y gruesos labios pero deslenguada y divertida.

Llegadas al mar salimos en el *Seagull* a bordear la costa. Con una copa en una mano y un puro en la otra, Paulina Metternich se recostó en una tumbona y me ofreció su coñac.

—Beba, señora, le vendrá bien para disiparse del todo. Este licopodio es mano de santo, se lo aseguro.

La mar se estaba encrespando y parte de nuestro séquito vomitaba por la borda suplicando el regreso.

—No, gracias. Prefiero tomarme una zarzaparrilla.

Contrariada, se incorporó levemente.

—¿Qué os preocupa?

Pensativa, observaba como las luces de la costa se encendían al caer la tarde. Respondí:

—¿Sabes que Carlota acudió a pedir auxilio? Maximiliano de Austria, su marido, partió hacia México pensando que todo el monte era orégano y sobre todo convencido de nuestra ayuda incondicional en el caso de que los partidarios de la

república se sublevaran.

La mar batió por babor y el bandazo me hizo tropezar y caer junto a Paulina.

—¿Lo veis? Hasta las olas se encrespan al oíros. Aburrís a un ahogado. Bebed y olvidaros de los negocios de Estado.

Me tendió de nuevo la copa y di un sorbo. No me gustaba el modo irrespetuoso en el que se dirigía a la gente. Pero ella era así y se lo disculpé.

—No lo entiendes. Todos creen que yo impulsé a Luis a prometer su ayuda al emperador de México. Como siempre que algo resulta nefasto yo soy la culpable. Carlota está desesperada. No comprende que la amenaza de Otto Bismarck es cada vez más palpable.

»¡Ese hombre ha cambiado tanto desde la última vez que le vi! Jura que no descansará hasta conseguir la unidad de Alemania.

Paulina estaba absorta en sus pensamientos. Miré a mi amiga, pegué un sorbo al coñac y procuré olvidarme de todo. Atracamos entrada la noche y con tormenta. Pero la bebida surtió su efecto. Nos reímos de todo, incluso de las caras verdes y descompuestas de nuestros acompañantes.

XVIII

Exposiciones y viajes, 1867

A los pocos días regresé a París agradecida a mi amiga. Me inyectó paciencia y vitalidad para soportar todos los compromisos que me esperaban en la Exposición.

En ella se podía encontrar todo tipo de cosas inimaginables: la réplica de un palacio de Túnez; una máquina que transformaba pieles de conejo en sombreros de fieltro; un vagón preparado para soportar una enorme carga y virar a gran velocidad sin volcar...

Avances insospechados en medicina. Miles de expositores y una Europa que ardía en deseos de ver el nuevo y comentado París que Haussmann había transformado en tan poco tiempo.

Mandamos invitaciones a todos los soberanos para la inauguración. Vinieron el zar de todas las Rusias, el sultán de Turquía, el jedive de Egipto y el hermano del micado de Japón. París nunca había reunido tantas culturas lejanas. El pueblo salía todos los días a la calle con la esperanza de ver a un personaje importante. Sólo el Papa y la reina Victoria rehusaron la invitación.

Desde su reciente viudedad, la reina de Inglaterra se encontraba tan aislada que veía con terror la posibilidad de que todos aquellos soberanos lejanos pretendiesen visitar su país después de Francia.

Mandó como representante al Príncipe de Gales. Con la orden de que regresara si se presentaba en Inglaterra algún alto dignatario oriental. Su propio hijo, consciente de nuestra vieja amistad, me transmitió la preocupación que sentía por ella.

Me escapé un par de días y la visité en Osborne.

Estaba desmejorada, tanto o más de lo que lo estuve yo cuando murió Paca. Desaliñada, mal peinada y peor vestida. No tenía aún los cincuenta y había engordado notablemente. Su alegría de vivir había desaparecido por completo. El protocolo parecía importarles mucho más que nunca. La admirable sencillez con la que solía actuar se perdió en el mismo saco donde escondió sus más preciadas virtudes. La tristeza la ataba con tal fuerza que me resultó prácticamente imposible deshacer el nudo. Cada vez que quería profundizar en sus sentimientos los eludía hablando de política. Incluso me aconsejó que tuviéramos buenas relaciones con Prusia.

Tras mi intento frustrado regresé rápido. París ardía en fiestas.

Aquella misma mañana desfilaba nuestro ejército. El zar y el rey de Prusia nos acompañaban. Muy de cerca dos ojos saltones escudriñaban a nuestros oficiales.

Lejos de disfrutar con el espectáculo, parecían estar calibrando el poder de aquellos valerosos hombres.

Aproveché un momento en el que Luis charlaba animadamente con el zar. Me acerqué al dueño de aquella mirada profunda y amenazadora.

—Una moneda por vuestros pensamientos.

Altivo y prepotente, Bismarck se volvió.

—Inescrutables, señora.

Me atravesó con la mirada.

—Soy consciente de que existen problemas, pero si el propio rey Guillermo es capaz de olvidarlos por un día, deberíais imitarle.

Impasible, me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué fue de los maravillosos días que pasó en París? El Bismarck que yo conocí se mostraba ameno y divertido.

»Sé que sois el invitado de honor en muchas casas parisinas. ¡Tanto os admiran, que el color castaño de vuestro uniforme se ha puesto de moda!

Por fin sonrió y se relajó, pero sin olvidar su posición.

—¿Y eso os divierte, en vez de preocuparos?

Me enfurecí.

—Los asuntos de...

Aquella inmensa figura se puso frente a mí justo en el mismo momento en que un disparo me interrumpió.

La multitud comenzó a gritar y yo me desesperé. Aparté a Bismarck indignada y asustada. No quería que París me viese escondida tras el representante de nuestros enemigos potenciales.

Frente a nuestro palco, un caballo malherido relinchaba. De entre la multitud surgieron dos guardias arrastrando a un hombre muy rubio. Pronto supimos la verdad. Un polaco exiliado había intentado matar al zar. Gracias a Dios, un escolta lo descubrió a tiempo y consiguió que aquel desesperado desviara el disparo.

No se hablaba de otra cosa en el baile que aquella misma noche dimos en Versalles. Sólo la música consiguió acallar los murmullos. Strauss había prometido distraernos con una melodía nueva y lo consiguió. Los pies más danzarines saltaron a la pista hechizados por las notas del *Danubio Azul*. Pero yo no pude disfrutar de aquella primicia porque a los primeros compases me entregaron un correo urgente.

En ese momento Luis estaba reunido y opté por abrirlo para ver si el contenido era digno de interrumpir al emperador.

Maximiliano de México había sido asesinado a manos de los republicanos.

¡Carlota, su mujer, enloquecería del todo! Y a mí me culparían de nuevo por el desatino. Nunca deberíamos haberle animado en semejante empresa.

El cargo de conciencia nos impulsó a ir a ver a su hermano Francisco José y a Isabel, para darles el pésame. Estábamos obligados a expresar nuestra condolencia más sincera.

El calor de agosto me angustiaba. El tren avanzaba rumbo a Salzburgo. El olor a hierba penetraba en el vagón mientras ojeaba los chismes de las últimas gacetas. Se debatía sobre cuál de las emperatrices era más hermosa, ¿Sisí o Eugenia?

Leí la columna de un periodista que alardeaba de estar enterado de todo. No tenía el placer de conocer a semejante patrañero, pero reconozco que me entretenían sus cotilleos. Siempre que no se refiriesen a mí, claro está.

Aquella vez desgraciadamente me tocó. Según el susodicho, la misma Sisí le había confesado que me consideraba una hortera en el vestir. Recogí mis lentes y miré a las montañas sin dar la más mínima importancia a ese comentario. Es más, me hizo gracia.

Esa misma noche descubrí a la mujer que tantos comparaban conmigo. La imagen que me había formado de ella se desvaneció. La competitividad que muchos se empeñaban en alimentar no surtió el efecto esperado.

¡Demasiados puntos en común! La pasión ecuestre. El gusto por la naturaleza. La simpatía por los gitanos. Hablamos de amor. Del desengaño que su hermana sufrió cuando Francisco José pidió su mano. Le narré el recuerdo que guardaba de la noche en que Paca se prometió formalmente a Jacobo.

En aquella empresa ella fue la triunfadora, pero comprendía perfectamente lo que sentí. Es más, me reconoció que el cargo de conciencia que aquello le produjo le resultó difícil de superar. De todos modos intuí que ella nunca llegó a querer a su hermana como yo a la mía; seguramente porque tenía una gran familia en la que refugiarse.

Tanto intimamos, que llegamos a hablar de la falta de apetencia sexual por nuestros maridos y terminamos riendo a carcajadas, dado que ella estaba embarazada. Halagó mis finas manos y yo tuve que reconocer su mejor disposición de piernas.

El regreso a París fue duro. Guardaba la secreta esperanza de que Victoria acudiese a vernos. Desgraciadamente no sucedió así; es más, tuvo la desfachatez de pasar de largo cuando se dirigía hacia Suiza.

La excusé, sin duda su carácter estaba agriado por la tristeza. Hasta sus propias hijas se quejaban de ello. ¿Quién era yo para juzgarla? Una verdadera amiga ha de saber perdonar. Hice oídos sordos a las advertencias de los consejeros y fui a la estación donde su tren haría una breve parada. Al informarle de que habíamos puesto su nombre a un bulevar de París, se mostró distante y fría. Aquello me entristeció. Pero terminé por derrumbarme cuando me culpó de la muerte de Maximiliano y de entrometerme en asuntos que no me incumbían.

Luis se mostraba cada vez más irascible. Intentaba disimular el dolor pero le resultaba prácticamente imposible.

¿Dónde estaba aquel hombre que vi por primera vez desde el balcón entrando en París? Nada quedaba de él. Reumático y envejecido prematuramente, comenzaba a pagar las facturas que la vida le pasaba por sus excesos. Sólo ansiaba estar cerca de una fuente de calor para aliviar el dolor.

Sus males se vieron agravados con piedras en la vejiga. Los problemas se desbordaban.

También fuera de nuestros muros, en las calles. La desocupación comenzó dando lugar a una hambruna. Las inoportunas ideas de Carlos Marx empezaron a divulgarse y cada uno las interpretaba según su interés. Ingenua de mí, acentué mis quehaceres en obras de caridad, pensando que así acallaría al pueblo.

Los republicanos se multiplicaban. Gritos de «¡Viva la revolución!» empezaron a sonar por las calles.

Aquel hombre que examinaba documentos postrado frente a la estufa no era capaz de afrontar los problemas nacionales. Bismarck seguía acechando.

Repentinamente bajó el papel que tenía entre las manos y me miró.

—¿Por qué me miras de ese modo, Eugenia?

Disipé mis pensamientos.

—No lo hago. Simplemente descanso la mirada.

Sonrió y me tendió el papel.

—Lee esto.

Colocándome las lentes, le preste atención. Lord Clarendon regresaba a su puesto de ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra.

—Esto es bueno, Luis. Él nos informará de las intenciones de Bismarck.

Cansado, se desplomó de nuevo mientras cerraba los ojos.

—Da igual, Eugenia. Tú sabes bien que ahora no podemos darle la espalda a Austria. Si Otto insiste en la unificación de Alemania, está claro que tendremos que enfrentarnos a él.

Me quedé pensativa. La idea que me rondaba la cabeza desde hacía días por fin se materializó en palabras. Sentada en el suelo junto a su diván le acaricié la sien.

—Estoy cansada, Luis. Tanto o incluso más que tú. En la calle me acusan de frívola, en política de entrometida, en religión de fanática.

»Nadie parece comprender que amo Francia casi más que a mi propia tierra.

Inspiré profundamente y por fin lo solté:

—No acudiré más a los consejos y quiero que todos sepan que lo hago voluntariamente. Muchos se alegrarán de mi decisión, pero serían más los que lo harían si me echaran.

Me besó en la mejilla.

—Tranquilízate. Creo que estás exagerando. Con esta decisión lo único que lograrás es dejarme sin tu apoyo. Muy pronto te necesitaré, y mucho. ¿Por qué no aprovechas la invitación del jedive de Egipto para asistir a la inauguración del canal de Suez y descansar? Te vendrá bien y, dado lo que nos espera, te necesito más vital y enérgica que nunca.

Asentí. La verdad es que llevaba días pensándolo. Ansiaba conocer ese país y la inauguración del canal era una oportunidad única.

XIX

Las mil y una noches

Los baúles repletos de vestidos ya estaban cargados. En el andén me despedí de mis dos hombres.

Nada más divisar los campos de París me relajé.

Mi sobrina mayor hojeaba una de las gacetas publicadas esa mañana. Instintivamente, había adoptado a las hijas de Paca como mías. Ella, sin saberlo, me había dejado lo que muchas veces ansié, niñas con las que disfrutar.

—Tía Eugenia, aquí dicen que no deberías ir a la inauguración del canal. Según este periodista, una mujer que se convierte en centro de atención en un país mahometano atenta contra sus costumbres y creencias.

Respiré hondo intentando no perder la tranquilidad y delicadamente cerré el diario entre sus manos.

—María Luisa, ¿quieres complacerme?

Me miró confundida.

—Olvida eso y admira el paisaje. No hagas caso de todo lo que leas. Allí donde vamos las mujeres no son tenidas en cuenta. Pero gracias a Dios, nacimos en otra religión y lugar y por lo tanto tenemos algún que otro derecho adquirido, a pesar de que muchos hombres se empeñen en tratarnos como a niñas ingenuas.

Vi como miraba a su hermana Asunción con aire de no haberse enterado de nada.

—Da igual, ya os daréis cuenta con la edad. Lo importante es que nuestro primo Lesseps por fin ha conseguido unir Port Said a Suez y nosotros vamos a admirar esa obra grandiosa.

El resto del viaje por territorio francés prosiguió sin sobresaltos. Al pasar por Magenta recé una noche por los caídos y hablé con Paca entre sueños. Le daba la enhorabuena por las maravillosas hijas que tuvo. No podía haber contado con mejores compañeros de viaje.

En Venecia todo fue mágico. Víctor Manuel se volcó en nosotras para que disfrutáramos al máximo de la ciudad de los canales. En Atenas visitamos los principales monumentos de la Antigüedad clásica. Pero lo que más recuerdo de nuestro largo caminar a través de aquellas ciudades cunas de grandes culturas es Constantinopla.

El sultán Abdul-Aziz se propuso agasajarnos mejor que el jedive de Egipto y he de reconocer que casi lo logró.

Divisábamos el monumental palacio de Topkapi cuando las salvas de bienvenida nos sobresaltaron. El doctor Evans explicó a mis boquiabiertas sobrinas la historia del monumento.

—Fue consumado por Solimán en el siglo dieciséis. Es conocido como la «prisión de las trescientas mujeres» porque el sultán tiene ese número de concubinas.

Las preguntas de las niñas le dejaban perplejo.

—¿Qué son los eunucos?

Buscó mi mirada azorado y al no encontrar respuesta optó por reírse a carcajadas sin responder. Aquel americano amenizaba a menudo nuestras tertulias.

Seguí leyendo la última carta de Luis.

Como siempre, cuando estaba lejos se mostraba más cariñoso que cuando estaba conmigo. Le costaba menos expresar sus sentimientos mediante la escritura.

Desembarcamos temerosas de no saber actuar correctamente frente a nuestros anfitriones. ¡Tenían tan poco en común con nuestra cultura! Todos nos sentimos agobiados por el esplendor de la decoración. Descomunales columnas de mármol, artesonados arabescos, incrustaciones de oro y un millón de colores. Demasiado abigarrado para mi gusto, pero grandioso y rico en ornamentación.

El primer percance surgió cuando el sultán intentó besarme la mano y yo la aparté por respeto a sus mujeres.

No fue nada, comparado con lo que ocurrió al día siguiente.

La sultana Valide me acompañó por los jardines y me presentó a su hijo, un muchacho que hablaba un francés excelente. Al hacerle una pregunta sobre la distribución del palacio no me contestó.

Estaba distraído mirando a mis sobrinas. Incómoda, le agarré del brazo para que me hiciese caso.

Su madre se lanzó sobre mí como una hiena. Los sonidos guturales que emitió consiguieron que yo soltase a su hijo. Pero no contenta con ello, aquella mujer ofendida al máximo se dejó llevar por los nervios y me asestó un golpe en el estómago.

No reaccioné. Ni siquiera me dolió. La verdad es que no comprendía nada. Mis sobrinas rompieron el silencio riéndose a carcajadas. Fue contagioso. La reacción de ellas quitó hierro al incidente y no le di mayor importancia. La sultana salió corriendo.

Surcando el Bósforo abrí un paquete que me había sido entregado de parte del sultán como disculpa. Era un tapiz horrendo, con la cara del emperador tejida en el centro. El cabello y el bigote estaban hechos con pelo humano. El asco que aquello me provocó hizo que lo guardase en un arcón de donde no lo sacaré nunca más.

Llegados a El Cairo visitamos en burro las pirámides. Mis sobrinas andaban un

poco indispuestas porque habían bebido agua sin hervir. Pero a mí la serenidad me embriagaba. El calor no era tan asfixiante como se nos dijo. Disfrutaba de las puestas de sol, de las salidas de la luna y de la naturaleza que crece en las orillas del Nilo contrastando con el muerto desierto que se pierde tras las riberas.

Sólo una cosa me molestaba. Aunque echaba de menos a mi marido y a mi hijo, la idea del regreso a París me ponía de pésimo humor.

A las ocho de la mañana del día dieciséis de noviembre se bendijo el canal en nombre del Papa y de Alá y zarpamos para atravesarlo a bordo del yate *L'Aigle*, que encabezaba la flota.

Pisándonos los talones navegaba el barco de Francisco José; Sisí se había quedado en Viena con sus hijos. Le seguían el príncipe de Prusia y el de los Países Bajos.

Me sentí Cleopatra.

Tan embelesada estaba, que ni siquiera eché de menos a mi Marco Antonio.

Mi vestido gris pálido repleto de encajes volaba con la suave brisa.

Lesseps no cabía en sí de gozo. Me explicaba cada paso de la construcción con orgullo. Cientos de jinetes montados en dromedarios nos siguieron por la orilla durante los dos días que duró la travesía a Suez.

Devorándolo todo con la mirada, no quería que aquel momento maravilloso terminara. Sabía que existían problemas en Francia y presentía que aquella sería la última vez que me sentiría orgullosa de ser emperatriz.

Me habría gustado continuar más allá de las montañas. Conocer la India y seguir soñando en una nube, único modo de borrar los temores. Pero el regreso a París era inminente y eso me entristeció. Ni siquiera mis entusiastas sobrinas consiguieron animarme. Nuestros curativos balnearios no eran nada al lado de la medicina que Oriente proporcionaba a mi espíritu.

Recordé a mis antiguas amigas indias.

Probablemente ellas ignoraban que yo era emperatriz.

Con la esperanza de que mi mensaje llegase a sus oídos, le prometí al viento que soplaba en dirección a su país que antes de morir las visitaría.

Demasiado bonito para ser duradero

La situación política estaba muy revuelta. Los periódicos demagógicos excitaban al pueblo y los republicanos parecían más activos que nunca. Quizá pronto llegaría una tormenta purificadora. Hasta entonces había que cargarse de paciencia y prepararse para resistir el golpe.

Emile Olliver, republicano hasta la médula, había conseguido atraer la atención de Luis con promesas. Me costaba tanto aguantar a ese hombre que alguna vez me hizo perder la educación.

Juró al emperador que engrandecería y tendría preparado el ejército, por si Bismarck atacaba. A Luis no le quedaba otro remedio que creerle. Muchos de los soldados ya no le eran fieles.

No me inquietaba tanto el temor a la guerra como el desprestigio de Luis ante el pueblo.

La chispa del pavor saltó en cuanto llegaron noticias de España. La reina Isabel había sido derrocada y se planteaba la posibilidad de que en su lugar reinara el príncipe Leopoldo de Hohenzollern. Un miembro católico de la familia real de Prusia, nuestro mayor adversario.

No había que ser un gran estratega militar para darse cuenta de que estábamos rodeados.

Luis envió a nuestro embajador a pedir garantías de paz a Prusia. Si era así, en cuanto nuestro hijo cumpliera la mayoría de edad, el emperador abdicaría en su nombre.

La tranquilidad pareció reinar cuando llegó la noticia de que Leopoldo había retirado la candidatura. Pero la sombra descomunal de Bismarck seguía sobre el territorio francés. Hasta que consiguió, mediante una astuta tergiversación de los hechos de Ems, de la que todos los periódicos se hicieron eco, que nos sintiésemos ofendidos. ¡Con el honor de Francia no se juega!

Los gritos de «¡A Berlín!», acompasados por la *Marsellesa*, se secundaron en cada rincón francés y la guerra comenzó.

En la estación mi hijo me abrazaba fuertemente. Una lágrima corrió por mi mejilla. Esta vez no era yo la que me alejaba para un viaje de placer. Nuestra separación era diferente. El aliento mayor de mi vida partía hacia la guerra y existía

el riesgo de perderlo.

—No te preocupes, madre. Venceremos, como siempre.

A sus catorce años estaba radiante. La inconsciencia propia de la adolescencia no le dejaba ver los riesgos. Me abrazó y subió al tren.

Busqué a su padre y lo encontré a pocos pasos. En los brazos de su prima, la princesa Matilde, que estaba montando una escena lamentable. Aquella anciana histérica seguía enamorada de mi marido. Luis la apartó y me besó en la mejilla.

—Confío en ti.

Aquellas palabras podrían ser las últimas que escuchara de sus labios. Matilde, celosa, me acusó de haber arruinado al mejor y más generoso de los hombres. Supongo que no se perdonaba el haberme puesto en contacto con él.

Cuando regresé a mi habitación me derrumbé. El emperador me había nombrado regente y la responsabilidad me agobiaba. Podría haber intentado convencer a mi marido para que no partiese, pero eso le hubiera desprestigiado por completo.

No ansiaba la guerra, pero peor hubiera sido conseguir la paz al precio del deshonor. Por otra parte, estaba convencida de que nuestro ejército se hallaba en plenas facultades. Sin embargo, en las reuniones tenía la sensación de ser tratada por los ministros como un simple objeto de decoración. Cuando pedía información no me daban respuestas sinceras o las tergiversaban; en otras ocasiones actuaban sin consultarme.

No tardé mucho en saber la verdad. Luis se encontró con ciento cincuenta mil soldados menos de los esperados, la mayor parte de ellos mal instruidos.

El seis de agosto se declaró el estado de sitio en París. Dos de nuestros más importantes generales habían sido vencidos.

A partir de ese momento me vestí de negro y me dispuse a luchar por Francia. Destituí al ministro de Defensa y en su lugar puse a un reconocido estratega militar. No podía cerrar los ojos, cada vez que lo hacía soñaba con mi hijo ensangrentado y malherido en el campo de batalla.

Le escribía a menudo procurando transmitirle valor, serenidad, patriotismo y, sobre todo, le informaba sobre su padre. La dinastía ya estaba perdida pero teníamos que salvar el honor como fuese.

Nuestras tropas ya no luchaban. Habían visto perecer a tantos compañeros durante los últimos días que lo único que querían era disfrutar del saqueo, olvidando los valores más importantes. El ejército prusiano, perfectamente organizado, aprovechó la ocasión.

Temiendo por la vida de nuestro hijo, Luis lo puso en la retaguardia. Sus ayudantes quisieron traerlo a mis faldas. Después de meditarlo pausadamente, lo prohibí. Prefería a mi hijo muerto o malherido que fugitivo.

Me desesperé. ¿Es que Luis no se daba cuenta de que una derrota en la guerra

significaba el fin? A su regreso habría una revolución. Debíamos ganar al precio que fuese. Ofuscada, mandé al general más arriesgado que conocía.

Sin embargo, Luis no quería seguir aquella lucha sin sentido. El 1 de septiembre de 1870 el rey de Prusia recibió la bandera blanca y el fatídico mensaje.

«Al no haber podido morir en medio de mis tropas, sólo me queda rendir mi espada en manos de su majestad.»

Napoleón III

Ajena a todo ello había intentado calmar mi nerviosismo visitando a los enfermos del hospital de las Tullerías. Acababa de regresar agotada a mis apartamentos cuando Plom-Plom entró con un telegrama en las manos. Me lo entregó y se quedó mirándome para ver mi reacción.

«Hubiera preferido la muerte al dolor de presenciar tan desastrosa capitulación. No obstante, en estas circunstancias era la única forma de evitar la matanza de 80.000 personas. El rey ha puesto a mi disposición un castillo cerca de Kassel. ¡Pero qué importa ya!, estoy desesperado. Adiós. Te beso con ternura.»

Luis

Mis ojos enrojecieron repentinamente llenos de furia. Grité. Mi marido no se había rendido. Aquel pedazo de papel era una argucia para desalentarnos a todos.

¡Un Napoleón jamás se rinde! ¡Ha muerto! Ésa es la verdad e intentan ocultármelo, como tantas otras cosas.

Al instante siguiente las piernas me fallaron y perdí el sentido. Sólo oía las campanadas lejanas tocando a difuntos.

¿Por qué no murió? ¿Qué nombre dejará a su hijo? Ha deshonrado a sus antepasados. Jamás uno de su sangre se rindió y vivió para cargar con esa vergüenza sobre sus espaldas.

Veía a mi padre retorcerse en su sepulcro. A los Bonaparte señalándole con dedo inquisidor y a mi hijo corriendo detrás de una corona.

Ansiaba enloquecer para no ver la realidad. Los prusianos podían entrar en París en cualquier momento. La sed de dominio de Prusia, que no soportaba ver a Francia en un papel predominante en la escena europea, había sido alimentada por el astuto y avasallador Bismarck. Y Francia, rica pero mal preparada para la guerra, había sido vencida.

Me desperté molida, pero todos aquellos extraños sueños me hicieron reaccionar.

Me despedí de mis enfermos en el hospital y recé en la catedral. Rogué a Dios que me diera fuerzas para afrontar las penurias. Al regresar, quemé algunos despachos que podían crear malentendidos al escribir la historia.

Los gritos de «¡Viva la república!» y «¡Abajo la española!» llegaban desde la calle.

Todo París pedía a gritos mi abdicación. Sería el camino más fácil. Ya estaba todo perdido. Era consciente de que tenía que desaparecer o la revolución estallaría. Luché por ser una emperatriz amada por el pueblo. Pero la vida es así. Precisamente él pedía a gritos mi destitución.

«¡A por la emperatriz!» «¡A la guillotina!»

Miles de personas de todo tipo y condición derribaron las verjas del jardín. Pisotearon los rosales y tiraron las puertas de entrada. Las doradas águilas imperiales eran arrancadas y destrozadas.

Sentí miedo pero no lo demostré. Siempre fui afrancesada, pero ahora los gritos enardecidos me recordaban mi origen con añoranza.

Me vestí en tonos oscuros y me tapé el rostro con un velo para no ser reconocida. Un último vistazo al tocador, la biblioteca y mi habitación.

Bajé la escalera lo más dignamente que pude y me dirigí a la salida. Al abrir la puerta, el pavor me asaltó. Unos incontrolados estaban destrozando mi carruaje.

La puerta se cerró inmediatamente. Me vi forzada a salir por una puerta lateral que daba al Louvre. Estaba cerrada pero nuestro tesorero apareció como un ángel salvador con la llave.

Comencé a correr. Pasamos por la sala de Apolo, recordé mi viaje al canal de Suez. No sabía adonde dirigirme. No podía ser a casa de ningún francés, eso le comprometería. ¡El doctor Evans! Aquel hombre que nos acompañó en el viaje a Egipto era americano y sin duda me cobijaría.

Al intentar salir, oímos los pasos apresurados de un grupo desenfrenado. Nos escondimos y despedí a parte de mi séquito. Eramos demasiados para no ser vistos. Le entregué a la princesa Paulina Metternich, mi mejor amiga, un cofre con mis joyas. Confiaba en ella. Sabía que si me pasaba algo y alguno de los míos me sobrevivía, podría vivir dignamente vendiéndolas.

En silencio esperamos a que aquellos desalmados desaparecieran.

Metternich trajo un landó, suficientemente humilde como para pasar desapercibidos. Subí.

Una hora interminable pasó mientras esperábamos la llegada del doctor Evans. Cuando me vio no necesité suplicarle. Estaba sometiendo su amistad a una dura prueba y no me falló.

Me trató con cariño. Después de mucho pensar decidimos que lo mejor era huir hacia Inglaterra.

No tenía dinero por lo que me lo tendrían que prestar. Me sentía tan mal que ni siquiera notaba hambre o sueño.

París dormía las borracheras y descansaba de los destrozos.

Fue el amanecer más dramático que jamás he vivido.

Ya nada me ataba a Francia.

La vida es un insospechado vaivén de sorpresas. Había nacido noble pero humilde en Granada. Nuestra posición se afianzó gracias a la muerte de mi tío. De repente me alcé emperatriz y ahora todo se desmoronaba a una velocidad vertiginosa.

Fugitiva de la justicia, huía como una desertora. Mi conciencia estaba tranquila, siempre actué como ella me dictaba y como mejor supe.

El temor a ser reconocida disminuía a medida que nos alejábamos de París. Me sentí mísera, sin un cepillo para peinarme ni una muda para cambiarme.

En la costa tomamos un vapor hacia Inglaterra. Los salvoconductos para cruzar las fronteras con nombres falsos fueron nuestra salvación.

¿Cómo me recibiría Victoria? Mi hijo Luis se me había adelantado. Sólo pensaba en abrazarlo.

Se desató una tormenta. Ni siquiera el cielo parecía querer compadecerse de mí. ¡Al fin divisamos la costa!

Desde el puente de mando, miraba el amanecer. Cuando posé el pie derecho en suelo británico la mitad de mi frustración desapareció. Se esfumaría por completo en cuanto localizara a mi hijo.

Nos hospedamos en un hotel tétrico, humilde y diminuto, vivo reflejo de mi estado de ánimo. Mi fiel doctor Evans acudió raudo con la noticia: ¡Luis estaba en Hastings!

XXI

Mi asilo

Al llegar a Hastings, una multitud de periodistas y curiosos me impedía el acceso al hotel y tuve que despistarlos. Le prometí a mi hijo que pronto hallaríamos un hogar más apropiado.

Evans se encargó de buscarlo. Recibimos muchas ofertas de los personajes más dispares. Incluso del Príncipe de Gales. Yo me negaba a inspirar la más mínima compasión. Si algo conservábamos era la dignidad y no recurriríamos a nadie si no era necesario.

Camden Place resultaba ideal para rehacer nuestras vidas. Aquella casa rústica y discreta no se asemejaba en nada a un palacio, pero allí seríamos felices. Si lo había sido junto a mi padre en Granada también lo sería allí. Modesta y confortable, reunía todo lo que ansiaba. Paz para vivir lo que me restaba de vida alejada de los tumultos.

Estaba rodeada de árboles centenarios y grandes praderas para cabalgar y huir de la pesadumbre. Sólo nos acuciaba un pequeño problema: la falta de liquidez para pagar la renta. Gracias a Dios, mi más querida amiga apareció oportunamente junto al resto de mi equipaje.

Paulina portaba mis joyas y vestidos. Después de tantas penurias, agradecí hasta los utensilios más indispensables.

Cada día que transcurría en nuestro nuevo hogar recibíamos una alegría. Alguna persona de nuestro antiguo servicio llegaba agotada por el viaje arrastrando su maleta por el camino. Los acogí a todos con entusiasmo. Ellos, sin saberlo, contribuían a demostrarme que aún quedaban partidarios incondicionales en Francia.

Tutores, nurses, camareras y doncellas. Antiguas caras conocidas, leales y dispuestas a sufrir y trabajar para reconstruir lo más fielmente posible nuestra antigua y desaparecida vida.

Sólo una figura lúgubre y demoniaca intentó frenar mi recuperación. Plom-Plom vino a visitarme para echarme en cara mi fracaso. Le expulsé de mi casa sin remilgos. Ya no tenía por qué soportarle. Le mandé a Londres con su escandalosa amante. Mi única preocupación era recuperar a mi marido.

Me llegaban cartas de Luis que me demostraban cuánto me necesitaba y amaba. Decidí perdonarlo.

Lo único que nos quedaba era la familia y había que unirla al precio que fuese. A finales de octubre embarqué con un solo objetivo: abrazar a mi marido sin rabia ni

resquemores. Antes le había escrito:

«Cogidos de la mano esperaremos los decretos de Dios. De la grandeza pasada no queda nada. Pero estamos unidos, cien veces más unidos. Porque nuestros sufrimientos y esperanzas se confunden sobre la querida cabeza de nuestro hijo. Cuanto más oscuro se torna el futuro, más sentimos la necesidad de apoyarnos el uno en el otro. Cuídate mucho, mi buen y querido amigo.»

Me recibió frío y distante. Pero al quedarnos solos me abrazó como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Entonces me di cuenta de lo desamparado que estaba y de cómo le echaba de menos. Tenía permiso del rey Guillermo, su carcelero, para permanecer junto a él dos días.

La despedida fue dolorosa. Me necesitaba más que nunca. Reafirmé mis sentimientos hacia él. Lejanos quedaron los celos, odios y rencores. Mi amor por Luis había madurado y distaba mucho de la mera pasión. La pérdida de todo me hizo valorar realmente lo que me concedió.

En las últimas semanas había reanudado mi amistad con Victoria. Ella por fin había decidido venir a verme a Camden Place y más tarde correspondimos visitando Windsor.

La muerte del príncipe Alberto afectó a la reina mucho más de lo esperado. El sufrimiento que reflejaba su rostro se asemejaba a mi sentir. ¿Se podría equiparar la pérdida de un ser querido a la de un imperio? Posiblemente, pero el dolor se podría diferenciar en un solo aspecto. En el primer caso no hay marcha atrás, mientras que en el segundo la esperanza se alienta con la posibilidad de una restauración de la corona. ¿Por qué no?, la historia lo había demostrado en muchas ocasiones. El ejemplo más claro fue el de mi marido. La ilusión es un alimento básico para la supervivencia.

Aquella misma tarde visitamos la tumba del príncipe Alberto y en su semblante reconocí la verdadera soledad de Victoria. Nunca me sentí aislada. Muy al contrario, en muchas ocasiones ansié un poco de intimidad. Su lastimoso aspecto me confirmó mi idea. Las cosas no podían ir peor, pero si así sucediese me rodearía de los míos para olvidarlas. No me podía quejar. Lo había perdido todo menos a mi familia y desde ese preciso momento me centraría únicamente en ella.

Tomábamos el té animadamente. La tertulia se acaloraba por momentos. Unos defendían a los alemanes. Otros nuestra posición. Nuestro enemigo bombardeaba París. Guillermo de Prusia había sido declarado emperador de Alemania en Versalles. El armisticio estaba a punto de firmarse.

Un telegrama llegó urgente desde casa. Su portador pidió permiso para

entregármelo. Lo obtuvo de la reina.

Esperaba lo peor, lamenté recibirlo entre tanta gente. No quería abrirlo. Las últimas noticias se empeñaban en frustrar mis ilusiones.

Temblorosa, lo guardé en un pequeño bolso de terciopelo, intentando disimular y controlar mis impulsos. No sería de buena educación averiguar su contenido en público sin hacer partícipes a los demás. Si el contenido de ese papel relataba mi pesadilla, no quería que nadie pudiese verme al leerlo. Victoria no tardó ni un minuto en intuir mi nerviosismo.

—Querida Eugenia, ¿por qué no traes a tu hijo para que nuestros amigos puedan conocerle?

Nada más cerrar la puerta me dirigí a un rincón y con la mano sudorosa rasgué la parte superior del sobre. Cerré los ojos y pedí a Dios con toda mi devoción que aquello no incrementase mi pesar.

Lo leí una vez. Lo leí de nuevo. ¡Era maravilloso!

Corrí en dirección a la puerta del salón y abrí de golpe. Todos enmudecieron ante mi falta de respeto. Una vez más Victoria rompió el hielo.

—Vamos, Eugenia, parece que te has quedado sin habla.

Me dirigí hacia ella entusiasmada.

—Señora. Se ha firmado el armisticio. ¡Luis queda libre para pedirnos asilo!

Me sonrió.

—Sabes que le esperamos con los brazos abiertos.

El puerto ardía en fiestas. El barco atracó por fin y Luis fue recibido entre vítores, flores y música. Casi lloró al ver aquellas muestras de afecto.

La primera visita a nuestra anfitriona fue un deber. Nos recibió junto a la princesa Beatriz.

Victoria no pudo disimular su sorpresa. Desde el año cincuenta y cinco no había visto a Luis. Su aspecto le conmovió. Había engordado y envejecido. Sus frondosos y rizados bigotes eran ahora canosos, lacios y despoblados. Yo en cambio le encontré recuperado y con aspecto más saludable que la última vez que le vi.

En la sala de audiencias, Luis nos informó de los últimos acontecimientos. La Comuna fue elegida en París. La capital francesa se había convertido en una ciudad absurda. Mientras luchaban franceses contra franceses, las tropas alemanas vigilaban desde las colinas.

Luis ansiaba regresar al poder, pero mediante un plebiscito. Mientras todo siguiese en desorden, el silencio era la mejor alternativa.

Hizo bien, porque a finales de mayo nuestra ciudad se convirtió en un matadero. Los partidarios de la Comuna y el ejército se enfrentaron encarnizadamente. El resultado aterraba a cualquiera. Treinta mil muertos yacían por las calles. El recuerdo histórico de la noche de San Bartolomé hacía siglos parecía resurgir de entre las

cenizas.

Luis vivía tranquilo. Manteníamos nuestra posición dignamente gracias al patrimonio de los dos. Prescindí de grandes joyas, me vestí sencillamente y mis tocados se redujeron a una simple redecilla que me recogía el pelo atrás.

Nos vimos obligados a deshacernos de parte de nuestras posesiones en Italia y Suiza. Las francesas resultaban más complicadas. También vendí la mayor parte de mis joyas a los Rothschild. Pero necesitábamos más dinero. Sobre todo para ofrecer a nuestro hijo una buena educación.

El King's College era excelente pero costoso. Para pagarlo, tendría que ir a España y liquidar algunas tierras. De paso vería a mi madre.

La paz y monotonía en la que me encontraba inmersa me carcomía las entrañas. Ansié ver a la familia unida y lo conseguí. En esos momentos mi inquietud permanente me empujó a moverme de nuevo. Un viaje a España me vendría bien. Mamá estaba sola y enferma, era injusto que no fuese a visitarla una vez calmadas las aguas.

Tuve que prolongar mi ausencia porque doña María Manuela estaba totalmente deteriorada. Ciega y malhumorada, se encerraba en nuestra villa de Carabanchel acompañada por viejos y fieles sirvientes que soportaban sus manías sin rechistar. Sus compañeros inseparables eran Miss Flower, mi antigua institutriz, y un perro casi tiñoso que no hacía otra cosa que engullir sobras. Me juré a mí misma que si llegaba a la vejez con salud me rodearía de gente joven.

Cuando regresé, me sorprendí. ¡Mi hijo había cambiado tanto! Se estaba haciendo un hombre hecho y derecho. Pasaba más horas con su padre que conmigo. Todas aquellas que no pudieron compartir en su infancia las recuperaban ahora con énfasis. Los veranos en Biarritz se transformaron en excursiones a Escocia. Echaba de menos Villa Eugenia y su clima. Aquellos amaneceres luminosos del sur de Francia se trocaron en otros de niebla y humedad. Aun así, procurábamos divertirnos y olvidar. La añoranza no es buena si duele y había que evitarla por todos los medios.

Mi pequeño Lulú pronto me superó en estatura. Aquel hombre que yo me negaba a reconocer como tal ya corría por Londres. Jugaba al billar e incluso fumaba. De sus supuestos escarceos mejor no hablar, prefería ignorarlos al igual que hice una vez con su padre.

Luis empeoró y los años comenzaron a cebarse conmigo. Exceptuando mis problemas de maternidad, siempre fui un roble hasta que la falta de circulación me provocó frecuentes jaquecas y dolores de piernas. Por no hablar de los constantes catarros.

Ambos, resignados con nuestros achaques, disfrutábamos de aquella vida tranquila hasta que nos despertamos del letargo.

El médico salió animoso de la sala donde acababan de operar a mi marido. Le pedí sinceridad y me la dio. La piedra de la vejiga era descomunal y tendría que someterse a varias intervenciones más.

Aquel Año Nuevo brindamos con champán a los pies de la cama de Luis. El día de Reyes intentaron extraerle de nuevo aquel pedrusco. Luis estaba débil y sedado. Las drogas que le administraron para no sufrir le mantenían atontado.

Pasaba junto a él todo el tiempo que podía. Sentía cómo se separaba de mí según pasaban las horas. Sin embargo, los médicos lo achacaban al opio. Un día decidí ir a buscar a nuestro hijo que ya estudiaba en la academia militar.

No tenía derecho a privarle de una despedida dolorosa. Lo hicieron conmigo, cuando Paca murió, pero yo no repetiría el error.

Salía por la puerta, cuando oí un grito. Me giré de golpe y corrí escalera arriba. Me detuvieron. El párroco de St. Mary estaba dentro dándole la extremaunción. Ordené que avisaran inmediatamente a mi hijo. Cuando la puerta se abrió, mis ojos se quedaron clavados por un segundo en la sotana.

El sacerdote intentó decirme algo, pero le empujé y corrí a arrodillarme junto al emperador. Aquellos ojos azules me parecieron blancos. Le agarré fuertemente de la mano. Él, con lágrimas en los ojos, me pidió que defendiera los derechos de nuestro hijo.

XXII

Valentía mal encauzada, 1879

Luis cumplió la mayoría de edad. Aquellos que en el entierro y funeral de su padre nos demostraron su más sentido pésame estaban celebrándolo con nosotros. La reina Victoria me acompañó en todo momento desde que enviudé. Nos reíamos de los comentarios que se hacían sobre el posible matrimonio entre mi hijo y la princesa Beatriz.

No silenciábamos los rumores, eran buenos amigos. Muchos años después tendría la absoluta certeza de lo que hasta entonces eran conjeturas. Cuando la princesa se encontraba con Luis, su mirada cambiaba instantáneamente, la felicidad se reflejaba en su rostro.

Aquella noche cenamos temprano, como siempre. Los caballeros hacían solitarios, fumaban o jugaban al billar. Las señoras hacíamos punto en silencio. Nadie parecía dispuesto a iniciar la tertulia.

Levanté los ojos de la labor y observé a Luis. Estaba intranquilo. Le conocía demasiado como para no intuir que algo le inquietaba. Se sentó al piano, tocó dos notas y se levantó.

Encendió un puro, y después de dos caladas lo apagó. Alegre y pensativo, deambulaba de un lado a otro. Confiaba en mí y no me había dicho nada. La curiosidad me pudo.

—Vas a desgastar la alfombra. ¿Qué te ocurre?

Se detuvo. Me miró sonriendo y me contestó:

—Madre, si te lo dijera no dormirías en toda la noche.

Me quedé pensativa. ¿Qué sería? ¿Amor? Todas las veces que había intentado dialogar con él sobre Beatriz se mostró reacio a hablar.

El corazón se me paralizó. Los zulúes habían matado a muchos ingleses y eso era algo que el ejército no iba a tolerar. Pronto partiría una nueva remesa de soldados hacia el frente. Por fin se explicó.

—Madre, el emperador Francisco José me rechazó en los Balcanes. Ahora parten mis compañeros de academia al frente. ¡Qué mejor manera para demostrar mi valor! ¡Te lo suplico!

Las miradas de nuestros acompañantes se posaron en nosotros. Tenía que frenar esa locura como fuese. Le susurré al oído:

—Piensa en Beatriz. Ella te adora y te necesita. No es el momento de partir. Si la

vida me ha enseñado algo es a estar en el lugar apropiado cuando es preciso. Las oportunidades pasan y hay que cazarlas al vuelo.

Enfadado, se apartó de mí. No se lo podía reprochar. En lo que más se me parecía era en la tozudez. Sin mantener el secreto de la conversación me replicó:

—Es tarde, madre. He presentado mi instancia al duque de Cambridge. No permitiré que el matrimonio me corte las alas.

En ese preciso momento entró un sirviente y le tendió un sobre. Nervioso, lo sostuvo entre las manos y luego lo abrió. Pedí a Dios que me ayudara. Por mucho que me doliese, mi hijo había crecido y decidía por sí solo.

Leyó el contenido e inmediatamente se abatió. El ímpetu de su rostro se transformó en tristeza y las lágrimas estuvieron a punto de brotar. Se retiró sin hacernos partícipes de la noticia. Pero no hacía falta. Estaba claro que habían desestimado su solicitud.

Aquella noche entré en su cuarto y mantuvimos una larga conversación.

Al principio me alegré de que no le admitieran por miedo a las reacciones diplomáticas. Él se encargó de convencerme para que utilizara mis influencias a favor de su arriesgada empresa.

No me pude negar. ¡Cómo iba a hacerlo! Le di todo lo que quiso desde que nació y ya era tarde para dejar de hacerlo. Le hice prometer que no se arriesgaría inútilmente. Después de aquello, recé con más fervor que nunca.

El arrepentimiento por haberle ayudado, unido al arraigo de la angustia que padecía, me acompañarían día y noche. ¿Por qué no fue niña? Una hija jamás hubiese traído este tipo de problemas. A sus veintitrés años partía feliz de mi lado. ¡Ingenua de mí! Solamente su alegría y valor me enorgullecían y consolaban.

Le escribía a diario y con sus cartas preparaba un paquete semanal que acompañaba con algún que otro detalle. Le envié el sello que su padre utilizaba como talismán. Él contestaba raudo relatándome cada uno de sus pasos. Aun así, la lentitud del correo me desesperaba.

Suspendí mi ya tradicional viaje al lago Constanza. No podía separarme del lugar donde me dejó. Porque allí debía encontrarme cuando regresase.

Me dediqué a arreglar la casa para su regreso. Prescindí de una habitación para habilitar su propio despacho. Sabía que aquello le satisfaría. Desde hacía mucho tiempo ansiaba un lugar exclusivo para trabajar y recogerse.

Aquella tarde seleccionaba en el jardín las flores estivales que podríamos plantar aquel año, cuando llegó la prensa. Dejé a los jardineros trabajando y me recosté en una tumbona a leer. Primero *Le Fígaro* y luego el *Daily News*. Así las primeras noticias, normalmente agrias, se endulzarían con las últimas y me permitirían sacar una conclusión objetiva.

Al pasar la primera página me pareció sentir una ráfaga helada. «Muerte del

Príncipe Imperial». Aquel papel demoniaco se me cayó de las manos.

¿Podía ser cierto? No era la primera vez que se publicaban infamias. ¡Esto pasaba de castaño oscuro! Ya no creía en las buenas noticias y las malas se apoderaban de mí, impidiéndome razonar. No era cierto, lo sabía. ¡En qué cabeza cabía que no me hubiese enterado antes!

Dos figuras sombrías estaban de pie frente a mí. Lord Sydney y el duque de Bassano habían sido enviados por la reina. Cuando me recuperé de la conmoción levanté la vista.

—Señores, ya lo sé. Mi hijo está enfermo o herido.

Sus rostros palidieron, mirando horrorizados los periódicos esparcidos sobre el césped. Su silencio fue sepulcral. Me desmayé.

Para mi desgracia, recobré pronto el sentido. No tenía hambre, ni sed, ni sueño. Era como si voluntariamente me enterrase junto a Luis, mi hijo. No culpaba a nadie de lo sucedido, sólo rezaba pidiéndole a Dios que me llevase con él. No me quería levantar, lavar, vestir o peinar. Ansiaba morirme.

El dolor no mata y me permitía seguir viva. Me agarré fuertemente a la soledad. Cualquier recuerdo del pasado era un suplicio. No quería recibir a nadie y todos se empeñaban en no entenderme. Ni siquiera quería ver a mi madre, la única pariente de mi sangre exceptuando a mis sobrinos que quedaba sobre la faz de la tierra.

Me limité a escribirle expresándole mi dolor. Ella intentó consolarme. ¿Cómo? Mi dolor era arisco, inquieto e irascible. Me hablaba de resignación y yo no quería escuchar esa palabra. Me cerré en banda a cualquier consuelo o alivio. Nada me devolvería a Luis. En voz alta, me repetía sin cesar: «¡Para qué naciste, Eugenia! Nada dejarás en el mundo que te recuerde».

Victoria me cobijó y la compañía de Beatriz me alentaba a seguir adelante. «El tiempo lo borra todo». ¡Cuántas veces oí aquella frase sin sentido! Comencé a recuperarme y decidí luchar una vez más. Busqué desesperadamente una luz.

Mi vida como emperatriz había terminado definitivamente. Desde aquel preciso momento me convertí en una simple viuda y madre entregada al dolor. ¡Cuántas veces quise disfrutar de la vida sin responsabilidades y no pude! Viajaría a aquellos lugares que quedaban pendientes, olvidando las intrigas políticas que Plom-Plom parecía querer reavivar.

Una sola cosa me ataba a las vivencias anteriores. Tenía que despedirme de mi hijo y dejar que su alma se reuniese junto a la del emperador. Ellos me esperarían, lo sabía.

Decidí partir hacia el lugar exacto en el que se le sesgó injustamente la vida en África del sur. Preparada con las maletas, recibí un telegrama. Mi madre estaba muy enferma y se temía por su vida. De camino a otro continente me despediría de ella.

Intenté por todos los medios acortar el trayecto y entré por primera vez en París después de la hecatombe. Mi fugaz estancia me recordó viejos tiempos, haciéndome temblar al divisar la ventana de la habitación en la que había nacido Luis.

Mi madre falleció, sin esperarme. No me extrañó la noticia. Ninguno de los míos, exceptuando a mi marido, lo hizo en mi presencia. El pánico que siempre tuve a los muertos era bien sabido a esas alturas de mi vida. Poco tiempo después, mi cuñado Jacobo se comportaría del mismo modo.

XXIII

Cyrnos: el encuentro del sosiego

Pasó el tiempo. Uno a uno fueron cayendo todos los monarcas que asistieron a la gran Exposición de París. Me convertí en la veterana de la realeza.

Surqué los mares. Mi barco atracaba en los puertos más renombrados. Recorrí las costas desde Escandinavia a Egipto. Procuré rodearme de alegría. De personas jóvenes y vivarachas que me entretuviesen. Los de mi generación sólo aportaban recuerdos que no deseaba recuperar.

Fue tanto mi repudio hacia las reminiscencias, que en cuanto regresé a Inglaterra decidí dejar Camden Place. Cada rincón de la casa me entristecía y así no se podía seguir adelante.

Adquirí cien hectáreas en Hampshire, donde inicié la construcción de una iglesia para enterrar a mis muertos. Después de muchas contrariedades con los protestantes, el mausoleo católico de San Miguel sirvió de eterno descanso a los míos.

Farnborough Hill era una casa del más puro estilo victoriano. Estaba provista de un lago artificial, valles, bosques, viñedos, galerías, miradores, en fin, todo lo que aportaba compañía permanente. Sus paredes muy pronto se llenaron de retratos, como de visitantes los salones.

A la princesa Beatriz le gustó el estudio que dispuse en memoria de Luis. Todas las noches encendía una lámpara para iluminar su retrato y demostrarme a mí misma que no le olvidaba. La princesa me acompañaba muchas veces en el ritual.

Beatriz se había casado con Enrique de Battenberg y era feliz, algo que me alegraba porque se lo merecía. Cuando me informó de su embarazo, no sospeché que me elegiría como madrina de su futura hija, que sería llamada Victoria Eugenia, en honor de su abuela y mío.

Ésta no fue mi única alegría. Las noticias se sucedían. Hubo una en especial que sació uno de mis más fuertes rencores. El emperador de Alemania prescindió de Bismarck. Otto, por fin, cayó y yo viví lo suficiente para verlo.

No obstante, mi salud empeoraba, me dolían las piernas y el reuma me torturaba con frecuencia. Al igual que el emperador, procuré ignorar el dolor.

El cuerpo me empezaba a fallar pero el espíritu de lucha seguía siendo tan fuerte como antes. Mi historia se comenzó a escribir mientras aún vivía. ¡Qué falta de respeto! La publicación de calumnias me indignaba y desagradaba. No quería imaginar lo que se diría de mí en cuanto muriese. En mi testamento ordenaría a mis albaceas que persiguieran toda posible memoria de mi vida firmada en mi nombre.

¡Es horrible que los desalmados aprovechen la muerte de alguien para ofender al difunto! Todo aquello fue una argucia de Plom-Plom. Por suerte pronto murió, y siento reconocer que eso me alivió. Aquel hombre había conseguido destrozarse la unidad de la familia.

Mis esporádicos viajes a Francia me provocaban dolor. Me sentía como un espíritu que había fallecido un siglo atrás y se veía obligado a regresar al lugar donde fue feliz sin las personas con las que vivió.

Ansiaba poder regresar a Francia y tener algo propio. Dos décadas después de haber salido a hurtadillas de aquel país, recibí el permiso para comprar una propiedad en la Costa Azul.

Las fiestas más divertidas transcurrían precisamente por aquellos lugares. Siempre me sentiría acompañada y disfrutaría recibiendo a mis amigos. ¡Para qué se quiere algo si no es para compartirlo!

Cap Martin estaba lo suficientemente cerca de Montecarlo, donde se reunía la alta sociedad. Al mismo tiempo sus vistas, olores y paisajes me embaucaron desde el principio. Allí construí Cynos, nombre griego de Córcega.

Y allí recibí visitas de la reina Victoria que siempre se negaba a entablar conversaciones de tipo político; de Alcañices, mi antiguo enamorado, gracias a cuyo rechazo me convertí en emperatriz; de mis sobrinas, que me recordaban a Paca; de la emperatriz Isabel, conocida como Sisí, otra persona a la que sobreviviría después de que fuera asesinada.

La reina Victoria falleció dos años más tarde. Ella fue mi amiga del alma y el apoyo más fuerte que tuve en mi vida errante. No pude acudir a su entierro, me sentí incapaz. Todos los míos me habían sido arrebatados y estaba abocada a la soledad. Había sufrido tanto que sentía como mi corazón se volvía egoísta.

La princesa Beatriz me visitaba con asiduidad en Farnborough Hill. Victoria Eugenia, su hija y mi ahijada, le acompañaban. El rey Alfonso XIII de España acudió a Inglaterra a conocerla. Ella, entusiasmada, me preguntaba sobre mi noviazgo con Luis. Estaba juvenilmente enamorada y todo parecía ir bien excepto por los problemas de religión que les separaban. A Ena se le hacían un mundo y me pidió que la orientase como católica.

Por fin se casaron y mi pequeña niña tuvo que sufrir el mismo día de su boda un atentado. Cuando lo supe, no pude evitar recordar el que padeciera mi marido de manos de Orsini. No pude resignarme a que, en la tierra de Don Quijote, una joven y bonita mujer hubiese sufrido semejante ultraje el día de su boda.

Mi generación sucumbió y ya conocía a biznietos de los míos. Mis salones se llenaban de amigos y antiguos enemigos. Lucien Daudet se convirtió en uno de mis jóvenes más apreciados. Quiso escribir sobre mí y le di mi consentimiento siempre

que se mostrase imparcial y no demasiado sentimental.

El mundo cambiaba a demasiada velocidad. Se inventaba un sinfín de cosas extrañas e inusuales pero cómodas y prácticas.

Demasiado bonito para perdurar. Pronto estalló la guerra. El progreso también servía para aumentar la destrucción y mi admiración por la aviación se transformó en pánico.

Mi casa se convirtió en hospital. Volqué mi vitalidad en visitar a los enfermos y heridos. Algunas noches, el ruido de los zepelines y bombardeos despertaba a mis inquilinos. La impotencia me impulsaba a levantarme y correr a sus camas a tranquilizarlos. Una de aquellas carreras me provocó una caída. El bastón se hizo imprescindible.

Terminó la guerra. Los aliados vencieron a costa de un millón de desgracias personales. Celebramos la victoria en medio de las ruinas y las lágrimas. Sólo encontré algo positivo en semejante catástrofe: la derrota de Francia estaba vengada y Alemania era la gran perdedora.

XXIV

La caricia del recuerdo, 1920

Caminé torpemente y balanceando mi bastón de marfil. Odiaba sentirme inútil, pero la última reforma que hicieron en el Hotel Continental de París atentaba contra mi memoria. Cada nuevo escalón se convertía en una trampa. Muy a mi pesar tuve que recurrir a mi asistente.

—Tiéndame el brazo, que no veo bien. Por cierto, ¿se acordó de traer la lupa?

—¿Es que va a intentar leer de nuevo? Sabe que se lo desaconsejaron los médicos. No debe forzar la vista.

Me ayudó a subir al automóvil.

El perfume de París había desaparecido después de la guerra. La ciudad no olía igual y el ruido de tanto automóvil y tranvía ensordecía el trinar de los pájaros.

—Dime, ¿me ha reconocido alguien? Tu silencio me hace suponer lo peor. Está claro que la historia inmediata no me es favorable. Sólo guardo la esperanza de que dentro de algunos años alguien me recuerde objetivamente y sea fiel a la verdad.

»Mi único consuelo es que alguien me evoque con cariño. Aunque en realidad esta ciudad nunca me quiso. Ya me lo demostraron cuando estuve prometida y lo siguen haciendo ahora. La mayoría de mis fieles visitantes se muestran aún más nostálgicos que yo.

Mi asistente me interrumpió.

—Mi emperatriz se encuentra parlanchina y melancólica. Rué Cambon, ya hemos llegado. Debe de ser ese piso sobre el restaurante Voisin. Perdemos el tiempo. Tendríamos que habernos dirigido directamente a España donde su médico le aguarda. Ya sé que no confía mucho en la operación de Barraquer, pero el señor duque asegura que es el mejor.

No escuché, aquel tema de conversación estaba demasiado trillado y no quería oír más consejos acerca de mis achaques. La verdad es que mis pensamientos inmediatos volaban a aquellos ventanales que, borrosos a mi visión, me parecieron decadentes y destartalados. ¿Nos equivocamos? La mujer que se suponía moradora de aquel piso nunca hubiese residido en tan lamentable inmueble.

—No llego a entender por qué se empeña en hacer esta visita, hurgando en el pasado.

—¿No ha oído nunca aquel refrán tan conocido «mal de muchos, consuelo de tontos»?

Antonia, mi dama de compañía, no tenía ni idea de a qué me refería.

—No, me da igual. No me lo explique. Últimamente se muestra demasiado críptica para mi mente.

—Se lo voy a decir de todas formas. Vamos a ver a una dama, por llamarla de alguna manera. Utilizó su belleza para atizarme una y otra vez. Mi placer será inmenso cuando compruebe su estado actual.

»Creo que está tan traumatizada por ello que ha roto todos los espejos para evitar verse reflejada en ellos. Alguien me dijo una vez que la suciedad del alma se acaba reflejando en el rostro. A ella debe de habersele caído a pedazos.

—No es propio de mi señora actuar de ese modo.

—Tienes razón, pero me siento débil y antes de abandonar esta ciudad que tan buenos y malos momentos me hizo pasar, me gustaría poder darme una última satisfacción.

Antonia se encogió de hombros y me tendió la mano para bajar de aquel incómodo automóvil.

Aguardé impaciente a que abrieran la puerta. Un camarero del restaurante contiguo se asomó y nos miró con descaro. Metiéndose la grasienta mano en el bolsillo de su delantal, avanzó y sacó una inmensa llave.

Nada más abrir, mi mirada se posó de inmediato en un espejo que teníamos frente a nosotras, cubierto por un velo. Se lo señalé a Antonia. Ella lo miró sin contestar. No pude contener mi lengua.

—También dicen que despedazó a cuchilladas un cuadro de Baudry en el que había posado desnuda.

El camarero aguardaba nervioso y sin saber cómo reaccionar. Mi dama de compañía pasó de la discreta gesticulación a la palabra.

—Mi señora, ¿es que no lo ha oído? La condesa de Castiglione ha muerto. Creo que lo mejor será que dejemos su cadáver tranquilo y nos retiremos.

Sin poder evitarlo, exclamé:

—¡¿Muerta?! No es verdad. No puede ser.

Mis frustradas ansias de venganza me empujaban a actuar y a gritar, pero aquel carácter impulsivo que siempre había tenido se anquilosó junto a todas mis articulaciones. Sería mejor guardar la compostura y mostrarme respetuosa con la situación.

Apreté el mango de mi bastón con las pocas fuerzas que me quedaban para liberar toda mi rabia. Inspiré hondo y mudé mi expresión. Mi cansado corazón latía demasiado deprisa y tenía que calmarlo como fuese, al menos eso fue lo que me recomendó el doctor.

—Me gustaría despedirme de ella.

Sin mediar palabra, pero algo contrariado, el camarero nos pidió que le siguiéramos. Cruzamos un decadente y minúsculo salón decorado al estilo *belle*

époque. Las risas de dos mujeres se oyeron al fondo.

Me miraron con extrañeza y saludaron al camarero sin mostrar la mínima intención de levantarse de aquellas butaquitas.

Vestidas con telas adheridas a la piel, tocados ligerísimos con plumas, collares largos, faldas demasiado cortas y maquillajes excesivos me resultaron groseras. Las casquivanas del momento acudían a despedirse de su antecesora.

Aquella mujer había sido amante de Víctor Manuel II, de mi marido, de... la verdad es que me era imposible recordarlos a todos. Estaba a punto de entrar en el cuchitril que albergaba el cuerpo más descarado de París, el más codiciado para pecar, ahora convertido en despojos.

Nuestro guía se encontró en la obligación de dar explicaciones.

—Sufrió un ataque de apoplejía. La atendí yo mismo anoche.

Aquella mujer que destacaba por utilizar joyas ostentosas había muerto en la más pura soledad e indigencia.

¿Qué haría con la maravillosa esmeralda que le regaló Luis? La vendería, supongo. Está claro que nada es eterno.

Me empecé a sentir culpable por los indignos impulsos que me habían guiado apenas unos minutos antes. Sólo podía compadecerla y al mismo tiempo dar gracias a Dios porque mi desdicha era mínima comparada con lo que debió de padecer la condesa en sus últimos años.

Mi saña ya no tenía razón de ser.

—No se sorprenda si la ve con camisón. Nicchia se empeñó en que se lo pusiera. Era muy fantasiosa. Nos contaba a menudo que tuvo grandes amantes. Que era condesa y un montón más de absurdas historias de vieja. ¡Se empeñó en ponérselo porque según ella lo llevó la primera noche que estuvo con el emperador «Napoleón el Chico» como ella le llamaba!

Me dio un vuelco el corazón. Miré aquella pequeña figura. Su hijo no estaba. Sobre la cama un ataúd la arropaba. Dentro de él dos chihuahuas muertos la velaban. Su última voluntad había sido que los sacrificasen para que le hicieran compañía en su tumba.

Intenté alejarme, pero las piernas me fallaron. Mi débil visión se nubló hasta ennegrecerse como el luto.

Pensé que el alma de aquella desdichada me arrastraba.

Me despedí de París al igual que lo hice de Cap Martin. Me había acostumbrado a la soledad pero se me hizo insufrible sin lectura. Por eso accedí a la operación de cataratas.

Aquella mañana desayunaba en casa de los Alba, en Madrid, junto a mis tres sobrinos. Sentí un frío placentero. Todos estaban sudando y sin embargo mi cuerpo no reaccionaba. Me acostaron en la cama que había pertenecido a su madre y confesé.

De pronto, empecé a recordar lo sucedido cuando fui a África, a ver el lugar exacto donde había muerto mi hijo.

Me había acostado temprano porque tenía fiebre debido al agua. Agotada, intentaba cerrar los ojos pero éstos se centraban en una araña que, desafiando la gravedad, pendía de la tienda que me cobijaba. Cogí fuertemente al medallón en forma de corazón que desde la muerte de Luis descansaba sobre mi pecho. Aquel austero collar guardaba en su interior un mechón de su pelo.

Me levanté de inmediato y comencé a andar en la oscuridad. Una fuerza extraña me guiaba. Los sonidos de los animales nocturnos me acompañaban. No sé cuánto caminé, pero en un momento preciso algo me impulsó a sentarme sobre una peña.

La oscuridad comenzó a hacerse clara y las tinieblas a desvanecerse. El sol del amanecer era fuego y de la tierra emanaban reflejos del agua inexistente.

Tras aquella infinita y seca llanura aparecieron las torres y cúpulas de París. ¿Un espejismo? Posiblemente. Mi estado de ánimo me invitaba a soñar.

—¡Ahí está, Luis, la ciudad en la que naciste y que nunca te acogió!

Estaba tranquila y sedienta. Después de pasar toda la noche en vela, había perdido la noción del tiempo. La paz y el sosiego me envolvían. Sentí a mi hijo muy cerca. La intuición de su presencia me dio fuerzas.

Repentinamente centré mi atención en unas figuras, etéreas primero, luego compactas. El corazón se me aceleró.

Caballos paciendo junto a soldados de rasgos difuminados pasaban frente a mí sin verme.

—¡Luis! —grité, pero no me escuchó.

Charlaba animadamente con su compañero al tiempo que sacaba un pañuelo de su casaca para limpiarse el sudor que surcaba su frente. Desesperada, me dispuse a correr a su encuentro. Pero algo me impidió que moviese las piernas.

Una veintena de miradas amenazadoras me hacían compañía. Ocultos tras los áridos matojos acechaban armados con azagayas y todo tipo de objetos punzantes. Grité a mi hijo, a sus compañeros. Sordos e incautos, siguieron bromeando. ¡Qué impotencia!

¿Por qué no reaccionaban? En un segundo podían salvar sus vidas.

—¡Corre! ¡Huye!

¿Qué estaba haciendo? Me tapé la boca. Luis no era un cobarde ni nunca lo sería. Comprendí que nadie es digno de juzgar a otro ser humano en situaciones no vividas.

Luis corrió hacia su caballo. Tomando impulso saltó sobre la montura al mismo tiempo que desfundaba el arma. La cincha se partió. Sobrecogida e inmóvil, vi como resbalaba y daba con sus huesos en el suelo. Una de aquellas sombras corrió hacia él. Su oscuro rostro resaltaba la enrojecida retina.

Mi hijo se sujetó el brazo y disparó sin apuntar certeramente: una, dos, tres

veces...

Cerré los ojos. No podía soportarlo. Al abrirlos, la escena me derrumbó. Aquellos desalmados se habían esfumado. La hierba amarillenta se teñía de rojo bajo el lecho de muerte de mi hijo.

Diecisiete azagayas lo atravesaron. Corrí a su lado. Temblorosa, oí su voz.

—Madre, tranquilízate. No hay muerte más meritoria que la que obtuve.

Aquellas palabras no me dieron lo que buscaba. El miedo a la muerte que siempre tuve seguía latente en mí. Pero ahora, cincuenta y cuatro años después, ya no huyo de ella. Es más, la acepto y la siento cercana. Ansío la hora en que pueda reunirme con mi hijo. ¡Ya llega!



ALMUDENA DE ARTEAGA. Nacida en Madrid el 25 de junio de 1967. Casada y con dos hijas sigue residiendo en esta ciudad. Es licenciada en Derecho por la universidad complutense de Madrid y Diplomada en Genealogía, heráldica y nobiliaria por el instituto Salazar y Castro.

Ejerció la abogacía durante seis años, especializándose en Derecho civil y Laboral. Trabajó como documentalista en los libros de *La insigne orden del Toisón de Oro* y *La orden Real de España*, ensayo histórico.

En 1997 publica su primera novela *La princesa de Éboli*. Después del éxito obtenido dejó el ejercicio del derecho para dedicarse en exclusiva a la literatura. A esta primera novela le siguieron otras diez obras de diferente índole.

Reconocida por la crítica como una de las más destacadas escritoras de novela histórica actuales, sus libros han llegado a permanecer más de cuatro meses en las listas de los más vendidos, con numerosas reediciones y se han traducido a varios idiomas.

Actualmente continúa escribiendo, conferenciando en foros literarios e históricos y colaborando como articulista en periódicos y revistas de ámbito nacional.